

LA BELLEZA DEL
QUEBRANTAMIENTO

DREW
MACINTYRE

LA BELLEZA DEL QUEBRANTAMIENTO

LA BELLEZA DEL QUEBRANTAMIENTO

DREW MACINTYRE



LA BELLEZA DEL QUEBRANTAMIENTO

Copyright © 2021 Drew Macintyre

Ilustración de Portada: John Anderson

Impreso en los Estados Unidos



Edición y Diseño del Libro por Maritza Cosano

Publicado por Little Red Rocking Chair Publishing

Littleredrockingchair.org | Servicios Editoriales

Reservados todos los derechos únicamente por el autor.

El autor garantiza que todos los contenidos son originales y no infringen los derechos legales de ninguna otra persona u obra. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso previo del autor.

Visite a Drew Macintyre en: www.thewordtotheworld.org

A menos que se indique lo contrario, las citas de las Escrituras están tomadas de la Santa Biblia, Reina Valera 1960 (RVR 1960). Copyright 1979, 1980, 1982 por Thomas Nelson Publishers.

Reservados todos los derechos.

Citas bíblicas tomadas de la Santa Biblia, Reina Valera (RVR 1960). Copyright 1973, 1978, 1984 por Zondervan Publishers.

Reservados todos los derechos.

Prefacio

Este libro ha tardado mucho tiempo en ser publicado, varios años en realidad. Durante este tiempo, me he familiarizado con el tema del quebrantamiento; intelectual, experimental y bíblicamente. No ha sido del todo agradable, pero pude entender que el quebrantamiento es absolutamente necesario para cualquier hombre o mujer que quiera ser usado por Dios, caminar con Jesús íntimamente y conocerle, conocerle de verdad. Como escribe el Apóstol Pablo:

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. – Filipenses 3:7-1

Tabla de Contenidos

Prefacio	06
Tabla de contenido	07
Prologo	08
Capítulo 1 ¿Qué es el quebrantamiento?	10
Capítulo 2 Hombres que fueron quebrantados por Dios	17
José	
Moisés	
David	
Pedro	
Pablo	
Capítulo 3 Aquellos que se negaron a ser quebrantados por Dios	56
Los hijos de Israel	
El Rey Saúl	
El Rey Uzías	
El Rey Nabucodonosor	
Capítulo 4 Poniendo el Fundamento	80
Capítulo 5 Nuestra Condición Inicial	95
Capítulo 6 La Condición a la que debemos apuntar	110
Capítulo 7 Las herramientas de Dios para Quebrantarnos	125
Satanás y el proceso de zarandeo	
La Palabra de Dios	
Las personas como herramientas de Dios	
Las Tormentas de la Vida	
El Sufrimiento	
El amor de Dios	
Capítulo 8 La respuesta correcta al proceso del quebrantamiento	150
Capítulo 9 Quebrantamiento Continuo	167
Capítulo 10 La Cruz, El Espíritu Santo y la Gracia de Dios	176
La cruz de Cristo	
El Poder del Espíritu Santo	
La Gracia de Dios	

Cierre

Prólogo

Tal vez nunca ha habido una división más grande que la de lo que estima el mundo y lo que estima Dios, como la hay hoy. Vivimos en una época en la que lo bueno es llamado malo y lo malo es llamado bueno. Los atributos a los que Dios nos llama se estiman como ridículos para el mundo, y las cosas de las que Dios nos advierte a alejarnos, son abrazadas por el mundo.

Aún más, muchas personas en la iglesia han empezado a adoptar la visión del mundo de cómo debería ser, en vez de tener la visión de Dios. Aunque hay muchos ejemplos de esta división, tal vez ninguno es más definitivo que el que hay entre el orgullo (Autosuficiencia, Confiaren sí mismo, depender de ti mismo, o la Autoestima) y el quebrantamiento en humildad.

Cada hombre y mujer que han sido usados por Dios ha tenido fracasos o como preferimos referirnos con orgullo “inconvenientes”. En realidad, estos inconvenientes serían mejor identificados como pecado, que se manifiesta así mismo a través del orgullo. Decimos que el orgullo es solo “nuestra forma de ser” pretendiendo que es bueno para nosotros porque nos ayuda a amarnos a nosotros mismos, o lo escondemos con una máscara de falsa humildad. Pero Dios no puede ser burlado.

Antes de que Dios pueda o quiera bendecirnos al usarnos, estos “inconvenientes” necesitan ser enfrentados y ser solucionados. En palabras simples, si estamos llenos de orgullo (llenos de nosotros mismos) no dejamos espacio para ser llenados por el Espíritu Santo, por lo tanto, no podemos ser bendecidos al ser usados por Dios.

Para el mundo estas características del orgullo son de admirar, dignas de ser estimadas y reconocidas, pero esto no significa que Dios las vea de la misma forma.

Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; más Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación. - Lucas 16:15. Por el contrario, el plan de Dios para sus hijos es vaciarnos de nuestro orgullo a través del quebrantamiento para poder llenarnos con Su Espíritu Santo. Y aunque Dios tiene muchas herramientas para quebrantarnos, no debería sorprendernos que su herramienta más útil y efectiva es el sufrimiento.

“De cierto, de cierto os digo, que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.” (Juan 12:24)

En los siguientes capítulos, examinaremos como Dios quebrantó a sus escogidos para poder trabajar en ellos y a través de ellos, para cumplir Su voluntad para Su gloria.

Aprenderemos acerca de quienes somos, quienes deberíamos ser, y los medios que Dios usa para llevarnos allí. Es mi esperanza y mi oración que, a medida que entendemos y conocemos como trabaja Dios para preparar un hombre o una mujer para ser Suyos, ya no nos resistamos, lo evitemos, ni nos sorprendamos o incluso huyamos cuando Él comience a prepararnos para Él mismo al quebrantarnos.

Al contrario, ruego que nos humillemos con gusto bajo la poderosa mano de Dios y digamos con todo nuestro corazón como Adelaide Pollard famosamente escribió:

“Haz lo que quieras, Señor,

Haz lo que quieras

Tú eres el alfarero, Yo soy el barro

Moldea y hazme según Tu voluntad

Mientras estoy esperando rendido e inmóvil

| I |

¿Qué es el Quebrantamiento?

Imagina conmigo en tu mente un recipiente como una vasija, una parecida a la de la portada de este libro. Ahora considera las variables que determinan el valor de dicho recipiente: el material del que fue hecho, el que lo hizo, la edad de la vasija, el grado de habilidad artística demostrado, su tamaño, su forma y su utilidad. Entre más de estas cualidades muestre la vasija, que la sociedad considere importantes, mayor será su valor.

Pero hay de ella si tuviera algún defecto o una grieta, un huequito, cualquier pequeña malformación, entonces el valor de la vasija disminuiría significativamente. En ocasiones podría devaluarse al punto de no llegar a tener valor alguno.

Para ilustrarlo mejor, imagínate que yo tomo una vasija que tiene todas las cualidades necesarias para hacerla de gran valor. Fue hecha hace muchísimo tiempo, por un maestro alfarero, con los mejores materiales disponibles, aún mantiene su tamaño y su forma, su color y su belleza; no tiene defecto alguno.

Luego tomo un martillo y golpeo la vasija muy suavemente causando que un pedacito se desprenda y se haga una grieta del tamaño de un cabello. Ahora esta vasija se ha devaluado significativamente. Si luego tomo la vasija y la golpeo contra el suelo de concreto, causando así que muchos pedazos salgan a volar y aparezcan muchas más grietas, esta perdería su valor original y no tendría ningún valor.

Esta forma de determinar el valor de algo no aplica solamente a una vasija, si no a casi todo en nuestra sociedad, incluyendo a las personas. Solo con que una persona pierda alguna de sus cualidades valiosas al pasar por dificultades o adversidades – incluso accidentes o enfermedades - la sociedad pondrá menor valor sobre esa persona. La sociedad estima a las

personas que tienen belleza y estatus. Aparentemente entre menos defectos tenga una persona, más valor va a ser puesto sobre él o ella.

Otras cualidades que nuestra sociedad usa para determinar el valor de una persona son el éxito, la fuerza física o la belleza, la autosuficiencia, la seguridad, la independencia, las riquezas, la inteligencia, como también el tener una apariencia y voz cautivadora. De hecho, vemos estas mismas características en varias personas mencionadas en la Biblia, como por ejemplo el primer rey de Israel, Saúl, Jezabel, Judas y especialmente Satanás. Los individuos orgullosos, auto suficientes, seguros de sí mismos, son muy buscados y aplaudidos. Hoy en día muchos de ellos tienen miles de seguidores en sus redes sociales. Pero Dios ve las cosas muy diferente a como las ve el hombre.

'Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. - Isaías 55: 8-9

Debemos entender que esas cosas que el hombre estima, muchas veces para Dios son una abominación: *“Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; más Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lucas 16:15)*

La economía de Dios es diferente a la del hombre.

El valor de una persona no es definido por lo que tiene, sus logros o lo que se pueda hallar en ellos; si no que está en haber sido creados y amados por Dios. Ahora, cuando hablamos de las características que hacen a una persona valiosa a los ojos de Dios, estas son enteramente diferentes a las del mundo. Si alguien desea servir y agradar a Dios, esto debe hacerse de acuerdo a la manera de Dios. Dios no va a bendecir a un hombre o una mujer que sean orgullosos, autosuficientes, que confíe en sí mismos o que sean independientes para que lleven a cabo Su labor en el ministerio.

El no usó a Pablo cuando era el orgulloso y arrogante fariseo llamado Saulo de Tarso. No usó a hombres como José, Moisés, Pedro y muchos otros en su condición natural y pecaminosa. Ellos tuvieron primero que pasar por un proceso que les quebrantara el orgullo y los trajera en humildad delante de Dios. Entonces así estuvieron listos para ser usados por Dios para Su gloria.

Permíteme ilustrarte la idea de ser quebrantado. Piensa en un caballo, en su estado natural, los caballos son ferozmente independientes y se rehúsan a ser acorralados o controlados de alguna manera. De hecho, si intentaras montar un caballo salvaje saltando en su espalda, rápidamente te encontrarías a ti mismo siendo arrojado del caballo, mientras este se aleja trotando con furor. Un caballo debe ser “quebrantado” antes de poder ser montado.

Ahora, hay dos formas de quebrantar a un caballo. La primera es darte a conocer al caballo, hacerte su amigo y ganarte su confianza hasta que él, te deje montarlo a causa del cariño que te tiene. Esta obviamente es la forma preferida de quebrantar a un caballo.

Pero un caballo terco y orgulloso necesita ser quebrantado de una manera más dura. Debe ser montado una y otra vez, mientras este salta y pateo y hace un berrinche, hasta que eventualmente acepte que no puede hacer que el jinete se baje y que tal vez sería mejor obedecer las órdenes de su jinete.

Cuando el caballo deja de resistirse, y se somete al jinete, entonces ha sido “quebrantado” y es entonces que puede ser usado para los propósitos de su jinete. Mientras el caballo no se someta no podrá ser usado.

De la misma manera antes de que podamos ser usados por Dios, debemos ser quebrantados. Y dependiendo de que tan tercos y orgullosos seamos, Dios podrá hacerlo de la forma fácil o de la forma difícil. Puede que duela, y definitivamente herirá nuestro orgullo, pero es igual que con el caballo, Dios no puede ni nos usará hasta que seamos quebrantados.

Cuando somos obedientes a Dios, en mansedumbre y humildad, sometiéndonos a cada mandamiento, ahí Dios puede usarnos. En pocas palabras, ser quebrantado es ser humillados hasta el punto de la obediencia total, no por miedo u obligación, si no a causa del amor y la gratitud para con el Dios que salvó nuestras almas y nos sostuvo a través de todas las pruebas de nuestra vida.

Ahora, hay que aclarar algo. Cuando digo que Dios no va a usar una persona no quebrantada, no me refiero a que los no creyentes o los desobedientes no pueden ser usados para los planes de Dios, si así Él lo desea.

Dios ha usado a muchas personas malvadas según su propia voluntad, sin que ellos así lo deseen o aún se enteren- incluyendo al Faraón de Egipto, el rey de Israel Acab, el violento ejército Sirio y muchos otros. Esto demuestra la soberanía de Dios sobre todo poder humano. Todas estas personas recibieron el juicio debido a su desobediencia deliberada y a sus actos perversos. La forma en la que Dios puede usar estas personas para Su plan es como si ellos estuvieran siendo superados por Él, no como que ellos estuvieran en el equipo de Dios.

En contraste, vemos cuán maravillosas son las bendiciones que Dios tiene reservadas para aquellos que se someten voluntariamente a Él, para ser un siervo ansioso para el Señor, listo para hacer Su voluntad, buscando implacablemente Su gloria. Dios usará a esta persona y trabajará a través de ella de maneras que nunca podríamos hacer por nuestra cuenta. La recompensa será grande para aquellos que le permiten a Él romperles y usarlos para construir Su reino.

El quebrantamiento que Dios requiere es el de humillarse a sí mismo bajo la poderosa mano de Dios. Es vernos a nosotros mismos como realmente somos, pecadores indefensos frente a un Dios santo y perfecto. Es morir a nosotros mismos - a la carne, la naturaleza pecaminosa con la que todos nacemos, la naturaleza que no quiere saber nada de Dios o de las cosas del Espíritu, esto es diametralmente opuesto a todo lo que Dios es y desea.

Esto significa darle la gloria a Dios y no a nosotros. En esencia, significa estar completamente rendidos a Él, no buscar nuestra propia voluntad, si no desear solamente la voluntad de Dios. El mejor ejemplo del quebrantamiento verdadero, mostrado en profunda humildad, lo vemos mejor en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Cuando vemos Su vida, registrada para nosotros en la Biblia, Su palabra, vemos que es el verdadero quebrantamiento, y es este quebrantamiento el que Dios desea trabajar en Sus hijos:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. — Filipenses 2:5-8

Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. — Marcos 10:43-45

Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. — Juan 6:38

Como discípulos de Jesucristo, debemos seguir su ejemplo. Jesús dijo claramente “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mateo 16:24) y como dice el pasaje de Filipenses citado arriba “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”

No puede estar más claro. Jesús es el ejemplo que debemos seguir.

Romanos 8:29 nos enseña que la voluntad de Dios para nuestra vida es “que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” — el ser cada vez más como Jesús. Nuestra manera de pensar, nuestras acciones, la forma en la que

vivimos la vida debe estar dirigida por Dios y no por las tendencias naturales de nuestra carne. Y el quebrantamiento es una parte esencial en volvernos más como Jesús.

Mientras nos encontramos en el proceso de ser quebrantados, podemos saber de que Dios nos da todo lo necesario para alcanzar la meta — la llenura del Espíritu Santo (Efesios 5:18) toda bendición espiritual en los lugares celestiales (Efesios 1:3) todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad (2 Pedro 1:3) — si nos humillamos bajo la poderosa mano de Dios y le permitimos completar la obra que empezó en nosotros (Filipenses 1:6).

En los siguientes capítulos, aprenderemos más acerca del orgullo y el quebrantamiento, los instrumentos que Dios usa en el proceso de quebrantamiento, y como estos obraron en las vidas de varios hombres en la Biblia. Si encuentras algunas de las cosas en este libro demasiado difíciles de hacer o demasiado incómodas, y te encuentras a ti mismo queriendo ignorarlas, piensa en las palabras de Jesús sobre la necesidad de nuestro quebrantamiento y el fundamento para este:

Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. — Mateo 21:44

LA BELLEZA DEL QUEBRANTAMIENTO

| 2 |

Hombres que Fueron Quebrantados por Dios

En la Biblia, vemos a diversos hombres que, aunque eran distintos en muchos aspectos, se parecían en estos dos: primero fueron quebrantados, y luego utilizados por Dios. Examinaremos las vidas de cinco hombres y aprenderemos de ellos algunas valiosas lecciones sobre ser quebrantados y utilizados por Dios.

Recuerde que, durante este tiempo, no debemos prestar más atención a las virtudes y los rasgos del carácter de estos hombres, sino a la forma en que Dios actuó en sus vidas.

José

José era el undécimo hijo de Jacob. Según cuentan, era un buen chico y el favorito de papá, lo que le hizo muy poco popular entre sus hermanos.

Y amaba Israel a José más que a todos sus hijos, porque lo había tenido en su vejez; y le hizo una túnica de diversos colores. Y viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían, y no podían hablarle pacíficamente. – Génesis 37:3-4

Para hacer las cosas más difíciles, José exhibió su propia falta de quebrantamiento al jactarse con orgullo de los mensajes que Dios le había dado por medio de sueños:

Soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos; y ellos llegaron a aborrecerle más todavía. Y él les dijo: Oíd ahora este sueño que he soñado: He aquí que atábamos manojos en medio del campo, y he aquí que mi manojito se levantaba y estaba derecho, y que vuestros manojos estaban alrededor y se inclinaban al mío. Le respondieron sus hermanos: ¿Reinarás tú sobre nosotros, o señorearás sobre nosotros? Y le aborrecieron aún más a causa de sus sueños y sus palabras.

Soñó aun otro sueño, y lo contó a sus hermanos, diciendo: He aquí que he soñado otro sueño, y he aquí que el sol y la luna y once estrellas se inclinaban a mí.

Y lo contó a su padre y a sus hermanos; y su padre le reprendió, y le dijo: ¿Qué sueño es este que soñaste? ¿Acaso vendremos yo y tu madre y tus hermanos a postrarnos en tierra ante ti? Y sus hermanos le tenían envidia, más su padre meditaba en esto. – Génesis 37:5-11

Esto sólo trajo consigo una mayor discordia entre él y sus hermanos. La envidia y los celos se apoderaron de los corazones de sus hermanos, y José se convirtió en un hombre condenado en sus mentes:

Cuando ellos lo vieron de lejos, antes que llegara cerca de ellos, conspiraron contra él para matarle. – Génesis 37:18

Pero Dios tenía un plan diferente para José, y ni siquiera la envidia y los celos de sus hermanos podrían haberlo impedido. Un día, mientras José llevaba provisiones a sus hermanos, éstos lo agarraron y lo arrojaron a un pozo para que muriera. Sin embargo, Dios puso en el corazón de Rubén, el hermano mayor, el deseo de salvar a José.

Al final, José fue vendido como esclavo en lugar de ser asesinado, y pasó a ser propiedad de un hombre llamado Potifar de Egipto. Durante los siguientes años, José sirvió en la casa de este hombre, y a pesar de las desgarradoras circunstancias, la mano de Dios estaba sobre José hasta el punto de que encontró tal favor a los ojos de su amo que lo puso a cargo de toda su casa:

Y aconteció que desde cuando le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José, y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo. Y dejó todo lo que tenía en mano de José, y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía. Y era José de hermoso semblante y bella presencia. – Génesis 39:5-6

Justo cuando las cosas empezaban a mejorar para José, ocurrió algo inesperado. Se avecinaban problemas. La mujer de su amo empezó a sentir deseos por José y trató de seducirlo repetidamente. Él la rechazó, hasta que un día la mujer de Potifar se molestó tanto por el rechazo que acusó

falsamente a José de intentar forzarla, lo que llevó a José a la cárcel (Génesis 39:7-20).

Dios no había terminado con el proceso de quebrantamiento y preparación de José. ¿Había hecho José algo malo? ¿Merecía ese trato por hacer lo correcto? No. Pero pruebas como estas juegan un papel en la preparación del hombre o mujer que Dios usará para su gloria.

José todavía tenía que pasar por una preparación adicional antes de poder entrar en el lugar que Dios tenía para él. Mientras José estaba en la cárcel, Dios obró a través de diferentes personas y circunstancias:

Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia, y le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel. Y el jefe de la cárcel entregó en mano de José el cuidado de todos los presos que había en aquella prisión; todo lo que se hacía allí, él lo hacía. No necesitaba atender el jefe de la cárcel cosa alguna de las que estaban al cuidado de José, porque Jehová estaba con José, y lo que él hacía, Jehová lo prosperaba.
– Génesis 39:21-23

Mientras estaba en la cárcel, José tuvo la oportunidad de conocer al panadero y al copero del faraón, que el Señor utilizaría de forma imprevisible en el futuro. Un día estos dos hombres tuvieron un sueño y no entendieron su significado.

Ellos compartieron lo que habían soñado con José, y Dios le dió la interpretación: dentro de tres días ambos hombres serían llamados por el Faraón, el copero sería restaurado en su posición, y el panadero tendría una sentencia de muerte. José le rogó al copero que le devolviera el favor y llevara el caso de su injusto encarcelamiento ante el Faraón. Pasaron los tres días y todo sucedió exactamente como José lo había predicho. Sin duda, José pensó con seguridad que ahora lo dejarían salir de la cárcel. Tenía al copero, uno de los servidores de mayor confianza del faraón, de su lado. Obviamente estaba siendo bendecido por el Señor, ya que se le había concedido el favor a los ojos de aquellos a los que servía, así como la interpretación de los sueños, por lo que seguramente sería liberado. Pues, aún no.

El copero se olvidó de José, por lo que tendría que pasar otros dos años en prisión. Fue cuando el Faraón tuvo dos sueños muy inquietantes, los cuales ninguno de sus magos pudo interpretar, que el copero se acordó de José.

Entonces el jefe de los coperos habló a Faraón, diciendo: Me acuerdo hoy de mis faltas. Cuando Faraón se enojó contra sus siervos, nos echó a la prisión de la casa del capitán de la guardia a mí y al jefe de los panaderos.

Y él y yo tuvimos un sueño en la misma noche, y cada sueño tenía su propio significado. Estaba allí con nosotros un joven hebreo, siervo del capitán de la guardia; y se lo contamos, y él nos interpretó nuestros sueños, y declaró a cada uno conforme a su sueño. Y aconteció que como él nos los interpretó, así fue: yo fui restablecido en mi puesto, y el otro fue colgado. – Génesis 41:9-13

Como probablemente ya sabes, José fue llamado a salir de la cárcel y llevado a la corte del Faraón, donde interpretó el sueño del Faraón. También fue capaz de dar un sabio consejo sobre qué hacer a continuación.

Le dijo que los sueños significaban que Egipto tendría siete años de buenas cosechas, y siete años de hambruna posteriores. Entonces aconsejó a Faraón que racionara el grano durante los años de abundancia que vendrían, para que sobrevivieran a los años de hambruna siguientes.

El asunto pareció bien a Faraón y a sus siervos, y dijo Faraón a sus siervos: ¿Acaso hallaremos a otro hombre como este, en quien esté el espíritu de Dios? Y dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú. Tú estarás sobre mi casa, y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú. Dijo además Faraón a José: He aquí yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto.

Entonces Faraón quitó su anillo de su mano, y lo puso en la mano de José, y lo hizo vestir de ropas de lino finísimo, y puso un collar de oro en su cuello; y lo hizo subir en su segundo carro, y pregonaron delante de él: ¡Doblad la rodilla!; y lo puso sobre toda la tierra de Egipto. – Génesis 41:37-43

Finalmente, José estaba preparado para lo que Dios tenía para él. Fue vendido como esclavo por sus hermanos a la edad de diecisiete años, y durante trece años fue esclavo, siervo y prisionero. Había sido odiado, despreciado, rechazado, maltratado, incomprendido y olvidado.

Para José, este fue el método de Dios para quebrantarlo y prepararlo para su llamado: salvar al mundo conocido. Tal y como había dicho el Señor, llegó el tiempo de la abundancia y el tiempo del hambre, y si no hubiera sido porque José estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado (y estaba en la relación adecuada con Dios), ¿Quién sabe cuántas personas habrían perecido?

Sin duda, durante este tiempo de quebrantamiento, preparación, moldeado y formación, José experimentó momentos de duda, desánimo e incluso depresión. Seguramente se preguntó: "¿Por qué? ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Cuál es el propósito de todo este sufrimiento y maltrato por parte de la familia, los amigos y los enemigos?"

Algunas de las razones quedaron claras para José cuando sus hermanos llegaron a Egipto desesperados, ya que la hambruna también les había afectado. Sin saber que se trataba de José, sus hermanos llegaron con humildad, inclinándose ante él, que era el segundo en poder después del Faraón.

Si José no hubiera pasado por el proceso de quebrantamiento de Dios hasta llegar a un lugar de humildad, podría haber buscado venganza de sus hermanos en lugar de tener misericordia de ellos. Puedes leerlo en su totalidad en Génesis 42-44, pero ahora veamos cómo José reveló su identidad a sus hermanos en una escena que debió ser impactante para todos:

No podía ya José contenerse delante de todos los que estaban al lado suyo, y clamó: *Haced salir de mi presencia a todos. Y no quedó nadie con él, al darse a conocer José a sus hermanos. Entonces se dio a llorar a gritos; y oyeron los egipcios, y oyó también la casa de Faraón. Y dijo José a sus hermanos: Yo soy José; ¿vive aún mi padre? Y sus hermanos no pudieron responderle, porque estaban turbados delante de él. Entonces dijo José a sus hermanos: Acercaos ahora a mí. Y ellos se acercaron.*

Y él dijo: Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de

vida me envió Dios delante de vosotros. Pues ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco años en los cuales ni habrá arada ni siega.

Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación. Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto. – Génesis 45:1-8

Al final, José y su familia se reconciliaron felizmente, y llevó a su padre, a todos sus hermanos y a sus familias a un lugar seguro en Gosén, Egipto, y los mantuvo durante la hambruna.

Pero todavía había dudas en los corazones de sus hermanos sobre si su perdón era genuino o no. Después de la muerte de su padre, enviaron a preguntar qué haría José con ellos.

Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, más Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló, y les habló al corazón. Y habitó José en Egipto, él y la casa de su padre; y vivió José ciento diez años. – Génesis 50:19-22

Desde una perspectiva humana, José tenía todas las razones imaginables para tener resentimiento, falta de perdón, incluso amargura hacia quienes lo habían maltratado sin reconocerlo por lo que era:

“El receptor de los sueños divinos”

Esto incluía a sus padres, hermanos, comerciantes de esclavos, Potifar, el copero y el capitán de la prisión. Algunos dirían incluso que José tenía derecho a enfadarse con Dios por permitirle pasar por experiencias tan horribles.

Pero José se había convertido en un hombre quebrantado por todo su sufrimiento, y se había sometido a Dios, entregando su vida al Señor y confiando en Él. Mientras José hacía esto, Dios tomó cualquier sentimiento

de malestar que pudiera haber tenido hacia otros y lo reemplazó con amor y compasión.

El plan de Dios para la vida de José era salvar miles de vidas, incluyendo la de su propia familia, a través de su interpretación de los sueños dados por Dios. Dios también puso a José en un lugar de gran poder para completar su plan para él.

Pero recuerda que el plan de Dios para la vida de José también implicó largos años de esclavitud y encarcelamiento antes de que eso pudiera suceder. No porque Dios quisiera que José sufriera para su propia diversión, sino porque necesitaba quebrar a José y llevarlo a un lugar donde pudiera usarlo.

José reconoció esto con la notable declaración de que lo que sus hermanos pensaron para su mal, Dios lo encamino para el bien, mostrando una temprana comprensión de Romanos 8:28: *"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados."*

A menudo pensamos que esas palabras sólo se aplican a las cosas agradables que Dios permite en nuestras vidas, pero José llegó a comprender – como todos deberíamos – que también se aplica a las cosas desagradables y dolorosas. José confió en Dios a través del sufrimiento, y ahora podía ver el bien que Él pretendía.

La única manera en que José pudo ponerse en su posición de salvar vidas y perdonar las malas acciones cometidas contra él fue siendo quebrantado por Dios. Nosotros tenemos que hacer la misma elección con los males que nos han hecho, y lo correcto es seguir el ejemplo de José en lugar del que nos ofrece el mundo.

José sabía que nada podía separarlo del amor de Dios: ni sus hermanos, ni Potifar, ni la prisión, ni siquiera el éxito. Como muchos otros personajes de la Biblia, José estaba en un lugar muy peligroso cuando el Señor lo levantó.

Podría haber permitido que su corazón se llenara de orgullo y dejara atrás su quebrantamiento, quedando incapacitado para servir al Señor. Pocas cosas son tan peligrosas para el hombre o la mujer de Dios como el éxito, ya

que con él viene la tentación de atribuirlo a nuestras propias acciones y habilidades.

José parece haber aprendido la lección que le enseñaron todos esos años de sufrimiento. Y continuando con la humildad, caminó fielmente con el Señor durante el resto de su vida.

A través de ese quebrantamiento y obediencia en el sufrimiento, se convirtió en una imagen temprana de Jesús, como lo son tantas grandes figuras del Antiguo Testamento. Ambos hombres permanecieron fieles y humildes hasta su muerte, y ruego que se diga lo mismo de nosotros.

Moisés

Los primeros meses de la vida de Moisés estuvieron marcados por la incertidumbre y el peligro, ya que él y todos los niños varones nacidos de madres hebreas en la tierra de Egipto estaban condenados a muerte:

Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor. Y habló el rey de Egipto a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifra, y otra Fúa, y les dijo: Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva. – Éxodo 1:13-16

Fue en esta época de opresión y gran injusticia cuando nació Moisés, hijo de padres hebreos que escondieron al bebé para salvar su vida. Cuando el niño ya no pudo ser escondido, su madre lo colocó en una cesta para que flotara en el río Nilo.

Dios intervino milagrosamente y salvó a Moisés a través de la hija del Faraón, quien encontró, adoptó y crio a Moisés. Creció en la casa del Faraón y pasó los primeros cuarenta años de su vida recibiendo toda la sabiduría del mundo, disfrutando de todos los manjares disponibles y teniendo una vida sin problemas.

Si bien esto puede sonar bien, considera la implicación de lo que significaba vivir en la casa del Faraón. "Faraón" era un título, como el de rey o emperador, y aunque la posición de Faraón fue ocupada por una persona real, muchas veces en la Escritura sirve como un tipo o imagen de Satanás de la misma manera que Egipto, aunque es un lugar real, también sirve como un tipo o imagen del mundo.

Así, Moisés fue criado en toda la sabiduría de Satanás y del mundo. Su crianza no pudo haber hecho más difícil el quebrantamiento ante Dios. Moisés lo tenía todo en la vida. Muchos creían que incluso tenía la posibilidad de convertirse en el próximo Faraón en algún momento. Tenía una vida con la que muchos sólo pueden soñar: rico, bien educado y en el camino del éxito: *Y Moisés era instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabras y en obras (Hechos 7:20-22).*

El entrenamiento que Moisés recibió, ciertamente no lo equipó para la tarea que Dios había planeado para su vida. Desafortunadamente, muchas personas que sirven en las iglesias hoy en día confían en el entrenamiento que el mundo da para equiparlos para el ministerio. Sin embargo, hay ciertas experiencias que pueden ser beneficiosas para ministrar a la gente.

Por ejemplo, como oficial de policía de San Diego, aprendí algunas lecciones valiosas en el trato con la gente. Pero en el ministerio, lo que necesitamos más que nada es el llamado y el equipamiento de Jesús, que viene a través del discipulado bíblico y de seguirlo con total abandono del mundo. No estamos seguros de lo que impulsó a Moisés a ir a visitar a los esclavos hebreos, el pueblo de su herencia, ni de dónde vino su conocimiento de Dios y su sentido de la vocación.

Posiblemente fueron los años que pasó con su madre, mientras lo cuidaba y atendía bajo las órdenes de la hija del Faraón, durante los cuales pudo haberle hablado del Dios vivo y verdadero y de su plan para el pueblo hebreo.

O bien, pudo haber sido el Espíritu de Dios el que agitó su corazón, produciendo la fe que leemos en Hebreos 11:24-26. Sea lo que fuere, sabemos que en ese momento Moisés tomó el asunto en sus manos, e intervino para mal en esta situación.

Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Y al ver a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al oprimido. Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así. – Hechos 7:23-25

Los hebreos, aquellos a los que Moisés se sintió obligado a liberar, rechazaron sus intentos, haciendo correr la voz de que Moisés había matado a un egipcio.

Al día siguiente salió y vio a dos hebreos que reñían; entonces dijo al que maltrataba al otro: ¿Por qué golpeas a tu prójimo? Y él respondió: ¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Entonces Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto ha sido descubierto. Oyendo Faraón acerca de este hecho, procuró matar a Moisés; pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián. – Éxodo 2:13-15

Por miedo a los hombres, Moisés huyó de Egipto y pasó los siguientes cuarenta años de su vida en el desierto, escondido y cuidando ovejas. Su orgullo, que le decía que tenía derecho a decidir cómo y cuándo se salvaba el pueblo de Dios, se fue transformando poco a poco en humildad. Dios utilizó este tiempo para quebrantar a Moisés y prepararlo para cuidar un rebaño diferente: el pueblo de Israel. Es importante señalar que la confianza y seguridad en sí mismo que Moisés había adquirido viviendo en Egipto y en la casa del Faraón no podía ser utilizada por Dios. En cambio, Dios tuvo que despojar a Moisés de estas cosas para que pudiera verse a sí mismo como lo que realmente era.

Se cree comúnmente que D. L. Moody dijo una vez: "Moisés pasó cuarenta años pensando que era alguien; luego pasó cuarenta años en la parte trasera del desierto dándose cuenta de que no era nadie; finalmente, pasó los últimos cuarenta años de su vida aprendiendo lo que Dios puede hacer con un don nadie".

Cuando Dios se acercó a Moisés al final de estos segundos cuarenta años, su actitud había cambiado drásticamente. Escucha el intercambio verbal que tuvo lugar entre Dios y Moisés:

Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema.

Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel [. .]

El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? – Éxodo 3:1-11

¿Quién soy yo? Ese fue el lugar de entrega para Moisés, y de la misma manera, debe serlo para cualquier hombre y mujer que desee ser gobernado por Cristo. Recuerda, somos meramente los recipientes por los cuales Dios llevará a cabo Su obra. Para Moisés, la obra era liberar a Israel de Egipto y conducirlo a la Tierra Prometida.

Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte. – Éxodo 3:12

En este punto, Moisés comenzó a ofrecer una serie de excusas de por qué no era el hombre para el trabajo. Esto puede sonar bien, pero hay que darse cuenta de lo que es: una excusa. Una excusa también ha sido llamada la "fina piel de la razón rellena de una mentira".

La fuente de las excusas de Moisés era un enfoque en sí mismo y un temor al hombre, en lugar de un enfoque en el Señor y lo que Él había prometido. Dios respondió a cada una de las excusas de Moisés – en Su gracia, misericordia y longanimidad – y le hizo comprender que no era Moisés mismo, sino Dios quien los libraría. Finalmente, Moisés tuvo una última excusa para explicar por qué no era apto para el servicio.

Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar. – Éxodo 4:10-12 (Énfasis añadido)

Curiosamente, leemos sobre la capacidad de Moisés para hablar en el Nuevo Testamento, en el único sermón registrado de Esteban: "Y Moisés era docto en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabras y obras" (Hechos 7:22). Algunas traducciones lo traducen de esta manera: "No había nadie más elocuente de palabra que Moisés". A Moisés se le acabaron las excusas y recurrió a esto:

Y él dijo: ¡Ay, Señor! envía, te ruego, por medio del que debes enviar. Entonces Jehová se enojó contra Moisés, y dijo: ¿No conozco yo a tu hermano Aarón, levita, y que él habla bien? Y he aquí que él saldrá a recibirte, y al verte se alegrará en su corazón. Tú hablarás a él, y pondrás en su boca las palabras, y yo estaré con tu boca y con la suya, y os enseñaré lo que hayáis de hacer.

Y él hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios. Y tomarás en tu mano esta vara, con la cual harás las señales. – Éxodo 4:13-17

Moisés pasó de pensar que era el hombre de Dios indicado para el trabajo a pensar "¿Quién soy yo?". Pensó que podía liberarlos con sus propias fuerzas y habilidades, pero luego se dio cuenta de que la liberación sólo podía venir por el poder de Dios, no del hombre.

Pasó de pensar que su educación y todo lo que había aprendido del mundo le permitiría hacer entrar en razón al Faraón; a decir "No puedo hablar

porque soy lento de lengua". Pasó de "Yo, Moisés, soy el libertador de los hebreos" a "Dios será su libertador".

Ahora estaba preparado para la tarea que Dios tenía para él, una tarea que era más grande de lo que cualquier humano podría soportar solo. Moisés debía presentar a Dios al pueblo, y la responsabilidad le pesaba. Necesitaba estar absolutamente quebrantado y vacío de sí mismo para ser completamente llenado y guiado por Dios.

A partir de ese momento, las verdades habladas por Dios a Moisés se asentaron en su corazón y en su mente. Fue sin miedo a la nación más poderosa de la época, se enfrentó al hombre más poderoso que existía y proclamó con valentía la Palabra de Dios presentando sus exigencias para que todos los hijos de Israel salieran de Egipto. También representó la voluntad de Dios ante su propio pueblo, que constantemente se quejaba y lo desafiaba, actuando de forma aún más obstinada que sus ovejas. Sin su recién descubierta humildad y quebranto, nunca hubiera estado a la altura de la tarea.

Esto no impidió que Moisés recibiera amenazas de muerte por parte del Faraón y del mismo pueblo al que estaba sacando de la esclavitud; intentos de derrocarlo por parte de su hermano, su hermana y la multitud; enfrentarse a un motín por parte de Coré y su banda; experimentar un flujo constante de críticas, quejas, murmuraciones, discusiones, actividad carnal y el grito constante de "volvamos a Egipto", por nombrar sólo algunos.

Moisés es uno de los hombres que más admiro en la Biblia. Para poder ser utilizado por Dios, tuvo que someterse al proceso de quebrantamiento del Señor. Tuvo que arrepentirse de la autosuficiencia y de todo lo relacionado con la independencia.

Podemos ver este quebrantamiento evidente a lo largo del resto de los viajes de Moisés con el pueblo israelita. Aunque no era perfecto, demostró un espíritu quebrantado en muchas ocasiones, especialmente en los momentos de crisis. El pueblo hebreo era terco, refunfuñón y rebelde, muy parecido a nosotros a veces. Como se ve en Éxodo 32, demostraron plenamente todos sus problemas cuando Moisés subió al Monte Sinaí para recibir los Diez Mandamientos de parte de Dios.

Mientras estaba fuera, el pueblo se fabricó un becerro de oro como su nuevo dios, y dejó de adorar al Señor casi inmediatamente. Cuando el Señor vio lo que estaban haciendo, le dijo a Moisés que se retirara, para poder destruir al pueblo y comenzar de nuevo, haciendo una gran nación de Moisés como lo había hecho con Abraham.

Piensa en el orgullo que uno podría obtener al ser el padre de la gran nación de Dios. Sin embargo, Moisés suplicó a Dios por el mismo pueblo que se rebelaba contra ambos, y Dios tuvo misericordia de Israel una vez más. Moisés se preocupaba más por el pueblo a su cargo que por la gloria de su propio nombre, lo que demuestra lo bien que había aprendido las lecciones del Señor.

Volvemos a ver el quebrantamiento de Moisés cuando sus propios hermanos se rebelan contra él. En Números 12, Miriam y Aarón hablaron contra Moisés, cuestionando su nombramiento por parte de Dios. De inmediato, el Señor los llamó a los tres al centro del campamento, les recordó públicamente que había elegido a Moisés, y castigó a Miriam con lepra.

Un hombre orgulloso, al ver el justo juicio del Señor, se habría regocijado al ver a su enemigo derrotado y su posición probada ante el pueblo. Moisés, que en ese momento era más humilde que *"todos los hombres que había sobre la tierra"* (Números 12:3), en cambio intercedió de inmediato por su hermana rebelde. Clamó al Señor, diciendo *"Te ruego, oh Dios, que la sanes ahora."* (Números 12:13)

Moisés no sólo intercedió por los que habían desafiado su autoridad, sino que lo hizo de inmediato y con sincera emoción. Su quebrantamiento fue evidente a través de su perdón inmediato hacia su hermana, y el Señor recompensó esa humildad sanándola.

Finalmente, vemos tal vez la mayor muestra del quebrantamiento de Moisés durante la rebelión de Coré. En Números 16, Coré y otros 250 líderes israelíes se enfrentaron a Moisés y a su supuesta arrogancia. Toma nota de esto. ¿No es esa la forma del mundo?

Su orgullo deformó su visión, viendo al más humilde y quebrantado de los hombres como orgulloso y egocéntrico.

Moisés ya había sido afirmado por Dios varias veces, y podría haber ordenado simplemente que mataran a los hombres sin siquiera considerar sus reclamos. ¿Pero qué hizo Moisés?

El hombre al que estaban condenando por exaltarse por encima de ellos se postro sobre su rostro. En Números 16:4 leemos cómo les dijo que el Señor elegiría entre ellos.

En lugar de forzar su autoridad sobre ellos, o gobernarlos, Moisés presentó la decisión ante el Señor. Si el Señor hubiera elegido a Coré, sabemos que Moisés lo habría aceptado. En cambio, el Señor honró la sumisión de Moisés a su voluntad y consumió a Coré y a los otros que se rebelaron con él. Lo que vemos en estos tres casos son muchas oportunidades para que Moisés muestre su orgullo en su "vida propia". Pudo haber hecho que el Señor hiciera de él una gran nación. Podría haber dejado a su hermana como advertencia para otros que desafiaron su autoridad. Podría haberse adelantado a Dios y haber hecho matar a Coré y a los demás.

Sin embargo, en cada caso, vemos el quebrantamiento de Moisés al interceder por sus enemigos y dejar su autoridad en manos de Dios. Muchos, como Moisés, al enfrentarse a una decisión similar, han optado por aferrarse a "su propia vida ", haciéndose inútiles para Dios. Jesús nos advierte de este peligro:

Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? – Marcos 8:34-36

Tómate un momento y reflexiona sobre tiempos pasados o presentes en los que el Señor te tuvo en una experiencia en el desierto para humillarte y romper con alguna área en la que estás confiando en ti mismo.

¿Dejarás de hacerlo, te arrepentirás y te entregarás completamente a Dios? Si lo haces, entonces como lo hizo con Moisés, Dios te usará. Puede que no te haga el líder de su pueblo elegido, y puede que no te enfrentes a los principados del mundo conocido y que no hagas frente a ellos las demandas del Señor. Sin embargo, tendrás el privilegio de glorificar el nombre de Dios al ser utilizado por Él para su propósito, que es la mayor esperanza que cualquiera de nosotros puede tener. Como hemos visto en la vida de Moisés, este privilegio es imposible de recibir sin el quebrantamiento.

David

Si pudiéramos ver a David de joven, en su adolescencia, puede que no haya nada que le hiciera destacar entre los de su edad. Aunque era un joven apuesto, de tez rojiza (muchos creen que podía ser pelirrojo), no era más que uno de los muchos jóvenes de su época.

Era el menor de los ocho hijos de Isaí, nacido en la pequeña y desconocida ciudad conocida como Belén (que significa: "casa del pan"). Era un simple pastorcillo que cuidaba las ovejas de su padre. Pero si lo miráramos de cerca, veríamos que era un joven fuerte y valiente.

Como pastor, se enfrentó a un león y a un oso que habían intentado matar a las ovejas de su padre, en lugar de simplemente huir como podrían haber hecho otros. David también tenía un gran don para la música. Cuando estaba en el campo cuidando ovejas, miraba al cielo con asombro y escribió algunos de los salmos más hermosos que atestiguan la gloria y el poder de Dios.

¡Oh Jehová, Señor nuestro, ¡cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra! Has puesto tu gloria sobre los cielos; de la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo. Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las

estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; Todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, Las aves de los cielos y los peces del mar; Todo cuanto pasa por los senderos del mar. ¡Oh Jehová, Señor nuestro, Cuán grande es tu nombre en toda la tierra! – Salmos 8:1-9

Sin embargo, con todas estas características, David parecía un candidato poco probable para convertirse en el sucesor del rey Saúl cuando Dios ordenó que se ungiera al próximo rey de Israel. Después de todo, David era sólo un adolescente sin experiencia, así que ¿cómo podría gobernar al pueblo de Dios? Todo lo que había hecho era cuidar ovejas.

Así como el rey Saúl (cuya vida examinaremos más adelante) fue la "elección del pueblo" para gobernar a Israel, David fue la elección de Dios para reinar sobre su pueblo. Cuando el profeta Samuel, impulsado por una palabra de Dios, fue a la casa de Isaí para ungir al próximo rey, llamó al mayor de los hijos de Isaí. Ciertamente, pensó que esta sería la elección de Dios, pero no fue así. De hecho, a medida que Samuel iba pasando de un hijo a otro, Dios le informaba de que ninguno de ellos era el que Él había elegido.

Y aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante de Jehová está su ungido. Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón. [. . .] Y él respondió: Queda aún el menor, que apacienta las ovejas. Y dijo Samuel a Isaí: Envía por él, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga aquí. Envió, pues, por él, y le hizo entrar; y era rubio, hermoso de ojos, y de buen parecer. Entonces Jehová dijo: Levántate y úngelo, porque este es. Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David. Se levantó luego Samuel, y se volvió a Ramá. – 1 Samuel 16:6-13

A partir de este texto, podemos ver por que Dios eligió a David. "Pero el Señor mira el corazón". El corazón de David era correcto delante de Dios. Él amaba

a Dios, tenía temor de Dios, y confiaba en Dios. Vemos el enfoque del Señor en el corazón del hombre cuando dice:

Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él. Locamente has hecho en esto; porque de aquí en adelante habrá más guerra. – 2 Crónicas 16:9

Aunque David, como el resto de nosotros, no era perfecto, el deseo de su corazón era para el Señor. De hecho, mira lo que Dios dice de David.

Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó. – 1 Samuel 13:14

Inspirado por el Espíritu Santo, esto es lo que dijo Esteban sobre David en el Nuevo Testamento:

Luego pidieron rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, por cuarenta años. Quitado este, les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero. – Hechos 13:21-22

Ahora bien, aunque David había sido ungido por Dios para ser el próximo rey de Israel, y tenía un corazón semejante al de Dios, David no estaba aún preparado para ser rey. Ya había sido elegido y ungido, pero David pasó por años de "escuela de preparación" por parte de Dios antes de poder asumir tan gran responsabilidad, poder y autoridad. Esta preparación incluyó tiempos de grandes altibajos. Fue despreciado por sus hermanos, pero tuvo una gran relación con Jonatán, el hijo de Saúl.

Fue acogido en la familia real, sólo para que más tarde Saúl le quitara su esposa e intentara matarlo arrojándole una lanza. Saúl incluso puso sentencia sobre la cabeza de David, obligándole a huir durante años mientras vivía en cuevas en el desierto. Al mismo tiempo, reunió a sus famosos y fieles "valientes" y se convirtió en un exitoso líder militar.

El quebrantamiento de David se produjo realmente cuando empezó a huir de Saúl. Al huir del rey, no tuvo tiempo de armarse, ni siquiera de preparar la comida para el viaje. Cuando llegó a Nob, quién sabe cuánto tiempo había pasado desde la última vez que comió.

Tuvo tanta hambre que les rogó que le dieran el pan de la proposición, a pesar de que estaba destinado sólo a los levitas (Levítico 24:9). Estas terribles circunstancias de hambre, pobreza y falta de paz lo acosaron durante todo el camino, pero fueron las herramientas de Dios para doblegar a David.

Sin embargo, observa la falta de quebrantamiento de David en esta situación. Mintió a Abimelec, diciéndole que Saúl le había ordenado estar allí (1 Samuel 21:2), claramente temiendo por su propia vida a pesar de haber recibido la unción de Samuel. Su mentira le dio el pan que quería, pero también resultó en la matanza de los hombres, mujeres, niños y animales de esa ciudad (1 Samuel 22:19). David aún no era apto para ser rey y necesitaba más preparación.

A partir de ahí, David se enfrentó a la traición de los que había salvado, vivió en el desierto durante años, estuvo a punto de ser asesinado por Saúl (1 Samuel 23:12-26) y sufrió muchas otras injusticias. El Señor lo quebró pieza por pieza a través de estas pruebas.

Cabe destacar la vez que la humildad de David fue puesta a prueba por Nabal, el tipo de hombre desagradable con el que probablemente todos estemos familiarizados. Nabal tenía el particular don de insultar a la gente, algo que algunas personas parecen tener en abundancia. Mientras que un hombre como Saúl podía buscar la vida de David y aún así ser perdonado, las maldiciones de Nabal hirieron el orgullo de David de tal manera que inmediatamente buscó matar al hombre.

¿No nos pasa lo mismo a veces? Podemos representar el papel de la humildad mientras los que nos rodean nos alaben por ello. Pero, una vez que alguien ve nuestra humildad como una debilidad, y nos insulta con cizaña, de repente nos encontramos levantándonos en señal de protesta, y el orgullo que creíamos desaparecido hace tiempo vuelve con toda su fuerza. Para el bien de David (y también para el de Nabal), la esposa de Nabal, Abigail, tenía mucho más sentido común que su marido, y se enfrentó a David con humildad y suplicó por la vida de su marido.

Si David hubiera continuado con su furia orgullosa, habría ignorado las súplicas de Abigail, habría matado a su marido y habría tomado lo que creía que le correspondía. Sin embargo, el Señor actuó a través de la humildad de

Abigail para quebrar a David en ese mismo momento, y mostrarle un camino mejor que la venganza: el perdón. Años más tarde, cuando un hombre llamado Simei insultó a David en su momento más bajo, David respondió de una manera muy diferente que con Nabal, demostrando que había aprendido de esa lección.

Y dijo David a Abisai y a todos sus siervos: He aquí, mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida; ¿cuánto más ahora un hijo de Benjamín? Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho. Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy. – 2 Samuel 16:11-12

Tanto el intenso orgullo de Nabal como la bendita humildad de Abigail fueron utilizados en el proceso de quebrantamiento de David, y vemos a este hombre conforme a el corazón del Señor aceptando ese quebrantamiento. La humildad de David fue puesta a prueba muchas veces más cuando se trataba de su lealtad al mismo hombre que buscaba matarlo: El rey Saúl. En dos ocasiones, David tuvo la oportunidad de matar a Saúl mientras el rey lo perseguía (1 Samuel 24 y 26).

Y dijo a sus hombres: Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová. – 1 Samuel 24:6

Después de que Saúl "perdonara" a David porque este le había perdonado la vida, sólo para volverse contra él una vez más, David tuvo una segunda oportunidad de acabar con su tormento. Esta vez, mientras estaba frente al rey dormido, uno de sus hombres le pidió a David que le permitiera matar al rey para que David no tuviera la sangre del rey en sus propias manos. Pero una vez más, en lugar de tomar lo que Dios le había prometido en sus propios términos, David dijo "*guárdeme Jehová de extender mi mano contra el ungido de Jehová.*" (1 Samuel 26:11).

David sabía que la corona era suya por la unción de Dios. Pero en su humildad y quebranto, no se atrevió a tomarla para sí mismo, confiando en cambio en que Dios se la daría a su tiempo. Qué diferencia tan marcada entre David y Saúl, que ni siquiera esperó unos días a que Samuel realizara un sacrificio.

Este no sería el final de las tribulaciones de David relacionadas con su situación con Saúl. Sería expulsado de todos los lugares que visitó, lucharía en muchas guerras amargas y salvaría la vida del rey sólo para ser odiado una vez más. Lamentablemente, también sufrió la muerte de su mejor amigo Jonatán.

Cuando todo terminó y Saúl había muerto, David era un hombre destrozado, y listo para convertirse en el Rey de Israel. En ninguna parte fue más evidente este quebrantamiento que cuando lloró por la muerte del rey Saúl, el hombre que había buscado su vida todos estos años (2 Samuel 1:12).

A través de estos y otros acontecimientos, David se convirtió en un hombre quebrantado y humillado, a veces incluso desesperado de la vida misma. Lo vemos reflejado en muchos de los Salmos que escribió. He aquí un ejemplo:

Dios mío, mi alma está abatida en mí; Me acordaré, por tanto, de ti desde la tierra del Jordán, Y de los hermonitas, desde el monte de Mizar. Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí.

Pero de día mandará Jehová su misericordia, Y de noche su cántico estará conmigo, Y mi oración al Dios de mi vida Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?

Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan, diciéndome cada día: ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué te abates, oh alma mía y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío. – Salmos 42:6-II.

Fue a través de estos tiempos de grandes dificultades que David llegó a conocer al Señor de una manera mucho más íntima y profunda. También llegó a aprender lo que es depender de Dios para la tarea para la que había sido levantado.

Y lo que es aún más sorprendente, a través de sus sufrimientos y quebrantos, se le dio la oportunidad no sólo de escribir las palabras que Jesús diría en la cruz, sino también de darnos una primera visión del propio sufrimiento de Jesús.

Muchos años después de haber sido ungido para ser rey de Israel, por fin había llegado el momento de que David fuera rey. Y, gracias al Señor y a su

obra en David, fue un gran rey. Hasta el día de hoy, se le recuerda como el más grande de los reyes de Israel. Llevó a su nación a derrotar a todos sus enemigos, el país prosperó y hubo justicia para el pueblo.

David guió al pueblo a seguir al Señor, y llevó el Arca del Pacto a Jerusalén con regocijo y alabanza a Dios. Confiando en Dios para ser el rey por excelencia, David pudo hacer bien lo que Dios le había llamado a hacer.

Sin embargo, durante su tiempo como rey, David todavía tomó algunas decisiones insensatas que fueron motivadas por el orgullo. Su decisión de quedarse en Jerusalén, cuando era el tiempo en que los reyes salían a la guerra, lo llevó a cometer adulterio con Betsabé, la esposa de Urías. En consecuencia, David mató a Urías en su intento de encubrir su pecado.

Un pecado (si no se confiesa y no se arrepiente) llevará a otro y a otro. En un momento dado, David también eligió contar su ejército, lo cual estaba claramente prohibido por el Señor, a pesar de la advertencia en contra por parte de su comandante Joab. Una vez más, fue el orgullo de David el que inspiró tal acto de desobediencia.

Esto exigiría más quebrantamiento por medio de la disciplina de Dios. Por estos actos de desobediencia, David sufrió tanto el castigo del Señor como las consecuencias de sus acciones, *"Porque el Señor al que ama, disciplina"* (Hebreos 12:6). El hijo de David con Betsabé, concebido en su adulterio, murió poco después de nacer. El recuento del pueblo provocó una plaga que costó la vida a 70.000 hombres.

En todo esto, fue la respuesta de David a estos castigos lo que marcó la diferencia y lo distinguió de otros reyes, como Saúl. Cada vez que el Señor confrontó a David, él reconoció su pecado y se arrepintió. Esta es la respuesta de David a su pecado con Betsabé:

Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, Y en cuyo espíritu no hay engaño. Mientras callé, se envejecieron mis huesos. En mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. Selah Mi pecado te declararé, y no encubrí mi

iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Selah – Salmos 32:1-5

Ten piedad de mí, oh Dios, según tu misericordia; según la multitud de tus tiernas misericordias, borra mis transgresiones. Lávame completamente de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis transgresiones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, sólo contra ti, he pecado, y he hecho este mal ante tus ojos; para que seas hallado justo cuando hablas, e irreprochable cuando juzgas. – Salmo 51:1-4

Y aquí está la respuesta de David a su pecado de contar al pueblo:

Y el corazón de David lo condenó después de haber contado al pueblo. Entonces David dijo a Jehová: "He pecado mucho en lo que he hecho; pero ahora te ruego, oh Jehová, que quites la iniquidad de tu siervo, porque he obrado muy neciamente." – 2 Samuel 24:10

Entonces David habló al Señor cuando vio al ángel que golpeaba al pueblo, y dijo: "Ciertamente he pecado y he hecho maldad; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Que tu mano, te ruego, sea contra mí y contra la casa de mi padre". – 2 Samuel 24:17

Un último ejemplo que tenemos del quebrantamiento y la humildad de David fue cuando su propio hijo Absalón decidió tomar su primogenitura antes de tiempo. Cuando Absalón marchó sobre Jerusalén, David podría haberle resistido, o haber forzado un asedio de la ciudad, aferrándose a su capital a costa de las vidas de su pueblo. En lugar de ello, optó por desalojar la ciudad pacíficamente, salvando miles de vidas en el proceso.

Aunque Absalón le obligaría a entrar en batalla más tarde, fíjate en lo que David ordenó a sus oficiales en relación con el usurpador que intentaba matarlo: *"Tratad benignamente por amor de mí al joven Absalón."* (2 Samuel 18:5).

Especialmente teniendo en cuenta los fuertes sentimientos que David tenía por la santidad de la realeza, el hecho de que pidiera delicadeza para el hombre que intentaba matarlo es aún más revelador de su estado de quebrantamiento. Y Dios bendijo ese quebrantamiento con la eventual victoria contra su hijo y la estabilidad del país restaurada. David fue bendecido con una vida larga y plena y con una muerte en paz.

Incluso con todos los fracasos, defectos y carencias de David, Dios lo utilizó. David se convirtió en el arquetipo de lo que significa ser un buen rey: humilde, obediente a Dios, buscando su voluntad y bendecido por el Señor. Cada vez que un rey de Judá después de él hacía lo correcto a los ojos del Señor, se decía que lo hacía "según su padre David".

Dios usó a David porque respondió de manera correcta a su preparación, corrección y disciplina. Si David no hubiera respondido favorablemente, estaríamos leyendo un relato diferente, posiblemente muy parecido al de Saúl.

Dios nos castiga por nuestros pecados porque nos ama.

Y al igual que David, podemos elegir cómo responder a ese castigo. Podemos endurecer nuestros corazones y continuar con nuestros pecados orgullosos o podemos arrepentirnos, dejar que Dios nos quebrante y volver a ser útiles para Él. La elección es nuestra.

¿Has tenido alguna situación en la que Dios te haya castigado? ¿Cómo respondiste? ¿Sientes que Dios te está castigando ahora mismo? ¿Cómo vas a responder esta vez? Si estás viviendo en pecado, y Dios no te está castigando, ¿qué sugiere eso sobre tu relación con Él?

Pedro

En la pequeña ciudad de Betsaida vivía un hombre llamado Simón, hijo de Jonás. Él y su hermano Andrés eran pescadores en el Mar de Galilea. Aunque no tenía una buena educación, Simón era una persona de cabeza dura, un líder natural con su propia opinión sobre las cosas. Llevaba la vida de un hombre sencillo y no era una figura muy conocida en la sociedad judía.

Todo eso cambió cuando Jesús lo conoció. Él, que estaba al margen de la sociedad, fue llamado a seguir a Jesús. A través de un tiempo turbulento,

maravilloso, espiritual, difícil, pero fructífero de caminar con Jesús, Simón estaba siendo preparado para ser usado por Dios para ser un líder y un pilar en la fundación y establecimiento de la iglesia cristiana en Jerusalén, desde donde se extendió en todo el mundo.

Caminando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, echando la red en el mar, pues eran pescadores.

Entonces les dijo: "Seguidme, y os haré pescadores de hombres". Inmediatamente dejaron las redes y le siguieron. – Mateo 4:18-20

Pedro siguió a Jesús y recibió muchas enseñanzas, formación y corrección de Él. En los primeros años con Jesús vemos en Pedro muchas de las características en las que el mundo se deleita: confianza en sí mismo, autosuficiencia, orgullo, valentía, audacia, coraje y jactancia. Estos rasgos se manifiestan en su interacción con Jesús y los demás discípulos.

Pedro era franco, a menudo el portavoz del grupo de discípulos y el que hacía las preguntas. Pero también se opuso a las palabras de Jesús en varias ocasiones. Fue audaz cuando fue el único que le preguntó a Jesús si podía caminar sobre el agua hacia Él, pero fracasó rápidamente al ver las olas.

Pedro pensó que tenía mucha fe, pero Jesús le aclaró que en realidad era de poca fe (Mateo 8:26). Cuando alguien le preguntó a Pedro si Jesús pagaría o no los impuestos del templo, Pedro se apresuró a dar una respuesta defensiva y complaciente de que sí, obviamente Jesús lo haría.

Poco después fue corregido por Jesús, que le explicó que, como Hijo de Dios, no tenía que pagar (Mateo 17:26). Pedro se jactó de su servidumbre y lealtad, afirmando que, aunque todos los demás discípulos abandonaran al Señor, él nunca lo haría.

Una de las llamadas de atención más duras que recibió Pedro de parte de Jesús fue cuando trató de disuadirlo de la cruz. Jesús había explicado a los discípulos que iba a Jerusalén a sufrir y morir (y, ojo, a resucitar a los tres días). Aun así, Pedro le contestó a Jesús por hablar de sufrimiento y muerte. *"en ninguna manera esto te acontezca."* (Mateo 16:22). Jesús reprendió duramente a Pedro: *"¡Quítate de delante de mí, Satanás!"* (Mateo 16:23).

No puedo imaginar lo que debió pasar por la mente de Pedro en ese momento. Pasó de lo más alto – al comprender que Jesús es el Mesías - a lo más bajo – que este mismo Mesías le llamara "Satanás" en su cara-. Pedro tenía su propia idea de cómo sería la agenda del Mesías, y el sufrimiento no era parte de ella.

También estoy seguro de que realmente amaba y se preocupaba por Jesús y no quería que sufriera. Desde una perspectiva humana, esto era comprensible, pero seguía siendo muy orgulloso, tratando de reprender a Jesús: *"en ninguna manera"*. Pedro necesitaba aprender a ver las cosas espiritualmente y a desprenderse de sus propias ideas erróneas y de su obstinado orgullo.

Las últimas horas del tiempo de Pedro con Jesús, antes de ir al jardín de Getsemaní, fueron decisivas para que Pedro se quebrara.

Entonces Jesús les dijo: "Todos vosotros tropezaréis por mi causa esta noche, porque está escrito: 'Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño se dispersarán'. Pero cuando haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea". Respondiendo Pedro, le dijo: "Aunque todos tropiecen por tu causa, yo no tropezaré jamás". Jesús le dijo: "Te aseguro que esta noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces." Pedro le dijo: "Aunque tenga que morir contigo, no te negaré". Y así dijeron todos los discípulos. – Mateo 26:31-35 (Énfasis añadido)

Pedro tenía el perpetuo "problema del yo" que todos padecemos. Pensaba en sí mismo, confiaba en sí mismo y hablaba de sí mismo todo el tiempo. Incluso ante las claras palabras de Jesús sobre el próximo fracaso de Pedro, él seguía creyendo que era fuerte y que sabía más que el Señor.

Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.

Él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte. Y él le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces." – Lucas 22:31-34

Mientras Pedro protestaba, el resto de los discípulos se sumaron y afirmaron lo mismo, probablemente no queriendo ser superados por Pedro,

y aspirando todos a ser el número uno del grupo. Ninguno de ellos quería quedar mal, sin darse cuenta de cuánto orgullo revelaba en ellos esta discusión con la Palabra de Dios. Debemos tener cuidado y recordar cómo nuestras palabras y acciones insensatas pueden influir en los que nos rodean para que sigan nuestro ejemplo. Recordemos el contexto en el que ocurrió esto: era la Última Cena y Jesús les había lavado los pies y confrontado con respecto a sus continuos intentos de ser los más grandes. Qué muerte tan dura y lenta tienen el orgullo y el ego.

Al considerar la respuesta de Pedro, vemos lo poco que realmente nos conocemos a nosotros mismos. Él se creía fuerte en la fe, dispuesto a dar su vida por el Señor, pero estaba muy lejos de ello. No hay duda de que Pedro, junto con los demás discípulos, era muy sincero en ese momento. Pero estaba sinceramente equivocado.

No conocía su propio corazón y permitió que sus sentimientos y emociones lo gobernaran en lugar de escuchar las palabras de Cristo. Ahora bien, si piensas que me estoy metiendo indebidamente con Pedro, recuerda que él simplemente sirve de ejemplo, con el que todos podemos relacionarnos demasiado bien, si somos honestos.

Por supuesto, lo que dijo Jesús se cumplió, como siempre lo hace la Palabra de Dios. Apenas unas horas después, los guardias vinieron a arrestar a Jesús. Pedro luchó al principio, hiriendo a uno de los sirvientes y provocando la reprimenda de Jesús, pero rápidamente huyó y abandonó a Jesús, al igual que el resto de los discípulos (Mateo 26:56).

A pesar de que todos dijeron que permanecerían con Jesús, cada uno de ellos tomó la decisión de huir. Pedro siguió a la multitud a distancia, atrapado entre su miedo a ser encontrado y su amor por su Señor. Pedro se quedó cerca de la casa del Sumo Sacerdote donde Jesús estaba siendo interrogado por un "tribunal de canguro".

Mientras Pedro intentaba pasar desapercibido afuera, calentándose junto a una hoguera, empezaron a llegarle preguntas y acusaciones, y comenzó este particular proceso de ruptura.

Uno tras otro, negó las afirmaciones de la gente de que conocía a Jesús, apenas unas horas después de testificar con tanto orgullo que nunca lo haría. Su orgullo fue lo que lo preparó para la caída:

Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices. Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También este estaba con Jesús el nazareno.

Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre. Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aún tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo. – Mateo 26:69-74

Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo lloró amargamente. – Lucas 22:61-62

Cuando Pedro hizo su tercera negación y el gallo cantó, Jesús estaba situado de tal manera que pudo mirar a su alrededor y ver a Pedro. Sus ojos se encontraron y Pedro recordó las palabras de Jesús. Considera esta escena conmigo por un momento y déjame preguntarte:

¿Qué tipo de mirada crees que le dio Jesús a Pedro?

Tu respuesta revelará tu concepto del carácter de Dios. ¿Fue una mirada de consternación e incredulidad? diciendo: "No puedo creer que hayas hecho eso Pedro" ¿O fue una mirada de disgusto y decepción, negando con la cabeza como a veces hacen los padres?

Te sugiero que no fue ninguna de las anteriores, ni nada que se les parezca. Más bien era una mirada de compasión y misericordia. Así es como Dios mira a sus hijos cuando fallamos y caemos en el camino. No se escandaliza ni le toma por sorpresa.

Hay una expectativa que Dios tiene de todos nosotros: que fracasemos. Él sabe que no somos más que polvo. Está listo para recibarnos y restaurar nuestra comunión con Él cuando nos humillamos ante Él y confesamos y nos arrepentimos de nuestro pecado. Después de este intercambio de miradas con Jesús, Pedro salió del patio llorando amargamente. Finalmente, por la gracia de Dios, Pedro se quebró. Por muy doloroso que fuera, le llevó a humillarse ante Dios para que Él pudiera hacer lo que quisiera con la vida de Pedro.

Pedro estaba ahora quebrantado y en un lugar donde Dios podía hacer la obra que quería hacer en él, y a través de su vida. Fue necesario un fracaso así de grave para que Pedro se quebrara. En todo este tiempo él no había sido capaz de ver su propia debilidad, su egoísmo o su orgullo.

Debe haber sido una posición increíblemente dolorosa para Pedro, pero era necesario. Si no hubiera tenido el consuelo de las palabras de Jesús de antes *" y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. "*, podría haber perdido fácilmente la esperanza de volver a ser útil para Dios. Pero, de hecho, fue a través de este quebrantamiento que llegó a ser útil para Dios para empezar.

En Isaías 57:15, leemos: *" Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados".*

No podemos imaginar lo que debió pasar por la mente de Pedro al ver cómo crucificaban a Jesús y al verlo resucitar. Después de que Jesús visitara a Pedro y le encargara apacentar sus ovejas (Juan 21:17) (guiar a los creyentes), Pedro y el resto de los discípulos recibieron la llenura del Espíritu Santo (Hechos 2).

El Espíritu Santo nunca habría podido llenarlo por completo si no se hubiera quebrado y vaciado de sí mismo. Vemos el fruto de su vida quebrantada después de ese momento.

Pedro pronunció inmediatamente un discurso elocuente y apasionado que maravilló a la gente de la ciudad (Hechos 3). También se entregó a las autoridades para ser interrogado, cuando sólo unos días antes se había resistido, y habló contra el Sanedrín en su cara (Hechos 4).

“Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús.” – Hechos 4:13

¡Imagínate! El mismo hombre que no pudo enfrentarse a las acusaciones de una niña pequeña estaba ahora predicando a los hombres que habían matado a su Señor, y que muy fácilmente podrían hacer lo mismo con él. Aquí vemos el valor de parte del Señor que vino a causa del quebrantamiento, mientras que antes Pedro estaba lleno sólo del alarde del orgullo.

Y qué maravilloso testimonio fue esto para la gente que lo rodeaba.

Anhelo que se pueda decir lo mismo de ti y de mí, que la gente nos mire y comprenda que hemos estado con Jesús.

Dios bendijo el ministerio de Pedro a lo largo de su vida, ya que continuó en la humildad (Gálatas 2:1-9, Hechos 15:7-11), incluso el Señor salvó a miles de personas a través de él. También podemos ver la humildad de Pedro en la forma en que aceptó la corrección de Pablo sobre el asunto de ceder a la hipocresía, cuando visitó la iglesia en Antioquía.

Al principio, Pedro disfrutó de la comunión de los cristianos gentiles, pero cuando llegaron los creyentes judíos de Jerusalén, se apartó de los creyentes gentiles, lo que llevó a otros a caer en el pecado de la hipocresía junto con él.

Pablo corrigió a Pedro en su cara, en presencia de todos, porque estaba tergiversando el Evangelio y llevando a la gente al legalismo. Pablo relata la disputa en Gálatas 2:14-18. Pedro podría haber respondido con orgullo e ira, o reprender a Pablo como lo hizo con Jesús hace tantos años. Pero ahora Pedro era un hombre diferente.

De hecho, Pedro se convirtió en una figura clave en el establecimiento de la firme enseñanza en la iglesia de que los creyentes gentiles eran iguales a los creyentes judíos y no necesitaban ser sometidos a la ley. El abogó poderosamente en el Concilio de Jerusalén: *“Y Dios, que conoce los corazones,*

les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.

Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos.” – Hechos 15:8-11

El bien se hizo a través del quebrantamiento de Pedro, y éste se convirtió en un pilar de la iglesia primitiva. Dios lo utilizó de manera poderosa para establecer la iglesia y reforzar importantes verdades teológicas.

Fue el apóstol con un ministerio especial para los judíos, y una persona clave en la comprensión de la unidad de la iglesia, a pesar de las diferencias de nacionalidad. La maravillosa gracia de Jesús lo había quebrantado y le permitió dirigir a la iglesia para que se apoyara en la gracia viva de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Para Pedro, el orgullo y su confianza en sí mismo era lo que necesitaba romperse para que Dios pudiera actuar en su vida.

¿Qué puede ser en tu caso?

¿Es el orgullo y la autosuficiencia? ¿o alguna otra cosa de la que necesitas deshacerte antes de que Dios pueda usarte?

Pablo

Pablo comenzó su vida con el nombre de Saulo (hebreo, que significa: "pedido a Dios"), provenía de un linaje judío muy prestigioso y tenía un fuerte impulso por ser alguien grande en la jerarquía del judaísmo. Era muy exitoso y estaba lleno de orgullo, autosuficiencia y justicia propia. Aprendemos algo sobre los antecedentes de Pablo por sus escritos en el Nuevo Testamento.

“Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo,

perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable.” – Filipenses 3:4-6

“Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba; y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres.” – Gálatas 1:13-14

Fue el famoso encuentro con Jesús en el camino de Damasco lo que le llevó a su conversión, sin embargo, el comienzo de la transición de Saulo a Pablo puede haber empezado ya antes. Leemos en Hechos 22:20 que Saulo asistió a la muerte de Esteban y escuchó el poderoso sermón del primer mártir, tal y como se registra en Hechos 7. Aunque sabemos que Saulo *"consentía en su muerte"* (Hechos 8:1), él escuchó la Palabra del Señor ese día, y como sabemos que la Palabra de Dios no vuelve vacía (Isaías 59:11), la semilla seguramente fue plantada dentro de él.

Saulo *"respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor"* (Hechos 9:1), fue que conoció a Jesucristo. Ese poderoso encuentro marcó el comienzo real del proceso de quebrantamiento necesario para que Saulo se convirtiera en el hombre que Dios usaría de manera poderosa:

Mas yendo por el camino, aconteció que (Pablo) al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.

Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, mas sin ver a nadie. Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole por la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió. – Hechos 9:3-9

Debe haber sido un shock tener un encuentro así con el Dios vivo, diciéndole a Pablo que en realidad estaba persiguiendo al Dios al que decía servir. Además, Saulo fue golpeado por la ceguera, lo que lo dejó indefenso y dependiente de otra persona para que lo guiara y cuidara.

Esta fue una experiencia totalmente diferente para el orgulloso, autosuficiente y fariseo. Es una experiencia bastante humillante estar ciego y necesitar que alguien te ayude a guiarte.

Esto me ocurrió hace unos años, cuando la retina de mi ojo derecho se desprendió, provocando que me quedara casi completamente ciego de ese ojo. Me operaron para volver a fijar la retina (por lo que alabo a Dios), y durante el tiempo de recuperación, que duró meses, estuve muy limitado en lo que podía hacer. Puedo dar fe de que una experiencia así es increíblemente humillante, y me mostró lo débil y dependiente que era realmente del Señor.

No esperes a que el Señor tenga que llamar tu atención silenciando tu cuerpo a tu alrededor. Permítete ser quebrantado ahora a través de tus aflicciones ligeras, o en Su amor el Señor recurrirá a medidas más severas.

Aunque cegado y necesitado de ser llevado de la mano, Saulo comenzó ahora a ser capaz de ver más claramente que en cualquier otro momento del pasado. Este encuentro con Jesús le dio a Saulo una perspectiva diferente – la perspectiva correcta – de sí mismo y de sus logros. Jesús le mostró que era un pecador, que nada de lo que hacía en la ley podía salvarlo, y que necesitaba la redención que se encuentra en Jesús para ser salvo.

Saulo se vio a sí mismo como lo que era: un asesino del pueblo de Dios y un perseguidor de Jesucristo. Sabía que nadie más que Jesús podía salvarlo del destino que le esperaba: el infierno. Y empezaba a comprender la gran misericordia de Dios, que estaba dispuesto a salvarlo de ese destino si se arrepentía. Escribió sobre esto a los cristianos romanos:

Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? – Romanos 7:22-24

Y en 1 Timoteo 1:15, leemos: *"Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero."*

Finalmente, Dios envió a un hombre llamado Ananías a orar por el ciego Saulo, diciendo: *"Ve, porque instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre"* (Hechos 9:15-16).

Cuando Ananías oró por Saulo, algo así como escamas cayeron de sus ojos, y pudo volver a ver. Más importante que recuperar su vista física, Saulo recibió la capacidad de ver a Jesús por lo que es: el Señor de todo, el Alfa y la Omega, y el único Dios verdadero digno de servir. También fue capaz de verse a sí mismo: un hombre pecador, irremediablemente malvado e incapaz de alcanzar la justicia a través de sus propias acciones.

Esta apertura de los ojos espirituales, provocada por el quebrantamiento, marcó el momento en que comenzó realmente su ministerio para el Señor. Como el Señor se aseguró de señalar, también fue sólo el comienzo de sus sufrimientos. Le prometió a Pablo sufrimiento y siendo Él fiel a su palabra como siempre, esto es lo que sucedería.

Saulo era un hombre cambiado. Y un poco más tarde, incluso cambió su nombre a Pablo, que significa "pequeño". ¡Qué contraste con el hombre que antes se consideraba "irreprochable" ante la ley de Dios! Habiendo adquirido esta perspectiva correcta de sí mismo, Pablo también fue capaz de ver todos sus logros anteriores bajo una luz diferente: todo aquello por lo que había vivido y por lo que se había esforzado durante toda su vida.

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.. – Filipenses 3:7-11

El proceso de quebrantamiento no terminó para Pablo con su encuentro con Jesús en el camino de Damasco. Sabemos que pasó un tiempo a solas con Dios en los desiertos de Arabia, y aunque no sabemos mucho de lo que

sucedió exactamente allí, sabemos que el Señor hizo una obra en Pablo para prepararlo para el trabajo al que había sido llamado.

El quebrantamiento continuó, ya que Pablo era ahora rechazado y odiado por aquellos que una vez pensó que eran sus amigos en la corte del Sanedrín y sus compañeros fariseos. A lo largo de su vida, Pablo se enfrentó a la persecución por predicar el Evangelio, sobre todo por parte de su propio pueblo, los judíos. También estaba la conocida "espinas en la carne", un instrumento de Dios para mantener a Pablo humilde, que veremos con más detalle en un capítulo posterior.

En el libro de los Hechos, vemos un excelente ejemplo del completo quebrantamiento de Pablo y su disposición a soportar lo que fuera necesario para salvar a los que le rodeaban. En Hechos 16, cuando Pablo y Silas fueron llevados ante los magistrados de Filipos, fueron golpeados con varas.

Pablo soportó esto, aunque podría haberlo evitado en cualquier momento, ya que era un ciudadano romano, y era ilegal golpear a un ciudadano romano sin un juicio.

Si hubiera reclamado su ciudadanía en cualquier momento antes o durante la paliza, se habría ahorrado el dolor agonizante de ser golpeado y ensangrentado. Sin embargo, Pablo no dijo nada. ¿Por qué? Pablo sabía que, si permitía esa cruel tortura por el nombre de Cristo, su testimonio entre la gente y los magistrados sería mayor.

Gracias a esa paliza, Pablo pudo animar más a los hermanos de Filipos, que también se enfrentarían a sus propias pruebas. Parece un precio muy alto, pero Pablo lo pagó con gusto, "orando y cantando himnos a Dios" incluso en la cárcel (Hechos 16:25). Más tarde, Pablo contó a los corintios que fue golpeado con varas tres veces en total (2 Corintios 11:25), y que fue azotado por los judíos cinco veces (2 Corintios 11:24).

Muchas de esas palizas podrían haberse evitado apoyándose en su ciudadanía romana, pero Pablo las permitió para que su testimonio en esas zonas se ampliara.

Qué imagen tan clara de un hombre quebrantado, dispuesto a sufrir cualquier cosa para que el Señor sea glorificado. Tan quebrantado y humilde era, que vemos muy claramente la baja opinión que tenía de sí mismo – la cual no debe confundirse con odio a sí mismo o inseguridad – cuando se refiere a sí mismo *"el más pequeño de los apóstoles"* (1 Corintios 15:9) o *"el peor de los pecadores"* (1 Timoteo 1:12-16).

El sufrimiento que padeció Pablo también le ayudó a mantenerse en un lugar de humildad mientras crecía su "éxito" en el ministerio. Fundó y pastoreó muchas iglesias, siendo considerado como apóstol con gente que escuchaba cada palabra que decía. En Corinto, los creyentes llevaron su lealtad a uno u otro apóstol demasiado lejos, causando división.

"Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?" – 1 Corintios 1:12-13

Hubiera sido fácil para Pablo dejar que esto halagara su orgullo personal y pensar que realmente era alguien grande. Pero, por la gracia de Dios, Pablo abordó esta cuestión con tanta severidad como claridad:

"¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios." – 1 Corintios 3:5-7

Pero había más tentación para Pablo de atribuirse el mérito de lo que Dios estaba haciendo a través de él.

"Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que aún se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían." – Hechos 19:11-12

Las curaciones milagrosas siempre atraen a las multitudes, y la gente se apresura a alabar a aquel por quien se producen. Cuando Pablo y Bernabé sanaron a un hombre en Listra, la gente dio un paso más y se preparó para sacrificarles, pensando que debían ser dioses. Se necesita una gran humildad y gracia de Dios para permanecer en un lugar de quebranto cuando la gente está dispuesta a adorarte, reconociendo que es Dios quien está obrando.

“Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas, y se lanzaron entre la multitud, dando voces y diciendo: Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convertáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay.” – Hechos 14:14-15

Dios utilizó la humildad y el quebrantamiento de Pablo para extender el Evangelio a gran parte del mundo conocido durante los años siguientes. Fue autor de al menos trece libros del Nuevo Testamento, condujo a incontables multitudes a un conocimiento salvador de Cristo, fundó iglesias en Corinto, Tesalónica, Roma, Éfeso y otras innumerables ciudades.

También discipuló a un número incalculable de personas, no sólo durante su vida, sino todavía hoy, a través de las epístolas que escribió. Lo sé, porque personalmente me he beneficiado enormemente de todas ellas, especialmente de Filipenses y Romanos. Piensa en cuánto más pobre sería la iglesia hoy, si Pablo no hubiera respondido correctamente al proceso de quebrantamiento de Dios.

Pablo vivió una vida completamente entregada a Cristo y a su misión de compartir el evangelio con tanta gente como pudiera. Sabiendo que el final de su vida se acercaba, escribió a su fiel Timoteo: *"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe."* (2 Timoteo 4:7). Pablo se aferró a Cristo hasta el final, fiel y quebrado ante su Señor a pesar de las pruebas.

¿Y tú? Sabemos que, así como el Señor ha obrado en la vida de Pablo, Él desea obrar en ti y en mí. ¿Hay algún área de tu vida en la que te estés resistiendo a que Dios te quebrante? ¿Estás ya en un lugar donde estás completamente quebrado y rendido a Dios?

Conclusión

De este modo concluimos nuestro estudio sobre estos cinco hombres que fueron usados poderosamente por Dios. Vimos a cinco hombres que fueron quebrantados por Dios a través de reprimendas, sufrimiento, pérdida de facultades y estatus, disciplina y otros innumerables métodos.

Vimos a hombres que eran fuertes en sus propios ojos – y a los ojos del mundo – convertirse en hombres que comprendieron que no eran nada y que Dios lo es todo. Pasaron de ser inútiles para Dios, estando llenos de su propio orgullo, a ser utilizados poderosamente por Dios en su humildad.

Cada uno de estos hombres terminaron su vida en la tierra fieles al Señor y despertaron en la presencia de su Salvador Jesucristo. Ellos aprendieron las lecciones que Dios tenía para ellos, confiaron en su Señor, y se mantuvieron quebrantados hasta el final. Te animo a que tú también te quebrantes bajo el suave toque de Dios para que Él pueda usarte para Su gloria, al igual que ellos.

Lamentablemente, esa no es la única manera en que la gente responde al castigo de Dios. Si nos quebramos o no, depende de nosotros. Podemos quebrantarnos pronto y fácilmente, permaneciendo en ese lugar de total dependencia de Dios, o podemos resistirnos a Él y requerir medidas más drásticas destinadas a quebrantarnos.

E incluso entonces podemos continuar en la terquedad y dedicar todas nuestras energías a resistir y reconstruirnos a nuestro gusto. Lo que vamos a ver a continuación son personas que se negaron a ser quebrantadas por Dios, y veremos las consecuencias de sus acciones.

DREW MACINTYRE

| 3 |

Aquellos que se negaron a ser quebrantados por Dios

En el capítulo anterior, vimos cinco grandes ilustraciones bíblicas de hombres, cuyo quebrantamiento se convirtió en una herramienta en las poderosas manos de Dios. La Palabra de Dios también nos habla de personas que se resistieron a Dios y no respondieron con humildad a su llamado. Debido a esto, las consecuencias fueron devastadoras.

Los Hijos de Israel

Ninguna otra historia puede contar mejor el drama de “negarse a ser quebrantado” que la del pueblo de Israel. Y si examinamos nuestros corazones, con cuidado y honestidad, nos veremos en su juego familiar. Dios eligió a Israel para que fuera su pueblo amado, al igual que nos eligió a nosotros. Los liberó, los estableció, los bendijo y los convirtió en una nación. Los amó, los protegió y proveyó para ellos – al igual que lo hace con nosotros.

Como nosotros, Israel no era nada especial. No había alguna razón para que Dios los eligiera, pero Él los miraba con el amor y la gracia de un Padre. Como sus hijos, no sólo llevaban su nombre y recibían su herencia, sino que también tenían el honor de mostrar su gloria al mundo. Sin embargo, tan grande como ha sido la misericordia de Dios hacia Israel, así ha sido grande el pecado de Israel contra Dios.

El pueblo de Israel caminaba con Dios por un tiempo, solo para volver tarde o temprano a la idolatría y al pecado. Cuando sentían el castigo del Señor por su pecado, clamaban a Dios por ayuda y le prometían su lealtad.

Pero cuando Dios los había liberado y bendecido y volvían a estar cómodos en la vida, pronto volvían a poner sus deseos en ellos mismos,

siguiendo sus deseos pecaminosos, en lugar del Dios que decían amar. Continuando en una espiral trágica traicionaron al Dios de su juventud una y otra vez, y resistieron las obras de parte de Dios que estaban destinadas a llevarlos al quebrantamiento y a todos los maravillosos planes y bendiciones que Él tenía para ellos.

En el Salmo 106, el salmista ofrece un resumen abreviado, pero poderoso, de la rebelión de Israel contra Dios durante el tiempo que transcurrió desde que Dios liberó a Israel de Egipto hasta que los llevó a la tierra prometida.

Pecamos nosotros, como nuestros padres; hicimos iniquidad, hicimos impiedad. Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas; no se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias, sino que se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo.

Pero él los salvó por amor de su nombre, para hacer notorio su poder. Reprendió al Mar Rojo y lo secó, y les hizo ir por el abismo como por un desierto.

Los salvó de mano del enemigo, y los rescató de mano del adversario. Cubrieron las aguas a sus enemigos; no quedó ni uno de ellos. Entonces creyeron a sus palabras Y cantaron su alabanza.

Bien pronto olvidaron sus obras; no esperaron su consejo. Se entregaron a un deseo desordenado en el desierto; y tentaron a Dios en la soledad. Y él les dio lo que pidieron; más envió mortandad sobre ellos. Tuvieron envidia de Moisés en el campamento, y contra Aarón, el santo de Jehová. Entonces se abrió la tierra y tragó a Datán, Y cubrió la compañía de Abiram.

Y se encendió fuego en su junta; la llama quemó a los impíos. Hicieron becerro en Horeb, se postraron ante una imagen de fundición. Así cambiaron su gloria Por la imagen de un buey que come hierba.

Olvidaron al Dios de su salvación, que había hecho grandezas en Egipto, maravillas en la tierra de Cam, cosas formidables sobre el Mar Rojo. Y trató de destruirlos, de no haberse interpuesto Moisés su escogido delante de él, a fin de apartar su indignación para que no los destruyese. Pero aborrecieron la tierra deseable; no creyeron a su palabra, Antes murmuraron en sus tiendas, Y no oyeron la voz de Jehová. Por tanto, alzó su mano contra ellos para abatirlos en el desierto, y humillar su pueblo entre las naciones, Y esparcirlos por las tierras.

Se unieron asimismo a Baal-peor, y comieron los sacrificios de los muertos. Provocaron la ira de Dios con sus obras, y se desarrolló la mortandad entre ellos. Entonces se levantó Finees e hizo juicio, Y se detuvo la plaga; y le fue contado por justicia de generación en generación para siempre.

También le irritaron en las aguas de Meriba; y le fue mal a Moisés por causa de ellos, porque hicieron rebelar a su espíritu, y habló precipitadamente con sus labios. No destruyeron a los pueblos que Jehová les dijo; antes se mezclaron con las naciones, Y aprendieron sus obras, Y sirvieron a sus ídolos, Los cuales fueron causa de su ruina.

Sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios, y derramaron la sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que ofrecieron en sacrificio a los ídolos de Canaán, y la tierra fue contaminada con sangre. Se contaminaron así con sus obras, Y se prostituyeron con sus hechos.

Se encendió, por tanto, el furor de Jehová sobre su pueblo, Y abominó su heredad; Los entregó en poder de las naciones, y se enseñorearon de ellos los que les aborrecían. Sus enemigos los oprimieron, y fueron quebrantados debajo de su mano. Muchas veces los libró; más ellos se rebelaron contra su consejo, y fueron humillados por su maldad. — Salmo 106:6-43

Resulta desconcertante y aterrador considerar los antecedentes del pueblo hebreo, y darse cuenta de que más de 400 años de esclavitud aún no les habían quitado su orgullo y autosuficiencia. Uno podría

pensar que, si el verdadero Dios se revelara a un pueblo y levantara un líder para liberarlo de siglos de opresión, ese pueblo seguiría y serviría con gusto a ese Dios por el resto de sus vidas. No es así con Israel. Desde el principio, sus corazones y bocas estaban llenos de incredulidad, quejas, desconfianza y rebeldía. Comenzó desde el principio, cuando todavía estaban en Egipto, y continuó a cada paso del camino.

El hecho de que fueran testigos de los milagros más increíbles, como la separación del Mar Rojo o el maná que cayó del cielo, no cambió sus corazones. En lugar de dejar que la bondad de Dios los llevara al arrepentimiento y a la humildad, seguían el orgullo de sus corazones hacia todo tipo de pecados. En consecuencia, Dios utilizaría otros métodos para quebrantarlos.

Cuando se quejaron de la comida, Dios les proveyó, pero trató de mostrarles su orgullo dándoles también escasez. Se rebelaron contra el liderazgo designado por Dios, y Dios trató de quebrantarlos de su falta de voluntad para someterse trayendo muerte a los que dirigían la rebelión. Aun así, no se humillaron, sino que se volvieron a todo tipo de idolatría. Dios trató de llevarlos a un lugar de quebranto, pero ellos se resistieron obstinadamente.

No debemos juzgar al pueblo israelita aquí, como si fuéramos mejores que ellos; sino más bien, ver una representación veraz de nosotros mismos en ellos.

Al final de sus cuarenta años de vagar en el desierto, Dios se dirigió a la nueva generación de hebreos cuando por fin se preparaban para entrar en la Tierra Prometida. Dios les dio algunas instrucciones y recordatorios importantes, para que aprendieran del pasado y no repitieran los mismos pecados.

Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, para que viváis, y seáis multiplicados, y entréis y poseáis la tierra que Jehová prometió con

juramento a vuestros padres Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no solo de pan vivirá el hombre, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre. Tu vestido nunca se envejeció sobre ti, ni el pie se te ha hinchado en estos cuarenta años. [...]

Y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado.

Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre; que te hizo caminar por un desierto grande y espantoso, lleno de serpientes ardientes, y de escorpiones, y de sed, donde no había agua, y él te sacó agua de la roca del pedernal; que te sustentó con maná en el desierto, comida que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien. – Deuteronomio 8:1-16 (énfasis agregado)

Dios instó a los israelitas a recordar continuamente todo lo que había hecho por ellos y las lecciones que habían (o deberían haber) aprendido. Esto les ayudaría a caminar hacia la humildad y evitaría que se volvieran orgullosos en el futuro.

El primer aspecto importante que debían recordar era; Quién los había guiado durante cuarenta años. No fue Moisés—fue Dios. Moisés era simplemente el instrumento que Dios utilizaba, aunque la mayoría de las veces el pueblo actuaba como si fuera Moisés quien tomaba las decisiones y no el Señor. Era Dios quien los guiaba y Dios quien tenía una razón para todas las diferentes circunstancias que enfrentaron en el camino. Fue Dios mismo quien los sacó de Egipto hasta el Mar Rojo, donde se sintieron atrapados y en peligro de muerte por el ejército egipcio, que venía tras ellos para llevarlos de vuelta. Hizo esto porque les iba a mostrar que Él lucharía por ellos y los protegería. Fue Dios

quien los llevó a donde no tenían carne, para enseñarles que Él es Jehová Jireh – Dios nuestro proveedor. Fue por la misma razón que les permitió caminar a pie esos 40 años sin que sus sandalias y ropas se desgastaran

Fue Dios quien los llevó al lugar donde no tenían pan para poder mostrar, a través de la entrega del maná, que Él es el "Pan de Vida" que descende del Cielo (cumplido en Jesús). Para que entendieran que *"No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios"* (Lucas 4:4).

Fue Dios quien los condujo al lugar donde no tenían agua para poder mostrarles que Él es el "Agua Viva" que sería proporcionada al golpear la Roca (una referencia a la muerte de Jesús).

¿Recibieron los israelitas la provisión de Dios con agradecimiento? ¿Se humillaron ante el que cuidaba tan bien de ellos en todo lo que necesitaban? ¿Comprendieron el significado más profundo de todo esto?

Pero aún volvieron a pecar contra él, rebelándose contra el Altísimo en el desierto; Pues tentaron a Dios en su corazón, pidiendo comida a su gusto. Y hablaron contra Dios, diciendo: ¿Podrá poner mesa en el desierto? he aquí ha herido la peña, y brotaron aguas, y torrentes inundaron la tierra; ¿Podrá dar también pan?? ¿Dispondrá carne para su pueblo?" – Salmo 78:17-20

Dios había explicado en Deuteronomio 8, que había llevado a Israel al desierto *"para humillarte y probarte, para saber lo que había en tu corazón, si guardarías sus mandamientos o no."*

Por favor, comprende que Dios no hizo esto para que Él pudiera averiguar lo que había en su corazón; Él siempre lo supo. Fue para que ellos pudieran ver lo que había en su corazón. Habían fallado la prueba, y las cosas reveladas sobre sus corazones eran catastróficas. Cuando estas cosas llegaron a la luz, la gente debería haberse quebrado por su propio estado y haberse arrepentido. Pero se negaron. Dios estaba tratando con Israel como un padre, castigando a sus hijos por su propio bien. Sin embargo, sólo vieron el terrible desierto, las serpientes ardientes y los escorpiones y vieron que tenían hambre y sed. Y no entendieron, ni quisieron escuchar, que Dios estaba trayendo estas

cosas a sus vidas para su beneficio. No les gustaron las cosas que "Dios les estaba haciendo", continuaron en su orgullo.

Con demasiada frecuencia, nosotros, como los hijos de Israel, no creemos que Dios siempre tiene en mente nuestro mejor interés. Discutimos, debatimos, nos resistimos y endurecemos nuestros corazones. Incluso podemos hacer un berrinche ocasional cuando Dios nos hace pasar por circunstancias difíciles, ya que Él está tratando de poner Su voluntad buena y perfecta y sacar nuestras inclinaciones pecaminosas de nuestras vidas.

El pecado del pueblo no quedó sin consecuencias:

Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, Como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, Y vieron mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, Y dije: Siempre andan vagando en su corazón, Y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo..." – Hebreos 3:7-II

Como consecuencia de su escandaloso pecado y rebelión contra Dios, Él no permitió entrar en la Tierra Prometida a ningún israelita que tuviera veinte años o más en el momento de salir de Egipto. Todos los de esa generación murieron, mientras Israel vagaba por el desierto durante cuarenta años Sólo Josué y Caleb fueron eximidos, debido a su fidelidad hacia Dios.

Pero todo esto se trataba de algo más que solo entrar y establecerse en la Tierra Prometida. Cuando Dios dijo que el pueblo no entraría en "su descanso", no se refería sólo a su descanso en la tierra de Canaán, ni a la ausencia de pruebas y dificultades. Cuando la nueva generación de Israel entró en la Tierra Prometida, todavía enfrentaba pruebas y dificultades, y había muchas batallas que librar, algunas de las cuales ganaron y otras perdieron. "Su Descanso" es tener paz y encontrar consuelo para el alma en medio de todas y cada una de las pruebas y dificultades.

Esto sirve como una advertencia para el pueblo de Dios hoy también. Si los hijos de Dios se niegan a someterse a Él, humillándose bajo Su mano,

tampoco entrarán en el descanso de Su paz y calma a través de las circunstancias.

Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: "Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación." – Hebreos 3:12-15

Cuando Israel estaba a punto de entrar en Canaán, en la ocasión en la que Dios les habló como leemos en Deuteronomio 8, les dio un mandato, una promesa y una advertencia. Dios ordenó al pueblo que guardara su ley y caminara por sus caminos; que le fuera fiel y obediente.

Les prometió una buena tierra con toda clase de bienes y bendiciones que pudieran desear o necesitar. Les dijo que los haría prosperar. Y les advirtió que no debían olvidar que fue Él quien se la había dado.

Les advirtió que tuvieran cuidado de no dejar que sus corazones se enaltecieran en orgullo, pensando que habían logrado tener esta vida por sí mismos. Trágicamente, no escucharon. De nuevo. Cuando entraron en la tierra prometida, volvieron a sus viejas costumbres.

El Libro de los Jueces retrata el continuo y trágico patrón de la falta de fe y el quebrantamiento en la nación de Israel. Seguían los caminos de Dios por un tiempo, luego se apartaban de Él para vivir en el pecado. Él Señor los castigaba, ellos clamaban en su sufrimiento, y Él les enviaba un libertador.

Se volvieron a Dios sólo por un tiempo, pero pronto su orgullo se apoderó de ellos de nuevo. Y así la misma vieja historia continuó una y otra vez. Cuando finalmente pidieron un rey – otro acto de rebelión contra Dios - las cosas no mejoraron. Su primer rey fue Saúl, cuya vida examinaremos dentro de un momento, ya que sirve como ejemplo adecuado de un hombre no quebrantado.

El rey David lo hizo bien, pero a partir de ahí todo fue cuesta abajo, con un rey piadoso de vez en cuando, pero nunca por mucho tiempo. Y el pueblo siempre vaciló, nunca fue capaz de permanecer fiel y humilde ante su Dios por mucho tiempo.

- Cuando sus enemigos se enfrentaron a ellos, no escucharon.
- Cuando fueron al cautiverio, no se quebrantaron.
- Cuando Dios dejó de hablar, no se humillaron.
- Cuando Dios les envió al Mesías, no lo recibieron.

El pueblo de Israel se negó a quebrantarse. Mucha destrucción y muerte cayó sobre ellos antes de que se arrepintieran, e innumerables vidas se perdieron a lo largo de los siglos debido a su obstinación.

La intención de Dios era sacar a los hijos de Israel del cautiverio de Egipto, llevarlos a una tierra maravillosa que había prometido a sus antepasados, y hacer de ellos un pueblo del que no se avergonzara de ser llamado su Dios.

Sin embargo, el plan de Dios para ellos no era simplemente hacerlos felices. Su camino para ellos no era simplemente concederles la victoria sobre sus enemigos y asentarlos en un lugar cómodo. Lo que Él quería para ellos era que fueran conformados a su imagen, para que fueran un pueblo que brillara Su luz en el mundo.

Quería hacerlos humildes y obedientes ante Él, y obrar el quebrantamiento en sus corazones. Su intención era liberarlos de la esclavitud del "yo", de la incredulidad, de la dureza de corazón y de la obstinación, para que también pudieran experimentar la vida abundante que acompaña a una vida de fe y obediencia. Trágicamente, se negaron obstinadamente, hasta la destrucción de su nación por los babilonios.

Dios tiene estas mismas intenciones para ti. Quiere liberarte de la esclavitud del pecado y de la muerte y llevarte a un lugar de bendición en el quebranto.

¿Tu sigues su concejo?

¿O pateas y gritas sobre las circunstancias en las que Dios te está poniendo? ¿Estás dispuesto a seguir al Señor en todos Sus caminos o quieres seguir los tuyos? Espero que hayan aprendido del triste ejemplo de los Hijos de Israel.

El Rey Saúl

A lo largo de la historia ha habido innumerables individuos que se negaron a someterse al proceso de quebrantamiento de Dios. Uno de los ejemplos más destacados es el primer rey de Israel. Saúl.

De ser un don nadie entre los hombres de Israel, fue levantado por Dios para ser su rey. Empezó bien, pero pronto se enredó en sus pecados y se negó a arrepentirse, siguiendo un camino descendente hasta un final miserable y triste.

Vemos al menos una apariencia de humildad en Saúl al principio de su historia, cuando Samuel lo elige para ser rey de Israel. Su primera respuesta a este llamado fue decir que *“¿No soy yo hijo de Benjamín, de la más pequeña de las tribus de Israel? Y mi familia ¿no es la más pequeña de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me has dicho cosa semejante?”* (1 Samuel 9:21).

Tampoco contestó a los que le criticaban por profetizar, y no habló con nadie de su unción hasta que se acercó el día de su ascensión. Estos signos de humildad deben haber sido lo que Dios vio en Saúl, y comenzó su reinado con el Espíritu del Señor sobre él. Si tan solo Saúl hubiera mantenido esta pequeña opinión de sí mismo, Dios podría haber continuado usándolo a lo largo de su reinado, pero una vez que la situación de Saúl cambió, y pasó de ser un tipo normal de la tribu más pequeña al rey de todo Israel, esa humildad se convirtió en

autosuficiencia con trágica rapidez. El Espíritu del Señor fue sustituido por un espíritu de locura.

Bastaron dos años de su reinado para que Saúl cayera grandemente y pecara contra Dios. Fue en ese momento que Dios le dijo a Saúl, a través de Samuel, que su reinado no continuaría. Dios ya había elegido a otro para seguir como rey, un hombre según el corazón de Dios: David.

Poco después de ser ungido como rey, Saúl comenzó a experimentar el éxito, y con eso llegó la confianza en sus propias habilidades y fuerza.

Pero entonces, se enfrentó a un enemigo que consideró demasiado fuerte, como para que el Señor lo derrotara.

Cuando los hombres de Israel vieron que estaban en estrecho (porque el pueblo estaba en aprieto), se escondieron en cuevas, en fosos, en peñascos, en rocas y en cisternas. Y algunos de los hebreos pasaron el Jordán a la tierra de Gad y de Galaad;

pero Saúl permanecía aún en Gilgal, y todo el pueblo iba tras él temblando. Y él esperó siete días, conforme al plazo que Samuel había dicho;

pero Samuel no venía a Gilgal, y el pueblo se le desertaba. Entonces dijo Saúl: Traedme holocausto y ofrendas de paz. Y ofreció el holocausto. Y cuando él acababa de ofrecer el holocausto, he aquí Samuel que venía; y Saúl salió a recibirle, para saludarle.

Entonces Samuel dijo: ¿Qué has hecho? Y Saúl respondió: Porque vi que el pueblo se me desertaba, y que tú no venías dentro del plazo señalado, y que los filisteos estaban reunidos en Micmas, me dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor de Jehová. Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto. – 1 Samuel 13:6-9

En lugar de buscar al Señor en tiempos de angustia o esperar y confiar en el Señor, Saúl tomó las cosas en sus propias manos e hizo algo que no tenía por qué hacer. La ley de Dios era muy clara en cuanto a que sólo un sacerdote de la tribu de Leví podía sacrificar ofrendas. Cuando Samuel enfrentó a Saúl, en lugar de confesar y arrepentirse, se excusó.

Ya lo he dicho antes. Una excusa no es más que la fina piel de la razón, rellena de una mentira.

Fijate en lo que dijo Saúl: *"Porque vi que el pueblo se me desertaba, y que tú no venías dentro del plazo señalado, y que los filisteos estaban reunidos en Micmas, me dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor de Jehová. Me esforcé pues y ofrecí holocausto"* (13: 11-12 énfasis agregado).

¿Este es realmente el meollo del problema, no es así? El gran "problema del yo" dentro cada uno de nosotros. No estamos dispuestos a morir al yo, a destronar al yo para que Cristo gobierne y reine en el trono de nuestras vidas.

A partir de ese momento, el liderazgo de Saúl siguió deteriorándose, ligado estrechamente a su negativa a abandonar su orgullo. Cuando Saúl y Jonatan lucharon contra los filisteos, Saúl dio la insensata orden de que nadie pudiera comer hasta que la batalla hubiera terminado.

Este mandato no sólo debilitó al pueblo israelita, sino que también hizo que finalmente pecaran contra el Señor al consumir carne con sangre, por hambre e impaciencia, una vez levantada la prohibición.

La necedad continuó cuando el Señor no respondió a las preguntas de Saúl, debido a que alguien había roto el voto innecesario que había hecho antes. Indignado, Saúl juró que quien rompiera el voto debía morir, y estaba dispuesto a matar a su propio hijo Jonatán cuando lo encontró culpable, aunque Jonatán había sido fundamental en su victoria. Saúl cedió en ambos casos, permitiendo al pueblo comer una vez que los había visto pecar, y perdonando la vida de su hijo cuando el pueblo protestó, lo que demuestra que aún no estaba completamente dominado por su orgullo, pero sí muestra los brotes de éste en su interior.

Vemos que este orgullo aumenta con el tiempo cuando leemos I Samuel 15, cuando Dios le dio a Saúl instrucciones claras y concisas para destruir completamente a los amalecitas y no tomar ninguna de sus

posiciones. Él obedeció parcialmente (que es lo mismo que desobedecer), y luego fue confrontado por el profeta Samuel al respecto.

Y dijo Samuel: Aunque eras pequeño en tus propios ojos, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel, y Jehová te ha ungido por rey sobre Israel? Y Jehová te envió en misión y dijo: Ve, destruye a los pecadores de Amalec, y hazles guerra hasta que los acabes. ¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová, sino que vuelto al botín has hecho lo malo ante los ojos de Jehová? [...]

Y Samuel dijo: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey. – 1 Samuel 15:17-23

A Saúl se le dieron varias oportunidades para humillarse y someterse a los intentos de Dios de doblegarlo y mantenerlo en un lugar de utilidad. Lamentablemente, Saúl se negó, prefiriendo culpar a los demás y tratar de aferrarse a lo que ya no era suyo.

Los fracasos de Saúl son aún más trágicos en cierto modo porque empezó bien, como se puede leer en 1 Samuel 9-12. Era humilde, elegido por Dios para ser rey de Israel, tenía las promesas de Dios de bendecirlo y estar con él mientras obedeciera al Señor. Tenía buenos hombres a su alrededor, e incluso el Espíritu Santo vino sobre él en varias ocasiones, pero luego vino el infame problema del orgullo.

Este orgullo hizo que Dios dijera a través de Samuel, “Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó” (1 Samuel 13:14). Dios se refería a David, quien como hemos visto, mostró una voluntad dada por Dios de ser quebrantado ante el Señor.

Debido a su orgullo y a su falta de voluntad de ser quebrantado, Dios le quitó a Saúl su unción y su Espíritu (1 Samuel 16:13-14), lo que Saúl tomó como razón para tener celos y envidia de David. Al igual que su decisión

de no humillarse, tampoco liberó estos celos, sino que permitió que se apoderaran tanto de su corazón y de su mente que lo llevaron a la muerte.

Dios había traído a David a la vida de Saúl para que fuera una ayuda y una bendición para él. Trágicamente, Saúl miró a David con sospecha y celos. El orgullo, la amargura y la ira se habían apoderado del corazón de Saúl y estaban nublando su visión y carcomiendo su cordura. En lugar de humillarse ante Dios y agradecerle por David, Saúl trató de matarlo en varias ocasiones.

Aquí hay una lección importante para todos nosotros.

A veces, Dios trae personas a nuestras vidas para que sean una bendición para nosotros.

Y al igual que Saúl, si no nos damos cuenta de la mano de Dios en ellos, tendemos a tener envidia y celos de ellos, y en el proceso nos robamos a nosotros mismos la bendición.

Otras veces, Dios trae personas a nuestras vidas para limar las asperezas de nuestra vida. Pero terminamos resentidos, enojados con ellos y resistiéndonos hasta el punto de perder la obra que Dios quiere hacer en nuestras vidas a través de ellos.

Hacia el final de su vida, empezamos a ver el descenso final de Saúl hacia la locura, la brujería y la matanza. Se dio cuenta de su locura al tratar con David cuando éste le perdonó la vida, pero después se dejó consumir de nuevo por sus celos (1 Samuel 24, 26).

Saúl mandó matar a toda una ciudad porque los sacerdotes del lugar ayudaron a David sin saber que estaba huyendo (1 Samuel 22). También consultó a una bruja para tratar de obtener la visión de Samuel mucho después de su muerte, eligiendo los poderes demoníacos y satánicos en lugar de los del Dios al que una vez le había jurado su vida (1 Samuel 28).

Estas atrocidades y abominaciones no surgieron por capricho, sino que fueron el resultado de años y años de negarse a quebrarse, y de dejarse consumir por su propio orgullo.

Lo que puede parecer un pecado “inofensivo” y lo que algunos ven como una necesidad para una vida “plena”, llevó a Saúl a las profundidades del pecado, y puede hacer lo mismo fácilmente con usted y conmigo. Lo que es peor es que hacia el final de su vida Saúl estaba consciente de su propia necesidad. Una vida desperdiciada en el orgullo y el pecado lo llevó a una de las confesiones más tristes de la vida que leemos en la Biblia.

Entonces dijo Saúl: He pecado, vuélvete, hijo mío David, que ningún mal te haré más, porque mi vida ha sido estimada preciosa hoy a tus ojos. He aquí yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera. (1 Samuel 26:21).

Qué final tan trágico para una vida, y sin embargo es uno con el que muchos han terminado, dándose cuenta de que fueron necios todo este tiempo. Este será siempre el final del camino de cualquiera que se niegue a humillarse bajo la poderosa mano de Dios.

El corazón de Saúl estaba endurecido a la Palabra de Dios, y aunque de alguna manera entendió que estaba equivocado, nunca encontró el arrepentimiento y el quebrantamiento ante Dios.

¿Hay algún aspecto en la historia de Saúl que te haya hablado en particular?

¿Tienes tendencia a hacer las cosas a tu manera en lugar de esperar en Dios? ¿Cómo has respondido a alguien que Dios envió para corregirte? Oro para que aprendas la valiosa lección de la vida de Saulo, que es no cometer los mismos errores que él cometió al resistirse al Señor.

El Rey Uzías

Uzías, su nombre significa “mi fuerza es Dios”, tuvo un comienzo maravilloso como rey. Con solo dieciséis años hizo exactamente lo que era correcto y lo más importante: Buscó a Dios.

De dieciséis años era Uzías cuando comenzó a reinar, y cincuenta y dos años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre fue Jecolías, de Jerusalén. E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho Amasías su padre.

Y persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías, entendido en visiones de Dios; y en estos días en que buscó a Jehová, él le prosperó. Y salió y peleó contra los filisteos, y rompió el muro de Gat, y el muro de Jabnia, y el muro de Asdod; y edificó ciudades en Asdod, y en la tierra de los filisteos. – 2 Crónicas 26:3-6

Observa cómo la mano de la bendición de Dios estuvo sobre Uzías y lo hizo prosperar. Uzías hizo la guerra, y el Señor le concedió la victoria; todos los aspectos de su vida y su reinado fueron un éxito. Su fama se extendió por todas partes debido a lo que Dios había hecho por él.

Desafortunadamente, las cosas no continuaron así, y el orgullo se introdujo en el corazón de Uzías y trajo su caída.

Podemos permanecer quebrantados por las victorias que Dios obra a través de nosotros, o podemos envanecernos a causa de ellas.

Lee lo que sucedió cuando Uzías eligió su propio orgullo en lugar del quebrantamiento.

Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enalteció para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso. Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, varones valientes.

Y se pusieron contra el rey Uzías, y le dijeron: No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante de Jehová Dios.

Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los

sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso.

Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; y le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa a salir, porque Jehová lo había herido.

Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová; y Jotam su hijo tuvo cargo de la casa real, gobernando al pueblo de la tierra. – 2 Crónicas 26:16-21

Qué final tan trágico para una vida que empezó tan bien. Observa cómo progresa el pecado de Uzías. Primero, su corazón se enaltecíó y se volvió orgulloso. El orgullo nos caza a todos, pero es un mayor peligro para aquellos que son "exitosos" en la vida.

En lugar de quebrantarse ante Dios mediante el reconocimiento de que todas sus victorias eran obra de Dios y no de él, Uzías se permitió llenarse de orgullo y creyó que tenía una posición especial que le permitía hacer lo que quisiera.

Lo que comenzó en su corazón pronto se convirtió en acción. Uzías trató de hacer una ofrenda mientras desobedecía claramente la orden sagrada de Dios para los sacrificios. Dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, habían hecho una profanación como esa antes (Levítico 10:1-7) y Dios los había matado en el acto.

Esto es lo que habló el Señor, diciendo: “En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado.” – Levíticos 10:3

Teniendo en cuenta esto, Uzías debió haber estado agradecido de que su vida fuera perdonada. Qué arrogante fue al pensar que podía presentarse ante el Dios Todopoderoso de una manera que contradecía su propio mandato. Algo a destacar es la reacción de Uzías al ser confrontado con su pecado. Azarías y los otros sacerdotes tenían todo el derecho, la responsabilidad y la autoridad para reprender a Uzías por su pecado contra Dios.

Sin embargo, en lugar de arrepentirse y volverse de su pecado, Uzías se

enojó con los justos. Esta es una reacción muy típica de alguien a quien se le llama la atención sobre su pecado, pero no está dispuesto a arrepentirse.

La Biblia da muchos relatos de hombres justos que sufrieron por hablar de la verdad de Dios; basta con considerar a los profetas Elías, Jeremías y Juan el Bautista, por nombrar algunos. Dios no permitió que Uzías continuara en sus caminos pecaminosos, y actuó poderosamente golpeándolo instantáneamente con lepra.

En lugar de continuar ganando victorias a través del poder de Dios manifestado a través de su quebrantamiento, eligió confiar en su propia fuerza. Esta, por supuesto, era totalmente débil e impotente comparado con la fuerza de Aquel que le dio todo.

Muchos cristianos de hoy actúan de la misma manera, creyendo que pueden blasfemar el nombre del Señor con sus vidas sin ninguna repercusión. Nunca leemos que Uzías se arrepintiera, sino que pasó el resto de su vida sufriendo las consecuencias de su orgulloso pecado. Ruego que no nos ocurra lo mismo a ti o a mí.

La vida del rey Uzías también nos enseña que "hacer el bien" en algún momento de tu vida no te libra de caer más adelante. *“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.” (1 Corintios 10:12).*

Incluso si alguien está quebrantado ante Dios y es usado grandemente por Dios, como lo fue Uzías, necesitará continuar humildemente a los pies de Jesús. Y muchas veces eso significa ser quebrantado una y otra vez, para seguir siendo útil para el Señor. Hablaremos más de este tema en el capítulo nueve.

El Rey Nabucodonosor

Nabucodonosor, rey de Babilonia, fue utilizado como juicio de Dios sobre el malvado reino de Judá después de años y años de advertencias. Al

describirlo, el profeta Jeremías incluso lo llamó "siervo de Dios".

"Y ahora yo he puesto todas estas tierras en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan." – Jeremías 27:6

Sin embargo, aunque lo que hizo fue según el plan del Señor, Nabucodonosor era muchas cosas, pero no era humilde y quebrantado ante el Señor. Es evidente que los babilonios conocían al Señor y su juicio contra Israel.

El rey Nabucodonosor respetó al profeta de Dios, cuando perdonó a Jeremías durante la conquista de Jerusalén (Jeremías 39-40).

Pero Nabucodonosor era un hombre muy orgulloso, y tuvo que ser recordado de la soberanía de Dios muchas veces. Aprendió la lección una y otra vez, pero siempre volvía a su propio orgullo hasta que Dios finalmente lo humilló y lo hizo caer tan bajo que no tuvo más remedio que reconocer la completa autoridad de Dios.

A diferencia de los otros hombres que vimos anteriormente en este capítulo, Nabucodonosor finalmente se quebrantó bajo la pesada mano de Dios, pero no fue sin muchas luchas de su parte. Nabucodonosor comenzó con un reconocimiento de la soberanía de Dios cuando Daniel interpretó su sueño. Nadie podía decirle cuál era su sueño, pero Daniel – guiado por el Señor – le dijo tanto el sueño, como su significado.

Al hacerlo, Daniel le recordó a Nabucodonosor; *"el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad."* (Daniel 2:36), y que todo lo que poseía era un regalo de Dios. Confrontado con la omnipotencia de Dios para conocer incluso su mente, Nabucodonosor se postró ante Daniel y proclamó: *"Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio."* (Daniel 2:47).

Nabucodonosor aquí parecía muy humilde, con su rostro en el suelo ante el Señor. Pero como se convertiría en un hábito para él, esta pequeña muestra de humildad duró poco, y el orgullo se abrió paso de

nuevo en el primer plano de su corazón.

De hecho, en el siguiente capítulo del Libro de Daniel, leemos que Nabucodonosor levantó una estatua de oro, extrañamente similar a la que había visto en su sueño siendo destruida, ordenando a toda la gente de la ciudad que se inclinara y la adorara. Esencialmente, se llamó a sí mismo un dios, dando a entender que era digno de ser adorado en lugar de Dios. ¡Eso sí que es orgullo!

Bueno, algunos de los judíos recordaron el primer mandamiento, y Sadrac, Mesac y Abed-Nego se negaron a adorar a este simple hombre como un dios. Por llamarle la atención sobre su mortalidad, Nabucodonosor hizo que los arrojaran a un horno para que murieran quemados, pero para su asombro, permanecieron ilesos, y el mismo Hijo de Dios vino a reunirse con ellos. Al presenciar este milagro, Nabucodonosor se sintió humillado una vez más, y esta vez añadió acciones a sus palabras.

Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-Nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios.

Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed Nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como este. – Daniel 3:28-29

Qué cambio tan inmediato del orgullo a la humildad. Desafortunadamente, como en la ocasión anterior un milagro no fue suficiente para romper su orgullo. Algún tiempo después de esto, Daniel le dio al rey advertencias específicas contra el orgullo y el pecado, mientras le decía que se convirtiera de su iniquidad y cambiara su trato con los pobres para retrasar el castigo (Daniel 4:27).

Pero Nabucodonosor permitió que su riqueza y prosperidad fomentaran su orgullo hasta que éste lo consumió de nuevo. Leemos que simplemente estaba caminando en su palacio cuando hizo esta

proclamación:

"¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?" (Daniel 4:28). Dios escuchó esta jactancia, la cual no tenía en cuenta la verdad que Daniel había compartido antes con Nabucodonosor, es decir, que todo lo que tenía, incluyendo su reino, poder y honor, le fue dado por Dios.

La respuesta del Señor fue rápida y severa. Dios emitió este impactante juicio sobre el hombre más poderoso del mundo:

El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. – Daniel 4:31-32

Efectivamente, Nabucodonosor perdió inmediatamente la razón y la cordura y fue expulsado de su propio palacio por sus guardias. Vivió en el desierto durante siete años, comiendo hierba como un animal, con el pelo suelto y las uñas convertidas en garras.

Después de que los siete años de juicio terminaron, y el proceso de quebrantamiento del Señor terminó dentro de él, su razonamiento regresó, y tuvo esto que decir sobre el Señor:

Cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra,

y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? 'Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia. – Daniel 4:35-37

Ahora bien, sería justo creer que esta humildad, como las anteriores, fue efímera, pero no volvemos a leer que Nabucodonosor actúe con orgullo. Por lo tanto, podemos suponer que el Señor finalmente lo había quebrado, y que él se había dejado quebrar.

Al igual que las personas en este capítulo, Nabucodonosor podría haberse negado a ser quebrantado hasta el final, pero en cambio se humilló ante el Señor, y su reino le fue devuelto por esa humildad.

Sin embargo, estos métodos intensos para el quebrantamiento no habrían sido necesario si Nabucodonosor se hubiera humillado desde el principio y hubiera seguido siendo un siervo del Señor. Podría haber pasado esos siete años en la gracia del Señor, en lugar de vivir como una bestia en los campos.

Más aún, Nabucodonosor podría haber sido utilizado poderosamente por Dios si hubiera sido humilde desde el principio, pero en lugar de eso, apenas se salvó de la destrucción total. Por la gracia de Dios, fue llevado al arrepentimiento, pero si hubiera sido menos testarudo, podría haber sido mucho más que simplemente "salvo".

Si la vida de Nabucodonosor nos enseña algo, es que nunca es demasiado tarde para ser quebrantado. El pueblo de Israel fue llamado innumerables veces, incluso hasta el momento antes de su destrucción, a arrepentirse y volver al Señor. Saúl pudo haberse arrepentido ante el Señor y permanecer en la gracia del Señor. Incluso Uzías pudo haberse arrepentido y posiblemente haber sido sanado, pero nunca leemos de eso.

Estos hombres y mujeres endurecieron sus corazones y fueron obstinados contra la reprensión de Dios, y pagaron el precio de su orgullo y rebelión.

Nabucodonosor podría haberse unido a sus filas, pero se arrepintió y el Señor aceptó su arrepentimiento. Tal vez te veas a ti mismo demasiado lejos como para arrepentirte. Quizá veas la vida de orgullo que has vivido, y crees que has desperdiciado todas tus oportunidades de volver al Señor

Nada está más lejos de la realidad.

Hoy es el día del arrepentimiento. Por eso, no endurezcáis vuestros

corazones a la voz del Señor. Si se humillan ante el Señor, como Nabucodonosor, él les devolverá un reino. Se os promete un reino eterno en el que la presencia del Señor no pasa nunca.

Aprende de las historias de estos hombres, y arrepíentete mientras el Señor te hace pasar por su proceso de quebrantamiento. Ríndete a Él, no te resistas, como Saúl y Uzías, o eventualmente pasarás por tu última oportunidad de arrepentirte, y morirás en tus pecados.

DREW MACINTYRE

| 4 |

Poniendo el fundamento

Leer las historias de estas personas pudo haber sido fácil para ti — son historias interesantes del pasado de una persona. Tal vez has empezado a cuestionarte la obra de Dios o los métodos que Él usó en sus vidas. Tal vez pienses que su sufrimiento fue demasiado o que su reprimenda fue muy fuerte. Tal vez algunas de las preguntas propuestas sacudieron algo en ti — algún sentimiento poco placentero.

Ahora, antes de que nos adentremos más en el tema del quebrantamiento y lo hagamos real y personal, hay algunas bases que deben quedar claras primero. Me entristece tener que hablar de esto, pero si vemos a la iglesia hoy en día, podemos ver que hay una necesidad urgente de hacerlo: la Biblia es la Palabra de Dios, es completamente verdadera y es la guía de la vida del creyente.

Verás, la sociedad moderna ha abandonado la idea de una verdad absoluta. En cambio, promueve la construcción absurda de la verdad relativa — diciendo que lo que sea que se sienta bien o verdadero para ti, eso es tu verdad personal. Esto de cuestionar la verdad no es una idea nueva. De hecho, cuando Jesús le dijo a Pilato que él había venido a dar testimonio de la verdad, Pilato le respondió, terminando la conversación con “¿Qué es la verdad?” (*Juan 18:38*).

La gente disfruta este acercamiento ajustable de la verdad porque les permite hacer que todo se ajuste a sus deseos personales, egoístas y pecaminosos. Romanos 1:25 describe a estas personas, “*ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador*”

Las personas pueden llamar "verdad" a esas ideas auto creadas y egocéntricas, cuando en realidad no son verdad en absoluto. Dios es verdad, y Él no cambia. Dios como nos lo muestra tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, en las tres personas de la Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— se le atribuye específicamente la característica de ser verdad, como lo es Su Palabra.

Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; - Éxodo 34:6

Porque el nombre de Jehová proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios. Él es la Roca, cuya obra es perfecta, Porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; Es justo y recto. – Deuteronomio 32:3-4

La suma de tu palabra es verdad, Y eterno es todo juicio de tu justicia. – Salmos 119:160

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. – Juan 1:14

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. – Juan 14:6

Noten que Jesús no dice que Él es una verdad,
sino que Él es la verdad.

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. – Juan 16:13

Aquí también se nos da una de las funciones de la verdad de Dios, la cual es santificarnos (es decir, hacernos santos y limpiarnos para ser usados)

Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. – Juan 17:17

Algunos podrían decir que Dios mismo puede ser la verdad, pero que eso no significa que la Biblia, tal como la tenemos, sea toda verdad. Sin embargo, la Biblia es clara en cuanto a esto: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”* (2 Timoteo 3:16-17)

Toda la escritura es inspirada por Dios. Es decir que, a través del Espíritu Santo, Dios dirigió a autores humanos a escribir lo que escribieron. *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”* (Juan 1:1)

Esto concluye que la Biblia tiene autoridad divina y como vemos en el verso de 2 Timoteo mencionado antes, con esta autoridad enseña, corrige, instruye y equipa al creyente para la vida.

La Palabra que viene del Dios de toda verdad no puede ser alterada, cambiada, ignorada o desechada. Aunque muchas personas a través de la historia incluyendo muchos predicadores de hoy en día que solo quieren agradar a los hombres han intentado ignorar, rechazar o desechar estas palabras, siguen siendo la Palabra de Dios. Y como Dios no ha cambiado, ni nunca lo hará, tampoco así su palabra.

Dios no es hombre, para que mienta. – Números 23:19

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. – Mateo 24:35

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. – Hebreos 13:8

Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación. – Santiago 1:17

Este entendimiento de la Palabra de Dios es fundamental y de mucha relevancia. Esto determinará como percibes la Biblia: siendo que la rechaces e intentes hacer que se conforme a tu manera de pensar, o que la recibas y dejes que tu manera de pensar, y con esto toda tu vida, se conformen a la Palabra de Dios.

Si empiezas a leer la Escritura, no va a pasar mucho tiempo antes de que te

encuentres con una afirmación que va en contra de tu manera de pensar, y puede que estes en desacuerdo con esta o incluso que te sientas ofendido por ella. ¡Y espero que así sea! Déjame explicarme. Una función importante de la Palabra de Dios es descrita en Hebreos 4:12-13: *Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.*

Si sientes que la Palabra de Dios llama a tu puerta — o atraviesa — tu corazón, si te está revelando algo acerca de tus pensamientos o tus intenciones, está haciendo exactamente lo que debería hacer. Ahora, cuando esto sucede, también te muestra que tu manera de pensar contradice lo que la Biblia dice, la pregunta es ¿Qué vas a hacer con esta información?

Si estas considerando discutir con la biblia, debes recordar que, ya que es la Palabra de Dios, cada vez que estas en desacuerdo con lo que sea que Dios dice en Su Palabra, estas discutiendo con Dios mismo. En esencia, le estas diciendo a Dios que sabes más que Él. ¡Que audaz te sientes!... hablando del orgullo y de la necesidad de ser quebrantados y humillados.

Vimos un ejemplo clásico de este orgullo en el capítulo dos de este libro, en la sección de Pedro, cuando Jesús le predijo a sus discípulos lo que ocurriría unas horas después:

Entonces Jesús les dijo: Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas.

Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo. — Marcos 14:27-31

Jesús les dijo claramente a sus discípulos que todos iban a abandonarle y

todos objetaron diciendo que esto no sucedería. No tengo ninguna duda de que los discípulos estaban siendo lo más sinceros que podían ser, pero todos estaban sinceramente equivocados. Solo debes leer un poquito más adelante para darte cuenta quien tenía la razón.

Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron. – Marcos 14:50

No es difícil imaginar que los discípulos se sintieron ofendidos cuando Jesús predijo su fracaso. Ellos habían estado con Él por tres años ya, y ahora Él estaba dudando de su amor y su devoción, y aun su hombría, para mantenerse fuertes ante el peligro. Ellos querían ser fuertes, espirituales y fieles; seguramente fueron sinceros cuando respondieron a Jesús

Pero ser sincero no significa estar en lo correcto, y Jesús conocía los corazones de los discípulos mejor de lo que ellos se conocían a sí mismos. Así mismo, Él conoce nuestro corazón mejor que nosotros mismos, así que cuando la Biblia te diga algo acerca de ti mismo con lo que no estás de acuerdo, te invito a cambiar tu manera de pensar en vez de intentar cambiar la Palabra de Dios.

La razón por la que miramos esta comprensión básica de la Palabra de Dios es porque sé dos cosas con certeza acerca de lo que estas leyendo en este libro y de las verdades bíblicas aquí presentadas: la primera, estas verdades son ofensivas para muchos.

La segunda, estas verdades no son el mensaje de la “iglesia moderna”. Así que si al leer este libro te encuentras con ideas bíblicas que te son ofensivas o que nunca has escuchado en tu iglesia, por favor recuerda lo que leíste al principio de este capítulo.

Mucho de lo que estas leyendo en este libro será ofensivo para muchos. No solo puede causar una angustia mental no deseada, sino que puede ser un tremendo golpe a la autoestima de una persona. Algunas personas pueden incluso decidir cerrar este libro, lanzarlo contra la pared o a la basura y no volver a recogerlo. Espero que no sea así. Espero que sigan leyendo.

Este no es un fenómeno nuevo. Desde el principio, la Biblia nos habla de

personas que hallaron las palabras de Dios ofensivas. El propio Jesús fue bastante provocador, y una ofensa para muchos por las cosas que enseñaba, especialmente cuando exponía la hipocresía y el pecado de las personas.

Cuando habló acerca de la santa cena (El comer su carne y beber su sangre) muchas de sus discípulos dijeron. *“Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”* Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: *¿Esto os ofende? (Juan 6:60-61)*

Solo un par de versos después leemos *“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Juan 6:66)* ¿También te alejarás de Jesús, o estás dispuesto a escuchar, incluso si te hace sentir incómodo?

No es una sorpresa que las verdades “incomodas” de la Biblia no sean el mensaje de la “iglesia moderna”.

Muchas iglesias han dejado de lado la Palabra de Dios, y en su lugar están enseñando palabras y filosofías vacías que agradan a los hombres. Esto tampoco es nada nuevo y ha sucedido numerosas veces a lo largo de la historia de los Judíos y de la Iglesia Cristiana. Uno de esos momentos fue durante el tiempo de Jesús:

Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes. Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre:

Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, 'y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la

palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas. – Marcos 7:8-13

A la gente de aquella época no le gustaban los mandamientos que se les habían dado en la Palabra de Dios, así que los líderes religiosos modificaron sus enseñanzas para intentar justificar esas acciones pecaminosas. Como les gustaba la idea de ser religiosos, mantenían la fachada con sus tradiciones hechas por el hombre, pero no era más que palabrería. Sus corazones estaban lejos de Dios y de las palabras que Él les había dado. Cuando escribía a Timoteo, animándolo a apegarse a la Palabra de Dios, Pablo describió las mismas cosas que vemos hoy en la iglesia moderna.

Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.

Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que, teniendo comeción de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. – 2 Timoteo 4:1-4

La “iglesia moderna” no reconoce ni enseña las verdades de las Escrituras que usted está leyendo en este libro por temor a ofender a sus miembros, audiencia e inversionistas potenciales. Simplemente porque las palabras de la Biblia son ofensivas y causan incomodidad, y esto no es lo que identifica a la “iglesia moderna”

Lo que si busca es hacer que las personas se sientan cómodas y las ayuda a llevar una vida más productiva que les aporte mayor felicidad y prosperidad. Esta es una de las grandes tragedias de la “iglesia moderna” porque se esfuerza por hacer el "camino estrecho" y "camino recto" del que Jesús habló más accesible, amigable; menos exclusivo y más inclusivo. Sin embargo, Jesús describió el camino al Cielo así:

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan. –

Mateo 7:13-14

¿Te fijaste en lo último que dijo Jesús? Él dijo pocos son los que la hallan. Para poder alcanzar su meta, la “Iglesia moderna” ha adoptado la filosofía del mundo de que “el fin justifica los medios”. Los pasajes bíblicos considerados ofensivos son ignorados o reinterpretados, cambian los términos, y ajustan las enseñanzas a las preferencias de los oyentes.

El pecado no suele abordarse en absoluto, y si se hace de alguna manera, suele hacerse utilizando términos ligeros como "errores" o "debilidades" para no ofender a nadie. La codicia, que va en contra de uno de los Diez Mandamientos, es enseñado en muchas iglesias y por predicadores de televisión, y es comúnmente conocido como el "evangelio de la salud, la riqueza y la prosperidad". El apóstol Pablo identifica correctamente lo que es realmente la codicia: idolatría (Efesios 5:5) La lista de enseñanzas omitidas, tergiversadas y reinterpretadas es interminable. Pero, por favor, tómese el tiempo para tomar todo lo que escuche, vea, sienta y experimente y llevarlo a la Palabra de Dios y ponlo a prueba para asegurarte de que es verdaderamente del Señor.

Desafortunadamente, los que enseñan cosas tan erróneas no se dan cuenta que son los medios los que determinan el fin, es decir que, si usas los medios del mundo, recibirás resultados mundanos.

Nunca se puede obtener resultados espirituales utilizando métodos carnales.

En los Estados Unidos la tasa de divorcio es tan alta en el mundo como lo es en la iglesia; El alcohol, las drogas, la inmoralidad sexual, el orgullo, la avaricia y muchos otros pecados son comunes entre los que se dicen llamar Cristianos.

Piensa en esto, este es un tema serio que va a afectar tu eternidad. Jesús después de su declaración sobre el camino estrecho hizo una de las declaraciones más escalofrantes hechas:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad. — Mateo 7:21-23

Por favor, toma nota de algunas de las palabras importantes que Jesús utiliza en esta declaración solemne. Él dijo “muchos” no pocos, no algunos, si no muchos. Estos “muchos” incluirá a esas figuras en televisión que enseñaron frente a multitudes e hicieron “milagros”. Todos aquellos que trabajaron duro para intentar “ensanchar la puerta” y facilitar el camino para llegar al cielo — así como las multitudes que creyeron sus infernales mentiras. Las personas que “aceptaron a Jesús” simplemente por lo que podrían recibir de Él: Una vida mejor, un trabajo mejor, más dinero o un borrón y cuenta nueva para poder empezar de nuevo. Todo el tiempo esta multitud pensaba que conocía a Jesús. Un Jesús ajustado a su gusto, un Jesús manso y relajado, que no demanda arrepentimiento, ni negarte a ti mismo, ni morir a ti mismo.

El “Jesús” de ellos era solo el asistente que te ayudaría a tener una mejor vida. Esto en lo que creían no era el Jesús de la Biblia, si no un “Jesús” creado en la mente de los hombres y mujeres que ven a Dios simplemente como un medio de adquirir algo más para sí mismos.

Déjame preguntarte ¿tú ves a Jesús como un medio o como el fin?

¿Es Él el premio que buscas al final de todo, o es una forma de conseguir lo que quieres en la vida? Jesús no va a permitir ser usado por nadie. Si alguien te dice que puedes “aceptar a Jesús” sin tener que cambiar nada en tu forma pecaminosa de vivir, te está engañando.

Jesús lo dejó claro “el que hace la voluntad de Mi Padre” entrara al cielo y no los “hacedores de maldad”

La obediencia hacia Dios no es una opción, es un requisito. El arrepentimiento se presupone para recibir el perdón y la vida eterna. No

basta con decir “oops, lo siento” y luego volver a hacerlo, si no que significa que tu reconoces tu pecado, tienes un cambio en tu corazón y un cambio de dirección, dejando el pecado atrás y no volviendo a él mas.

Lee los siguientes pasajes para que entiendas más profundamente lo que significa el verdadero arrepentimiento según la Biblia: (Amos 3:3, 2 Corintios 7:8-10, Juan 8:1-11)

Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. — Hechos 2:38

Desde el principio hasta el final, desde cada profeta hasta Jesús, este ha sido el mensaje claro de la Biblia.

“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido” (Apocalipsis 2:5)

“Nunca os conocí” son las dolorosas palabras que van a perturbar a muchos en el Día del Juicio al enfrentarse a la eternidad sin Dios. Por esto, es de gran importancia que conozcas a Jesús — el Jesús verdadero — como lo muestra la Biblia.

Sin embargo, hay otra cuestión apremiante ¿el Señor te conoce?

Claro que Dios conoce todo de ti y de mí; cada cabello en tu cabeza, cada pensamiento y palabra aun antes de que la digas, tu pasado, tu presente y tu

futuro, aun la hora y el día en el que tomarás tu último aliento. Sin embargo, este no es el “conocimiento” del que habla Jesús en Mateo 7.

La palabra griega traducida como “conocí” es “ginōskō” lo que significa “conocer por experiencia” y “conocer íntimamente” es la misma palabra que se usa para describir la intimidad del matrimonio cuanto el esposo y la esposa se vuelven uno.

Así como el matrimonio es una imagen de la relación entre Jesús y Su novia la iglesia, esto nos muestra la manera tan íntimamente personal, emocional y mental en la que deberíamos relacionarnos con Jesús.

¿Conoces a Jesús de esta forma? ¿Te conoce Jesús ya que te has entregado a ti mismo completamente a Él? Al fin y al cabo, Él se entregó completamente por ti cuando se humilló a sí mismo, se volvió hombre y fue a la cruz a sufrir la ira de Dios sobre Él y a morir por tus pecados. ¿Cómo más podríamos responder aparte de entregarnos por completo de vuelta a Él en agradecimiento por su salvación preciosa?

Hay algo hermoso que sucede cuando somos conocidos por Cristo y le conocemos más a Él. Al ver a Jesús por quienes nos volvemos cada vez más conscientes de nuestro estado pecaminoso y nuestra falta de valor para poder ser llamados hijos de Dios. Y esto hace crecer en nosotros el asombro y la apreciación por la gracia, la misericordia y el amor de Dios.

Porque el mensaje de la iglesia moderna omite y olvida hablar del pecado por lo que es, así como de las demandas que Jesús nos hace de arrepentirnos de estos pecados, fallamos en mostrar apreciación por el amor de Dios.

Solo podremos adquirir la correcta apreciación del gran amor de Dios cuando lo veamos a Él por quien es; solo entonces podremos vernos por quienes somos realmente en contraste a esto.

Esto es un elemento clave del quebrantamiento y la humildad que se necesita para una relación real con Jesús y para una entrega absoluta a Él,

para que Él pueda hacer lo que desea en nuestras vidas y a través de ellas. Vemos un ejemplo de esto en la vida de una mujer pecadora:

“Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume.

Cuando vio esto el fariseo que le había convidado dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora.

Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado. Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer?

Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; más esta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; más esta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.

No ungiste mi cabeza con aceite; más esta ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; más aquel a quien se le perdona poco, poco ama.

Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es este, que también perdona pecados? Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.” – Lucas 7:36-50

¿Qué impulsó a esta mujer a entrar en la casa de Simón fariseo el cual era justo a sus propios ojos y arriesgarse a ser humillada y sacada a la fuerza?

Este era un lugar al que ella nunca en un millón de años habría sido invitada. Entonces, ¿Por qué se humillaría al hacer tan baja tarea como lavar los pies de Jesús y ungirlo con un aceite costoso y así arriesgarlo todo?

Porque ella, a diferencia de Simón el fariseo, y muchos que profesan ser “Cristianos” hoy, ella sabía que su pecado era grande y que no merecía nada más que el juicio y la ira de un Dios santo y justo. Jesús tuvo compasión de esta mujer humilde y quebrantada y perdono sus pecados.

Cuando nos damos cuenta de la profundidad de nuestro pecado, solo entonces podemos empezar a entender y responder apropiadamente al amor de Dios. Pablo lo pone así en 2 Corintios 5:14-15:

Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que, si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

Cuando comienzo a conocer mi propio pecado — pasado, presente y futuro — siendo tan grande como es y entiendo que Dios me ama a pesar de esto — ¿cómo puedo hacer algo menos que quebrantarme por completo delante de Él que sufrió y murió por mí? Si, debo ofrecirme como sacrificio vivo para servirle con todo lo que tengo y hasta mi último aliento. Él es digno de todo esto y mucho más.

Todos debemos llegar a comprender las profundidades de nuestro pecado, como la mujer pecadora que lloraba a los pies de Jesús. Si no lo hacemos, nunca veremos nuestra necesidad de un salvador. ¿has reconocido que eres un pecador que necesita un salvador? ¿Te has arrepentido de tu pecado y le has pedido perdón a Jesús reconociéndole como Señor de tu vida? Si no lo has hecho, te exhorto a que lo hagas ahora mismo.

Cuando hemos sido salvados, debemos entregar nuestra vida a Dios para que él haga Su voluntad. Él nos ha dado no solo la salvación, si no también innumerables bendiciones. Él nos compró a gran precio, nuestras vidas ya no nos pertenecen.

¿Entiendes que Él se ganó el derecho de hacer con tu vida lo que Él quiera, en el momento en que te salvó de la muerte eterna?

¿Te has comprometido a hacer la voluntad de Dios, sea cual sea? Si no es así, entonces hazlo ahora. Si tu rechazas estas verdades, entonces me temo que nada más en este libro será de alguna utilidad para ti.

Recuerda, no puedes ser quebrantado sin haber reconocido tus pecados primero, y Dios no puede usarte hasta que tú te hayas ofrecido completamente a Él para que pueda usarte.

LA BELLEZA DEL QUEBRANTAMIENTO

| 5 |

Nuestra condición inicial

Hemos aprendido que necesitamos ver nuestra verdadera condición lejos de Dios, y también que la Palabra de Dios es la fuente veraz a la que debemos acudir si queremos averiguarlo. Ahora, ¿cuál es esta visión "correcta" de nosotros mismos de la que hemos estado hablando? ¿Son todas las personas tan malas y pecaminosas como lo hago parecer, o son realmente buenas en su núcleo y sólo necesitan que Dios las "refine" para que sean lo mejor posible?

Exploremos lo que las Escrituras tienen que decir al respecto. Los siguientes pasajes son sólo una pequeña muestra de la valoración que Dios hace de la humanidad. El profeta Isaías tuvo una visión gloriosa de Dios y, a la luz de esto, comprendió:

¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. – Isaías 6:5

Isaías fue un gran profeta, y nos trajo una de las piezas más bellas y valiosas de la profecía. Sin embargo, seguía viéndose a sí mismo como la persona pecadora que era. Más adelante en su libro, siguió describiendo la condición humana:

Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento. – Isaías 64:6

Este pasaje es un golpe en la cara para cualquiera que piense que puede confiar en su propia justicia, o al menos contribuir a ella, haciendo buenas obras. O que piensa que está "bien" porque, después de todo, nunca ha hecho nada "realmente malo". Cualquier cosa que hagamos y consideremos

como nuestra propia justicia, a la luz de la santidad de Dios, cualquier cosa que podamos inventar no es más que un trapo sucio.

El rey David, el "hombre según el corazón de Dios", reconoce su propia pecaminosidad en el Salmo 51: 2-5

Lávame más y más de mi maldad, Y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, Y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, Y he hecho lo malo delante de tus ojos; Para que seas reconocido justo en tu palabra, Y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre.

No hubo nada especialmente pecaminoso en la concepción de David, pero al igual que él, todos somos concebidos y nacemos como humanos pecadores. Es algo que heredamos, forma parte de nuestra naturaleza y todos tenemos una gran necesidad de ser limpiados

El apóstol Pablo, al escribir a diferentes iglesias, consideró necesario recordar a los creyentes su estado anterior, apartado de Dios.

Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. – Tito 3:3

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. [...]

Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. – Efesios 2:1-16

Estábamos lejos, sin esperanza, muertos en nuestros pecados, caminando en el curso del mundo, siguiendo el liderazgo de Satanás, desobedientes, lujuriosos en mente y acciones, iracundos, insensatos, desobedientes, envidiosos y llenos de odio. Estábamos perdidos en nuestros pecados, vencidos por ellos, e incapaces de escapar de ellos.

Más aún, carecíamos del deseo de escapar de ellos, convencidos de que eran correctos y buenos. Para cada pecado había una manera de hacerlo sonar "más bonito" y justificarlo. Nos decíamos a nosotros mismos que nuestro orgullo era sólo autoestima y que era bueno para nosotros.

Al seguir a nuestro corazón y a nuestro "verdadero yo", no hacíamos más que adorarnos a nosotros mismos. La lujuria era natural para nosotros, la ira era nuestro derecho ganado, la desobediencia era el resultado de un liderazgo pobre, la envidia era sólo una mente orientada a objetivos, y el curso del mundo era lo que pensábamos que necesitábamos. Estábamos en la esclavitud del pecado y de Satanás, y sin la intervención de Dios, nunca habiéramos querido siquiera escapar, y mucho menos habiéramos tenido la fuerza para hacerlo.

Jesús escribe a una iglesia con gente que también estaba engañada sobre su verdadera condición:

Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente.

¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. – Apocalipsis 3:14-17

Estos versos son especialmente interesantes ya que vemos a Jesús dirigiéndose a una iglesia que profesa la fe y no está solamente hablando de la gente en general. Estaban en una condición horrible, pero no se daban cuenta. No podían (o no querían) ver la verdad. En su propia opinión, se consideraban a sí mismos perfectamente bien; genial, en realidad.

Esto describe exactamente como son muchos en la iglesia moderna hoy en día, engañándose a sí mismos. Afortunadamente, Jesús no lo deja así, sino que continúa instruyéndolos en lo que deben hacer.

Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. – Apocalipsis 3:18-19

Si nos arrepentimos y nos volvemos a Dios, Él nos proporcionará gentilmente la curación y la restauración, la visión correcta, la justicia y las verdaderas riquezas. Para que no pienses que estos pasajes se refieren a algunas personas, y no a todas – y tal vez no a ti - la Biblia es muy clara en cuanto a que esto es verdad para todos:

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; Con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura.

Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebranto y desventura hay en sus caminos; Y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios. – Romanos 3:10-19

Afortunadamente, está claro que nuestra verdadera condición natural es la del pecado absoluto y una esclavitud desesperante a ese pecado. No es sólo que a veces hagamos cosas malas, sino que somos incapaces de complacer a Dios con cualquiera de nuestros intentos de ser justos. Somos esclavos de nuestro propio orgullo, y la mayoría de nosotros ni siquiera vemos el peligro de esa servidumbre.

Somos inmundos e indignos de intentar siquiera acercarnos al Señor y a su perfecta justicia. Somos pecadores sin esperanza, y cada pecado que cometemos hace crecer la paga de muerte más y más alto en nuestra contra. Un día, se nos pedirá la factura, y tendremos que rendir cuentas ante Dios.

Es bastante fácil ver estas diversas fallas, deficiencias y pecados en las vidas de otros a nuestro alrededor, pero somos sorprendentemente ciegos a su existencia en nuestra propia vida.

Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. – Gálatas 6:3

Es el orgullo el que nos ciega a nuestro propio pecado. El rey David estaba ciego (o al menos eligió estarlo) ante su propio pecado de adulterio con Betsabé y el posterior asesinato de su marido Urías para encubrirlo.

Pero finalmente, el profeta Natán se enfrentó a él bajo la dirección del Espíritu Santo. Le contó la historia de un hombre rico con muchas ovejas, que tomó la oveja de un hombre pobre que amaba a esa oveja como un padre ama a un hijo y la mató. Le preguntó a David qué hacer con el hombre rico y David, lleno de justa ira y sin saber lo que Natán estaba diciendo realmente, dijo que este hombre debía morir.

Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungué por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl, y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno; además te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, te habría añadido mucho más. ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón.

Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol.

Porque tú lo hiciste en secreto; más yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol. Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová. Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá. – 2 Samuel 12:7-14

Cuando David escuchó la historia de los dos hombres y el cordero, se apresuró a reconocer y condenar el mismo pecado que él había cometido.

Como rey y juez, estaba dispuesto a dar la sentencia de muerte a alguien que hiciera tal maldad. Sin embargo, no vio que él era el culpable hasta que Natán se lo explicó. Esto es lo que la Palabra de Dios y el Espíritu Santo siguen haciendo hoy en día, explicando y mostrando nuestra propia pecaminosidad.

Mirando de cerca el centro del pecado de David, vemos que cometió adulterio y asesinato. Por lo tanto, pecó contra Urías, Betsabé y su propia familia. Pero, sobre todo, sus acciones despreciaron a Dios y dieron a sus enemigos la ocasión de blasfemar del Señor. Cuando pecamos, siempre pecamos contra Dios, independientemente de que otras personas se vean afectadas o no. Fue el orgullo, tal vez algo oculto dentro de David, lo que lo llevó por este camino increíblemente pecaminoso y dañino. Lo mismo puede decirse del pecado que actúa en nuestras vidas con gran fuerza.

Fue el orgullo lo que hizo que David cometiera estos pecados, y el orgullo lo que le impidió verlo por lo que era. Cuando David vio a Betsabé bañándose en su tejado, debería haber mirado hacia otro lado y haber abandonado ese lugar. Pero el orgullo lo engañó, y por eso creyó que estaba bien la lujuria, y que no había ningún daño en ello, aunque Dios dijera lo contrario.

El orgullo le dictaba que como rey David tenía derecho a tomar a Betsabé si le placía. Y que no habría consecuencias por su pecado, aunque David ignorara los claros mandatos de Dios sobre el matrimonio. El orgullo también diría que David necesitaba proteger su propia reputación y egoístamente mandar a matar a Urías, y que este acto horrendo era justificable, aunque claramente en contra de la Palabra de Dios. El asunto es que el orgullo nos hace creer que sabemos más que Dios, o que de alguna manera tenemos el derecho de hacer lo que queremos en lugar de lo que Él nos manda a hacer.

El orgullo es la causa principal de que no nos acerquemos a Dios.

Nos convence de que no hay nada malo en nosotros. De hecho, es uno de los pecados más prominentes en toda la humanidad, y uno que conduce a un montón de otros pecados.

El orgullo es el principal pecado que se opone al quebrantamiento como ningún otro.

Y por eso, es la causa principal de la falta de voluntad del hombre para humillarse – para ser quebrantado – ante Dios. El orgullo es la antítesis de la humildad. La humildad no es una característica natural de la humanidad; lo que es natural en la humanidad es el orgullo. El orgullo es una enfermedad común a todos los hombres.

Como he tenido la bendición de viajar por el mundo enseñando y ministrando la Palabra de Dios, veo esta enfermedad en todas partes. Aunque se disfrace de diferentes maneras, plaga a todas las personas. Tiene muchas caras, y todas ellas son horribles y feas.

El orgullo es la raíz de la mayoría de los pecados, por no decir de todos.

El orgullo es el esfuerzo y la insistencia de nuestra voluntad por encima o en contra de la voluntad de Dios. Es la falta de querer doblegar nuestra voluntad a la voluntad de Dios, mientras insistimos en que las cosas se hagan a nuestra manera, en nuestro tiempo y a nuestro gusto.

El orgullo en el hombre se expresa de muchas maneras. Pensemos en el asesinato de Urías por parte de David, en la jactancia de José sobre sus sueños, en la creencia de Pablo de que era irreprochable según la ley, en la creencia de Saúl de que podía sacrificar en lugar de Samuel, en la exclamación de Nabucodonosor de que era él quien se había ganado su reino, y en muchas más.

El orgullo se expresa más profundamente a través de lo que la Biblia identifica como "Yo". El "Yo", y su constante lucha por la gratificación, es el mayor obstáculo para que alguien siga a Jesús de la manera que Él exige.

El orgullo se expresa en todos los caminos de la vida, y lo vemos crecer enormemente en la actualidad. Estoy tentado a decir que el orgullo que estamos viendo hoy en el mundo no tiene precedentes, pero luego tengo que recordar que, durante el tiempo de Noé, el orgullo había alcanzado una cima tan elevada que Dios trajo el juicio inundando toda la tierra. Y por supuesto, hubo el tiempo de Lot en la infame Sodoma y Gomorra, también los hijos de Israel en el desierto, y los tiempos del profeta Jeremías.

Sin embargo, el Apóstol Pablo nos dice que el orgullo será la característica principal de las personas durante los Últimos Días.

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita. – 2 Timoteo 3:1-5

Cada una de las características mencionadas anteriormente proviene de la raíz del orgullo. Jesús nos dice que nos neguemos a nosotros mismos y muramos a nosotros mismos, pero el orgullo nos llama a amarnos a nosotros mismos y a buscar nuestro propio placer en lugar de amar y obedecer a Dios.

El orgullo nos hace pensar que tenemos algo de lo que presumir. Basta con recordar lo que aprendimos sobre nosotros mismos al principio de este capítulo y ver si esto es razonable. El orgullo lleva a los hijos a hacer las cosas que quieren de la manera que quieren, en lugar de someterse y honrar a sus padres como Dios manda.

El orgullo nos dice que nos olvidemos de las instrucciones de Dios para nuestras vidas, para dejarnos llevar y satisfacer cada deseo, sin importar cuán impío sea, o cuán falto de amor; sean brutales, pecaminosos o aborrecibles.

La soberbia causa el lenguaje sucio y la mentira, como dice claramente el Salmo 59:12 *“Por el pecado de su boca, por la palabra de sus labios, Sean ellos presos en su soberbia, Y por la maldición y mentira que profieren”*

Cuando nos enfocamos en nosotros mismos y en nuestros deseos, podemos incluso llegar a justificar el asesinato de otra persona, una persona que fue hecha a imagen de Dios.

Tomemos a Caín como ejemplo. Asesinó a su hermano en un ataque de celos, resultado del orgullo. En la perspectiva de Caín, Dios debería haber aceptado su ofrenda de la misma manera que había aceptado la de su hermano. A menudo creemos que el principal pecado de Sodoma fue la inmoralidad sexual. Ezequiel nos dice lo que realmente fue:

He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso. – Ezequiel 16:49

Observa cómo el orgullo encabeza esta lista. Fue el orgullo lo que hizo que satisficieran sus caprichos, lo que hizo que los ciudadanos de Sodoma no estuvieran dispuestos a cuidar de los pobres, y lo que los llevó a ceder a sus deseos sexuales incluso si eso significaba violar en grupo a hombres que sólo estaban de visita en su ciudad.

Dado que el orgullo es a menudo la raíz de otros tipos de pecados, a veces no nos ocupamos de él, y sólo vemos y nos ocupamos de lo que está en la superficie.

Si has estado luchando con un pecado específico en tu vida y pareces incapaz de superarlo, te animo a que ores y le pidas a Dios que escudriñe tu corazón y te revele si hay más de lo que ves. Si el orgullo es la raíz de este pecado, necesitas lidiar con eso primero, o seguirá "volviendo a crecer", ya sea que se manifieste en el pecado anterior o en otro.

El orgullo es un pecado tan grave porque es una rebelión directa contra Dios. Es idolatría – adoración de nosotros mismos por encima de Dios – y no hay adoración más peligrosa.

Piensa en la audacia del hombre, que no es más que una diminuta mota de polvo flotando en una mota de polvo más grande llamada Tierra. Y esta Tierra está en un universo más vasto de lo que la pequeña mente del hombre podría comprender. Por lo tanto, que nos pongamos delante de nuestro Creador y digamos "No me importa lo que digas, quiero hacer las cosas a mi manera", creyendo que podemos exigir, acusar y culpar, o reprobar, discutir e incluso reprender a Dios, es más que ridículo.

Hemos visto ejemplos de este comportamiento altivo e insolente en los capítulos dos y tres. Pedro con sus constantes cuestionamientos y respuestas a Jesús, el pueblo de Israel con sus notorias quejas y rebeldías, o Uzías, que se estimaba a sí mismo y olvidaba que era Dios quien lo había engrandecido. Y por supuesto, vemos uno de los ejemplos más infames de orgullo en la caída de Satanás, en la que un tercio de los ángeles le siguieron en su rebelión.

Descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus arpas; gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán. ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones.

Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; 14sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo. – Isaías 14:11-15

¿Notaste el problema del "yo" de Satanás? Había sido creado perfectamente como un ángel para servir a Dios, pero en lugar de mirar y alabar a Dios por ello, sólo tenía ojos para sí mismo y para lo que quería ser y hacer. No estaba contento con la posición en la que Dios le había colocado. No sólo quería más, lo quería todo. Quería ser como Dios.

Desde que fue arrojado a la Tierra, su objetivo ha sido difundir ese orgullo – ese mismo enfoque en el "yo" – a tanta gente como pueda. En todo caso, ha tenido mucho éxito en ese esfuerzo.

Vivimos en una sociedad totalmente vendida a los ideales de Satanás, que se gloria en el orgullo y sus pecaminosas consecuencias. Hay verdaderos desfiles de gente que se enorgullece de ser orgullosa. La autosuficiencia, el amor propio y la independencia de cualquiera, incluyendo a Dios.

Encuentran un gran valor en tener un carácter fuerte y ser capaces de defender lo que quieren. A lo largo del tiempo, estos ideales han sido muy aplaudidos y se siguen enseñando activamente a personas de todas las edades.

No te dejes engañar. Dios odia el orgullo.

Seis cosas aborrece Jehová, Y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la lengua mentirosa, Las manos derramadoras de sangre inocente, El corazón que maquina pensamientos inicuos, Los pies presurosos para correr al mal, El testigo falso que habla mentiras, Y el que siembra discordia entre hermanos. – Proverbios 6 :16-19

Dios aborrece el orgullo debido a los efectos que tiene en la humanidad; porque impide que los hombres se acerquen a Dios.

“El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; No hay Dios en ninguno de sus pensamientos.” – Salmos 10:4

Dios aborrece el orgullo porque provoca que los hombres rechacen Su Palabra.

Dijo Azarías hijo de Osaías y Johanán hijo de Carea, y todos los varones soberbios dijeron a Jeremías: Mentira dices; no te ha enviado Jehová nuestro Dios para decir: No vayáis a Egipto para morar allí. – Jeremías 43:2

Dios aborrece el orgullo porque nos lleva a la ruina.

¿Has visto hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él. – Proverbios 26:12

Antes del quebrantamiento es la soberbia, Y antes de la caída la altivez de espíritu. – Proverbios 16:18

Dios odia el orgullo, sin importar el tamaño, la forma o la manera en que se presente. En el Libro de Job, leemos sobre el gran sufrimiento que soportó Job, ya que su fe estaba siendo probada.

A lo largo de muchos capítulos, Job y sus amigos discuten el asunto y comparten sus inútiles opiniones. Se plantean muchas cuestiones contra Job, pero también contra Dios y su obra. En los capítulos 38 a 40, encontramos la poderosa respuesta de Dios a Job. Te animo a que leas esos capítulos en su totalidad. He aquí sólo algunos versículos:

Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo: ¿Quién es ese que oscurece el consejo Con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe como varón tus lomos; Yo te preguntaré, y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?

Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, Cuando alababan todas las estrellas del alba, Y se regocijaban todos los hijos de Dios? – Job 38:1-7

Ahora, esto pone las cosas en la perspectiva correcta. Cuando vemos a Dios por lo que es y a nosotros mismos por lo que somos, ya no hay lugar para el orgullo. Dios hace una pregunta a través del profeta Amós: "¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?" – Amós 3:3

La respuesta es obviamente no. A menos que dos personas se pongan de acuerdo en un destino común, en qué camino tomar y a qué ritmo ir, no pueden caminar juntos.

Dios nos invita gentilmente a caminar con Él, así que tenemos que ponernos de acuerdo con todo lo que Él dice, pero en relación con nuestro tema, especialmente con su declaración verídica con respecto a nuestra condición lejos de Él.

Estos versos que lees en este capítulo es Dios hablando con nosotros, describiendo nuestra condición humana y pecaminosa. Sé que no es un cuadro bonito el que Dios pinta, pero es un cuadro absolutamente exacto de cada uno de nosotros lejos de Dios. No es hasta que estemos de acuerdo con Él en esta evaluación que podemos comenzar a caminar con Él y llegar a conocerlo a Él y a Su voluntad para nuestras vidas.

Este entendimiento es el comienzo y es vital para el proceso de ser quebrantados. Si aceptamos de todo corazón y reconocemos verdaderamente nuestra miserable y pecaminosa condición, esto nos dejará con el corazón roto ante el amoroso y santo Todopoderoso. Esto puede parecer doloroso ahora, pero en realidad trae una gran bendición. En Juan 8:32, Jesús nos dice *"y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."*

Es probable que la lectura de este capítulo no haya sido fácil para ti. Después de todo, al "yo" no le gusta que le llamen la atención sobre su orgullo y otros pecados. Ahora la cuestión es cómo responder a esta "evaluación" de la Palabra de Dios.

¿Estarás de acuerdo con el punto de vista de Dios sobre tu pecaminosidad, o te negarás a reconocer Su verdad? ¿Seguirás a las masas de nuestra sociedad en sus caminos insolentes que llevan a la destrucción, o responderás al llamado de Jesús de negarte a ti mismo y seguirlo a Él?

Tal vez Dios te ha dado convicción de un pecado particular en tu vida del que necesitas arrepentirte. ¿Se ha despertado algo en ti al leer sobre las muchas caras del orgullo? Quiero animarte a que te tomes un tiempo ahora mismo para orar y pedirle a Dios que te revele dónde hay un pecado en tu vida del que necesitas arrepentirte y apartarte.

Ora como lo hizo David: *Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno. (Salmos 139:23-24)*

No lo pospongas. Recuerda que llegar a un acuerdo con Dios es el primer paso necesario para caminar con Él.

Reconocer tu pecaminosidad es esencial en el proceso de ser quebrantado.

Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. – Santiago 4:6

DREW MACINTYRE

| 6 |

La Condición a la que debemos apuntar

Porque no quieres sacrificios, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios. – Salmo 51:16-17

En el capítulo anterior, estudiamos a fondo lo que es el orgullo, como se ven el orgullo y la falta de integridad en nuestras vidas, y cómo Dios ve todo eso. Ahora vamos a centrar nuestra atención en cómo deberían ser nuestras vidas como seguidores de Cristo.

Así como muchas personas tienen conceptos erróneos sobre nuestra verdadera naturaleza pecaminosa, la gente tiene muchos conceptos equivocados sobre quién y cómo se supone que debemos ser.

Muchos cristianos hoy en día tienen la falsa impresión de que el objetivo y el mayor deseo de Dios para sus hijos es ser "felices."

Hoy en día, la Iglesia presta mucha atención a la posibilidad de alcanzar el "mayor potencial humano" en la vida, de ser "la mejor versión de ti mismo", "de imaginarte todo lo que puedes ser", y de experimentar las "plenas riquezas y bendiciones" que Dios tiene para ti.

Muchos creen que, si simplemente añadimos al final de nuestras oraciones "en el nombre de Jesús", obtendremos cualquier cosa que pidamos. Este tipo de "mejoría de vida" representa la principal razón de ser que tiene Jesús en nuestras vidas. Esta creencia no sólo es antibíblica, sino que también es una

filosofía humanista egoísta que viene directamente desde el pozo del infierno.

En general, no hay nada de malo en el deseo de vivir una vida con las bendiciones de Dios y alcanzar nuestro mayor potencial. El problema surge cuando consideramos qué, este "mayor potencial", es la forma en que se obtiene dicha vida y la motivación que hay detrás. Gran parte de la enseñanza popular de hoy en día tiene poco o nada que ver con lo que dice la Palabra de Dios, y más con el servicio dedicado a uno mismo y la motivación egoísta.

¿Quiere Dios que sus hijos sean felices y tengan alegría, paz y descanso?

Absolutamente, pero este no es su deseo principal para nosotros. Más bien, estas emociones son subproductos de Su deseo final para nosotros.

La condición a la que Dios apunta, su objetivo o deseo para todos sus hijos, no es la felicidad, es la santidad. Es la humildad. Es el quebrantamiento. Es una vida puesta para la gloria de Dios. Es el hecho de que nos parezcamos más al Señor Jesucristo. Y esto sólo puede ocurrir por medio de la prueba, las dificultades, el quebrantamiento y la hermosa obra del Espíritu Santo.

Romanos 8:28 es uno de los versículos bíblicos más famosos y apreciados: *"Y sabemos que los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados."*

Sin embargo, es en el versículo 29 que nos explica cuál es ese bien por el que Dios está trabajando: *"Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos."*

Dios utiliza las circunstancias más difíciles de nuestra vida, las temporadas más duras, los acontecimientos más trágicos para nuestro bien, ya que los utiliza para hacernos más parecidos a Jesús. Este es el objetivo, esto es lo que debemos procurar: parecernos más a Jesús.

No muchos entienden que la forma en que Dios realiza su voluntad y propósito en nuestras vidas es a través del quebrantamiento. Su camino no tiene nada que ver con la vida del "yo" de este mundo, sino que tiene que ver con morir al yo y vivir en Cristo y para Cristo.

En cuanto a nuestra intención de ser la mejor versión de nosotros mismos, para muchos esto no es más que orgullo egoísta. La mayoría de las personas, incluso dentro de la iglesia, simplemente desean tener una vida sana, feliz y agradable. Y este deseo viene en forma religiosa también, queriendo ser un "cristiano exitoso", que se siente bien consigo mismo y que gana la admiración por vivir una vida modelo. Recuerda que el orgullo se presenta en todo tipo de formas.

Sin embargo, nuestra motivación para perseguir "nuestro mejor yo" y "nuestro mayor potencial" no debe ser nada menos que el amor. Nuestra motivación tiene que ser nuestro amor por Cristo, y aún más el amor que Cristo mismo nos ha mostrado al dar su vida por nosotros. En los capítulos cuatro y siete se habla más del amor de Dios por nosotros y de la respuesta que ese amor nos imparte.

Debemos esforzarnos por vivir la "mejor vida cristiana", por amor a Jesús, que dijo: *"si me amáis, guardad mis mandamientos"* (Juan 14:15).

El apóstol Pablo lo expresó muy bien cuando dijo en Gálatas 2:20: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí."*

¿Lo ves, querido hermano? Vivo mi vida para Cristo no para satisfacer mi orgullo o ganar una recompensa egoísta, sino por el amor que Él tiene por mí y porque ha dado su propia vida para salvar la mía.

Ser "lo mejor que se puede ser", incluso en el sentido más espiritual, nunca es para complacernos a nosotros mismos, sino que siempre debe ser para complacer a Dios y darle gloria. Como dice el Salmo 115:1: *"No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad."*

¿Y cómo podemos lograr el objetivo de vivir una vida que le agrade y le dé gloria? El quebrantamiento y la humildad. El quebrantamiento y la humildad son en lo que Dios se deleita, se complace, requiere y exige en su creación porque es el camino que tomó Jesús. Sabiendo que estamos llamados a parecernos más a Jesús, necesitamos mirar a Cristo para ver cómo debemos ser, cuál es nuestra meta para llegar a ser una persona que agrade a Dios. Él es nuestro máximo ejemplo, de quien Dios *dice "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia"* (Mateo 3:17).

La grandeza de Jesús en la humildad se retrata a lo largo de la Biblia y se hace más evidente cuando le vemos en contraste con los que le rodean. Los Evangelios nos muestran a Jesús rodeado de sus discípulos o de los líderes espirituales de la época, y queda muy claro lo diferente Él que es.

Jesús, siendo el Hijo de Dios y el Mesías, seguía completamente rendido y sometido a la voluntad de su Padre. No actuaba ni hablaba en función de lo que quería, sino que lo hacía todo de acuerdo con la Palabra y con la voluntad de Dios.

Jesús les dijo: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra." – Juan 4:34

No puedo yo hacer nada por mí mismo, según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre. – Juan 5:30

Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. – Juan 6:38

Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar, les indicó que dijeran *"Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra"* (Mateo 6:10).

Su reino, Su voluntad, no la nuestra.

Tenemos que darnos cuenta de que una vida de obediencia y santidad se nos exige, no es una sugerencia. Como deja claro 1 Pedro 1:14-16: *"como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais, estando en vuestra ignorancia; sino que, como aquel que os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque está escrito: "Sed santos, porque yo soy santo."*

Pocos capítulos después, Pedro nos vuelve a exhortar *"Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo, echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros"* (1 Pedro 5:6-7).

No hay que tener miedo a someterse a Aquel que nos ama y cuida de nosotros. Podemos confiar plenamente en Él, si nos humillamos ante Él. Pedro tenía buena experiencia, como hemos visto en el capítulo dos, con la lucha por humillarse y someterse a Jesús. Antes de llegar al punto de quebrantamiento, él y los demás discípulos estaban consumidos por sus propias ambiciones, tratando de ser mejores y estar por encima de los demás.

El tema de "¿quién es el más grande?" era a menudo objeto de debates – y me atrevería a decir que de peleas – entre los discípulos durante su tiempo con Jesús. Qué ironía. Aquí estaban con el Rey de Reyes, Creador de los Cielos y la Tierra,

El Principio y el Fin, el Alfa y la Omega. Él, que se humilló y tomó la forma de hombre y de siervo.

Sin embargo, los discípulos no pudieron verlo porque estaban demasiado ocupados con su propio ser. Incluso en sus últimos momentos con su Señor, seguían centrados en su propia condición, en lugar de en Aquel a quien pronto perderían. Ellos también sufrían la enfermedad común del "yo" humano que nos afecta a todos.

Finalmente, Jesús se enfrentó a los discípulos en relación con su obsesión por el rango y esta continua discusión sobre quién de ellos era el más grande y decidió hacerlo en la Última Cena.

Hubo también entre ellos una disputa, sobre quién de ellos sería el mayor. Pero él [Jesús] les dijo: 'Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados "bienhechores". Mas no así con vosotros; sino sea el que es mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve" – Lucas 22:24-27.

Aquella noche, Jesús ilustró lo que es la verdadera grandeza tomando la posición de un siervo y lavando los pies de los discípulos – incluso los de Judas, que luego saldría para traicionar a Jesús.

Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro;

y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás.

Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis. – Juan 13:3-17

Oh, el querido Pedro tuvo que objetar de nuevo a Jesús, pero ¿no es él un reflejo exacto de todos nosotros? Jesús enseñó claramente, tanto en palabras como en hechos, que debemos dejar de pensar en nuestro propio rango o supuesta grandeza. En cambio, debemos humillarnos, hacernos los más pequeños de todos y servir a los demás, literalmente. Lavar los pies de alguien era la tarea más sucia para el siervo de más bajo rango de la casa, pero Jesús la asumió.

Más aún, esa noche continuaría humillándose aún más, entregándose a un completo quebrantamiento. La profunda y completa entrega que Jesús tenía hacia Dios se mostró probablemente de forma más clara y poderosa en la escena de Getsemaní, cuando Jesús oró justo antes del arresto que le llevaría a la crucifixión:

Yendo un poco más adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú." [...]

Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: "Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la bebo, hágase tu voluntad." – Mateo 26:39-42

Jesús estaba comprometido, entregado a Dios y a su voluntad para su vida. Haría cualquier cosa, incluso si significaba su propia muerte. Tal vez nunca podamos entender lo bajo que se hizo Jesús y lo que significó para Él tomar la ira de Dios sobre sí mismo. El Salmo Mesianico 22 nos muestra un poco más a qué clase de estado Jesús se permitió ser humillado:

Mas yo soy gusano, y no hombre; Oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen; Estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; librole él; Sátle, puesto que en él se complacía. Pero tú eres el que me sacó del vientre; El que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre.

Sobre ti fui echado desde antes de nacer; Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios. No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; Porque no hay quien ayude. Me han rodeado muchos toros; Fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente. He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; Mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor y mi lengua se pegó a mi

paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; Me ha cercado cuadrilla de malignos;

Horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; Entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos. Y sobre mi ropa echaron suertes. – Salmo 22:6-18

El sacrificio voluntario de Jesús en la cruz, lo que parecía una derrota y una vergüenza para la gente, en realidad fue el clímax de su grandeza en la humildad. Y pronto resucitó, victorioso sobre el pecado y la muerte y sentado a la diestra de Dios. Ahora nosotros, como hijos de Dios, estamos llamados a seguir a Jesús en este camino:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres;

Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. – Filipenses 2:5-11

Jesús es el máximo ejemplo de humildad, obediencia y quebrantamiento.

Se humilló a pesar de que no tenía en él nada para ser humillado. Él es Dios, el ser supremo. Es todopoderoso, omnisciente y omnipresente. Si hay alguna criatura en todo el universo que pueda estar orgulloso de sí mismo, sería Jesús. Sin embargo, Él es humilde, y mostró esa humildad al hacerse hombre. Renunció a su naturaleza ilimitada para hacerse limitado. Renunció a su naturaleza sin defectos para habitar en un cuerpo humano defectuoso. No podemos comprender del todo lo que debió ser para Jesús convertirse en humano, pasar de una existencia tan gloriosa a una tan pequeña, pero sí sabemos que se necesitó una humildad sin límites para

llegar a ser un hombre, y luego una humildad increíble para morir por nosotros.

A la luz del ejemplo de Jesús, cualquier acto de sumisión y sacrificio hacia Dios por nuestra parte parece casi sin sentido. En realidad, no tenemos nada de valor a lo que renunciar, como hizo Jesús. De hecho, primordialmente es nuestro orgullo lo que tenemos que entregar a Dios, y por desgracia está pegado a nosotros fuertemente. Hay que romperlo, literalmente, y Dios lo hará por ti. Si vemos algo parecido al tipo de entrega radical a la voluntad de Dios que tuvo Jesús en la vida de un creyente, podemos estar seguros de que proviene de un lugar de quebrantamiento.

Ahora la gente podría decir que este quebrantamiento es difícil de alcanzar y mantener, y tendrían razón. La vida de un verdadero discípulo de Cristo no es lo que muchos aceptan cuando creen un falso evangelio que complace a los hombres. Sin embargo, esta es la vida que vivió Jesús y a la que nos llama cuando dice "ven, sígueme".

¿Quiénes somos nosotros para esperar tener una vida más fácil y estar exentos de experiencias similares a las de Jesús en nuestra vida?

"El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de la familia llamaron Belzebú, ¿cuánto más a los de su casa?" – Mateo 10:24-25

Jesús fue burlado y perseguido, y nosotros también lo seremos. No olvides que un hombre o una mujer quebrantados no son lo que el mundo considera de valor, al igual que el jarrón roto del que hablamos. De hecho, el mundo los desprecia. Pero esto es lo que Dios valora y considera de valor. Este es lo que debemos procurar en la vida. Esta es la condición a la que apuntamos. Como ya leímos en Romanos 8:29, estamos *"predestinados a ser conformes a la imagen de su Hijo"*. La palabra griega aquí para "conformes" (symmorphos) significa tener la misma forma que otro, en este caso la misma forma que Jesús.

Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas, con gran clamor y lágrimas al que le podía salvar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió obediencia.

Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de terna salvación para todos los que le obedecen. – Hebreos 5:7-9

El quebrantamiento puede significar clamar a Dios en la oración o aprender a obedecer a través del sufrimiento, y para muchos cristianos significó sufrir hasta la muerte. El llamado de Jesús está dirigido a todos nosotros:

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lucas 9:23). No se puede seguir a Jesús sin negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz (muerte) cada día, ya sea en sentido figurado o literal si es necesario.

Esto no es algo que podamos hacer con nuestras propias fuerzas, porque es imposible. Pero aquí está lo sorprendente:

El Señor Todopoderoso prometió estar con nosotros, estar en nosotros, y venir sobre nosotros para capacitarnos para vivir la vida que Cristo nos ha llamado a vivir:

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni le conoce; pero vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros. – Juan 14:16-17

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta el fin del mundo. – Hechos 1:8

Porque así dice el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, cuyo nombre es el Santo: "Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de

espíritu, para hacer vivir el corazón de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados. – Isaías 57 :15

Jehová dijo así: "El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas esas cosas fueron", dice Jehová; "Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra. – Isaías 66:1-2

Quiero que vuelvas a leer los dos versículos anteriores de Isaías 57 y 66. Él es el Creador de los cielos y de la tierra, quien fue, quien es y siempre será, Él cual no puede ser contenido por los cielos casi infinitamente vastos. Su trono está por encima de los cielos.

Dios es omnisciente (todo lo sabe).

Omnipresente (todo presente).

Omnipotente (todopoderoso).

Más de lo que se puede describir.

Este Dios, por encima de todos los dioses, quiere – y ha elegido – vivir contigo y conmigo. Si esto no te causa un asombro total y te quedas boquiabierto, o más bien te caes de asombro, no creo que nada lo haga. ¡Qué increíble es esto! La palabra hebrea que traducimos al español "habitar" es la misma que Dios utiliza cuando habla con los hijos de Israel. Dios les dice que va a morar con ellos:

Y habitaré entre los hijos de Israel y seré su Dios. Y conocerán que yo soy Jehová su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, para habitar en medio de ellos. Yo Jehová, su Dios. – Éxodo 29:45-46

Esa misma morada continua e íntima es la que Él quiere tener contigo y conmigo. Para que el Dios Todopoderoso habite en nosotros y nos capacite para vivir la vida de un verdadero discípulo, debemos humillarnos bajo la

poderosa mano de Dios, tomar nuestra cruz, morir a nosotros mismos y seguirle.

El propio Jesús dijo que quiere que "permanezcamos" en Él, permitiéndole darnos vida (Juan 15). De nuevo, refiriéndose a las dos porciones de Isaías 57 y 66, Dios deja claras las condiciones para que Él habite con nosotros: *"y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el corazón de los humildes "* y *"Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra."*

Como el Padre se deleitó en su Hijo, así se complace Él en sus hijos cuando somos humildes y quebrantados delante de Él:

Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos. – Salmo 138:6

Al tener entendimiento de la necesidad de la humildad, debemos recordarnos a nosotros mismos su significado.

Es poner la voluntad de Dios por encima de la nuestra, poner los deseos de Dios por encima de los nuestros, y obedecerle por amor y gratitud por lo que ha hecho.

Esta humildad sólo puede lograrse a través del quebrantamiento, porque tenemos dentro de nosotros un deseo constante de seguir nuestra propia voluntad orgullosa en lugar de la de Dios. La humildad es el acto de entregar libremente tu voluntad a tu Creador o de depender totalmente de Él para todas tus necesidades, deseos y anhelos.

La humildad es actuar sólo en base a la voluntad de Dios, tal como se expresa a través de Su Palabra o por el Espíritu Santo. La vimos como resultado del quebrantamiento en las vidas de Moisés, David, Pedro y otros, y la vimos más claramente en la vida de Cristo Jesús.

Así como el Padre se deleitó en su Hijo, también lo hace en una persona que está quebrantada ante el Señor y humillada y rendida a Él. Como resultado de ese quebrantamiento, veremos al Espíritu Santo trabajando el carácter de Cristo más y más en la vida de esa persona. ¡Y tenemos pruebas de esa promesa!

El cambio radical que vemos en la vida de los discípulos, tal y como se describe en los Evangelios, en comparación con el Libro de los Hechos, es nada menos que sorprendente. Este cambio radical se atribuye a dos cosas: en primer lugar, su quebrantamiento, que allanó el camino, y luego la venida del Espíritu Santo sobre ellos para poder hacer todo lo que leemos en el Libro de los Hechos.

Si el quebrantamiento no hubiera tenido lugar, nunca habrían experimentado la plenitud del Espíritu Santo, y a menos que tenga lugar en ti y en mí, podemos esperar el mismo vacío. Aprenderemos más sobre la obra del Espíritu Santo en el capítulo diez.

Cuando miramos "la condición a la que apuntamos" en nuestras vidas, y somos conscientes de que el quebrantamiento y la humildad son esenciales, ¿cómo responde tu corazón? ¿Estás dispuesto a rendirte y quebrarte ante Dios? ¿O tal vez te llenas de desesperación ante la imposibilidad de la tarea que tienes por delante?

¿Piensas "es imposible, así que mejor ni lo intento"? En cierto modo, ¡tienes razón! Con nuestras propias fuerzas, nunca seríamos capaces de alcanzar la santidad.

Pero ánimo, porque *"el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará"* (Filipenses 1:6) y *"Dios es el que en vosotros produce el querer como el hacer, por su buena voluntad"* (Filipenses 2:13).

"Pero ¿cómo puedo ser quebrantado?" En el próximo capítulo, veremos los instrumentos y métodos que Dios utiliza para quebrantar a los que ama.

Debes estar atento a cualquiera de los que él está usando actualmente en tu vida, para que puedas entregarle esa área y permitir que el proceso continúe sin obstáculos.

LA BELLEZA DEL QUEBRANTAMIENTO

| 7 |

Las herramientas de Dios para quebrantarnos

Como lo hemos visto hay gran consuelo en Romanos 8:28: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.”* En el capítulo anterior aprendimos que este “bien” es que nos volvamos más como Jesús. Y, en realidad, Dios puede usar todas las cosas como medios para lograr el quebrantamiento y la obediencia a Cristo en nuestras vidas.

Volviendo a la ilustración de la vasija, nos damos cuenta de que esta vasija puede perder su valor a los ojos del mundo por varios medios. Se puede dejar caer o golpear con numerosos objetos, tener presión aplicada desde el exterior, o que se le arrojen objetos para causar grietas, astillamiento, e incluso romperla.

En este capítulo, veremos algunas "herramientas" comunes, varios medios y métodos, que Dios emplea en el proceso de quebrantamiento. También tiene un tiempo y una intensidad diferente para el proceso de quebrantamiento en la vida de cada individuo. Ya hemos visto en la vida de diferentes hombres cómo puede ser este proceso.

En la vida de José, Dios utilizó a diferentes personas que lo maltrataron (sus hermanos, Potifar y su esposa, el copero del faraón) el tiempo en el que fue un esclavo, los malentendidos y hasta la cárcel todo esto para convertirlo en un hombre que Dios podría usar. Con Moisés Dios usó diferentes personas, el fracaso, un tiempo en el que tuvo que esconderse en el desierto, el rechazo, el sufrimiento y las dificultades para que fuera un hombre que Dios usaría.

Con David Dios uso varias personas diferentes — tanto a la familia como a los amigos y a los enemigos — los tiempos en los que tuvo que huir por su vida, la desigualdad, la traición, la soledad y muchas otras dificultades para prepararlo para el servicio que Dios tenía para él. En la vida de Pedro, Jesús

trabajó como ejemplo, enseñándole y corrigiéndole. Además de todo el increíble trabajo y ministerio de Jesús que Pedro pudo presenciar, Dios utilizó diferentes personas, circunstancias y la realidad de su fracaso total para quebrantar su orgullo y su autoestima, para convertirlo en el hombre que Cristo quería que fuera. En el caso del apóstol Pablo, Dios utilizó una revelación divina, la enfermedad, tiempos de soledad, tiempos de prisión, sospechas, persecución y muchas dificultades para llevarlo y mantenerlo en el lugar en el que fuera útil.

Y entonces, entre todas estas herramientas y métodos diferentes, hay uno como ningún otro, un instrumento muy excepcional: Su amor.

Dios, desde su profundo amor por nosotros, empleará cualquier medio o métodos necesarios para llevarnos a ese lugar deseado de quebrantamiento, utilidad y bendición.

Puede que no te sientas bien, de hecho, puede que te duela mucho, tal y como la palabra "quebrantamiento" sugiere, pero tienes que recordar la tremenda bendición que supone que Dios esté dispuesto a trabajar e invertir en tu vida para que seas de utilidad, en vez de simplemente dejarte desperdiciar tu vida. Oh, qué incomparable es el amor de Dios por nosotros para hacer lo que sea necesario para llevarnos a ese lugar de gran bendición.

Satanás y el proceso de zarandeo

Debemos recordar que hay otra entidad que también está tratando de afectar tu vida, pero no para tu bien. Satanás, el enemigo de siempre, ha sido derrotado por la muerte y resurrección de Jesús y su juicio eterno es seguro.

Hasta que llegue ese momento, sin embargo, él es el gobernante de este mundo pecaminoso y busca la destrucción de tantas almas como pueda conseguir. Aunque Satanás no tiene poder sobre el creyente, Dios le permite a veces poner a prueba la fe del cristiano.

Uno de los ejemplos más famosos de esto es Job, quien sufrió mucho por la pérdida de sus hijos, sus posesiones y su salud, ya que Satanás estaba tratando de arruinar su fe. Dios permitió a Satanás hacer muchas cosas a Job, pero también dio límites claros en cuanto a lo que Satanás no podía hacer. Satanás intentó demostrar que Job renegaría de Dios si sufría, pero todo lo que sus dardos de fuego consiguieron fue acercar a Job aún más al Señor. Todo lo que Satanás pudo lograr fue llevar a Job ante el Señor en quebrantamiento y humildad, admitiendo no solamente que no tenía ninguna de las respuestas, sino que tampoco las necesitaba.

Ahora, por supuesto, que las cosas no tenían que ser así para Job. Satanás podría haber logrado su objetivo si Job hubiera permitido que su duda lo venciera, pero en lugar de eso se aferró al Señor, y el Señor lo salvó. La fe de Job fue probada, purificada y profundizada, y así fue recompensado con más bendiciones de las que tenía antes.

Y, sobre todo, Dios fue glorificado. Job demostró que lo que el enemigo pretende para nuestro mal, Dios puede usarlo para nuestro bien. Puedes leer más sobre esta notable historia en Job 1, 2 y 42.

En el Nuevo Testamento, Jesús también habla del deseo de Satanás de destruir al creyente. En la Última Cena, Jesús dijo a los discípulos que le abandonarían en breve. Los discípulos, dirigidos por Pedro como tantas otras veces, se opusieron a esto.

Entonces Jesús se dirigió directamente a Pedro, diciendo: *Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.* (Lucas 22:31-32)

Hay algunas verdades importantes a las que debemos aferrarnos. La primera, Jesús informa a Pedro del deseo de Satanás respecto a él. Jesús era absolutamente consciente de lo que estaba sucediendo, y Satanás tenía que obtener permiso antes de hacerle algo a Pedro y a los otros diez. Satanás sólo puede hacernos lo que el Señor le permite, como a Job y a todos los demás que pertenecen a Dios.

Esto debería traernos un gran consuelo, ya que nos damos cuenta de que estamos bajo la cobertura de Dios y Satanás no tiene permitido hacer lo que quiera con nosotros.

Segundo, lo que Satanás deseaba hacer con Pedro era "zarandearlo como el trigo". Una vez que el trigo ha madurado y se ha cosechado, es necesario eliminar la cubierta protectora exterior conocida como tamo. Si no se separa del grano, el tamo arruinará la calidad del trigo. En mis viajes a muchas partes del mundo, he podido ser testigo de primera mano de los diversos procesos de separación que utilizan los agricultores en la época de la cosecha.

He sido testigo de cómo los agricultores filipinos colocan su cosecha de arroz en una plancha en el suelo para que se seque, y luego cogen una herramienta de madera como una pala grande y golpean el arroz durante horas para separar el tamo del grano. A continuación, cogen una herramienta de cernido y, cuando sopla el viento, lanzan el arroz al aire para que el tamo se desprenda y el grano caiga al suelo.

Durante mi estancia en China, fui testigo de cómo los agricultores ponían el maíz seco que aún estaba entero en la carretera para que los coches y camiones pasaran por encima, separando los granos de maíz del choclo. Esto, por supuesto, provoca que la forma de conducir sea peligrosa, pero la gente del campo se adapta a ello. En ausencia de tráfico, los granos se recogen en sacos y las cáscaras se tiran a la basura.

Ahora que has recibido tu breve lección sobre este aspecto de la horticultura, puedes entender mejor qué era lo que Satanás quería hacer con los discípulos. Como zarandear tiene el propósito de separar, Satanás deseaba condenar a los discípulos por su fracaso y separarlos del amor de Dios.

Fue él quien le dijo a Judas que no tenía posibilidad de salvación, y que el único fin era quitarse la vida por el terrible pecado que había cometido. Sin

duda, Satanás estaba en los oídos del resto de los discípulos y apóstoles también, recordándoles cómo huyeron de Jesús, cómo lo negaron y como fueron orgullosos mientras Jesús estaba con ellos.

Satanás planta dudas en la mente de las personas o las bombardea con mentiras, lo que resulta especialmente efectivo en las personas que se enfrentan a dificultades. Satanás utiliza estas mismas tácticas en los hijos de Dios hoy en día, por lo que es tan importante que los cristianos conozcan la Palabra de Dios y la usen contra el enemigo, como hizo Jesús durante sus tentaciones en el desierto. Remítase a versículos como:

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. – Romanos 8:1

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. – 1 Juan 1:8-9

para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones. – 2 Corintios 2:11

Satanás es el que se levanta para condenar a los santos. Se pone de pie cuando ignoramos o nos negamos a reconocer nuestros pecados delante del Señor, cuando no perdonamos a los demás, y cuando tomamos nuestra vida en nuestras manos y creemos que es nuestra para hacer lo que queramos.

Estos pecados, y muchos otros (todos indicativos de orgullo), dan un punto de apoyo a Satanás en la vida de un creyente. Es imposible que Satanás posea a un creyente, pero él puede y hace estragos en nuestras vidas cuando creemos sus mentiras y vivimos en desobediencia a Dios y a Su Palabra.

Ser zarandeado puede ser a veces tan brutal como esos camiones que pasan por encima del maíz en las carreteras chinas, y por lo tanto es vital que los hijos de Dios entiendan y recuerden que Dios también utiliza el proceso de zarandeo de Satanás para cumplir Sus propósitos en sus vidas. No para separarnos de Él, sino para separar el tamo sin valor del orgullo, la autosuficiencia y todo el resto de lo que se conoce como el "yo" de nuestra vida. Este fue el caso en la vida de Pedro, y fue el caso en las vidas de innumerables personas como él.

Un viejo predicador puritano escribió una vez:

"Jesús utiliza la herramienta para zarandear y deshacerse del tamo, mientras que Satanás utiliza la herramienta para zarandear y deshacerse del trigo."

Pedro tenía la capacidad "natural" de ser valiente, esforzado y audaz. Después de todo, ¿cuál de los otros discípulos caminó sobre el agua? ¿Quién más sacó una espada y salió en defensa de Jesús al cortar la oreja del siervo Malco? Pero todo eso venía de la carne, y por lo tanto Dios tendría que zarandearlo de la vida de Pedro para que se convirtiera en un recipiente apto para ser usado por Dios de la manera que Él quería.

Así que recuerda que mientras Satanás intenta que tu dolor te aleje de Dios, Dios tiene la intención de que te acerque a Él. Cada vez que se presente el sufrimiento o la tribulación, permite que Dios te purifique aún más para Su uso, en lugar de permitir que Satanás lo use para alejarte del Señor. Ahora, veamos las herramientas que el Señor usará para quebrantarte para Su voluntad.

La Palabra de Dios

Aunque algunos de los medios y métodos eran similares entre los hombres que hemos visto antes, y otros variaban, había una constante para todos: la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios se utilizó (y siempre se utilizará) en el proceso de quebrantamiento de Dios, ya que acompaña a toda una serie de otras "herramientas". Dios le habló claramente a José, a Moisés, a David, a Pablo y a Pedro, y sigue hablando hoy. Como ya hemos establecido en el capítulo cuatro, es de suma importancia que tengamos una comprensión adecuada de la Biblia —la Palabra escrita de Dios— la cual Él utiliza cada día para hablar a Sus hijos.

¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra? – Jeremías 23:29

Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; más él se desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? – Lucas 24:30-32

El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. – Juan 6:63

Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. – Juan 17:17

Tomemos como ejemplo dos casos en los que, después de un largo tiempo sin la Palabra de Dios, el pueblo de Israel la escuchó de nuevo. En 2 de Reyes 22 siendo Josías rey, vemos que el sacerdote Hilcías encontró el Libro de la Ley que se había perdido durante muchos años. Mira su respuesta cuando escucharon las palabras de Dios:

Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos. – 2 Reyes 22:11

Y poniéndose el rey en pie junto a la columna, hizo pacto delante de Jehová, de que irían en pos de Jehová, y guardarían sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos, con todo el corazón y con toda el alma, y que cumplirían las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro. Y todo el pueblo confirmó el pacto. – 2 Reyes 23:3

Sólo con escuchar la Palabra del Señor, el corazón del rey se quebrantó, y el pueblo volvió a comprometerse con el Señor. Qué poderoso testimonio del poder de convicción de la ley de Moisés, que nos lleva al arrepentimiento y a la redención a través de la sangre de Jesucristo.

Otro testimonio del poder de la Palabra de Dios se encuentra en el Libro de Nehemías. Después de que el pueblo de Israel regresara de la esclavitud en Babilonia y vivieran en Jerusalén, Nehemías ordenó al sacerdote Esdras que leyera el Libro de la Ley. Y al oírlo, el pueblo respondió "Amén" en señal de consentimiento, así que levantaron las manos e inclinaron la cabeza en

señal de adoración, y lloraron: *“porque todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la Ley”* (Nehemías 8:6-9)

Se dieron cuenta de lo lejos que estaban de vivir como Dios quería que lo hicieran. La gente estaba profundamente conmovida por la Palabra de Dios y su alabanza y llanto no fue sólo una respuesta emocional corta. Si seguimos leyendo, veremos cómo obraron según su convicción y empezaron a caminar en obediencia a Dios. En ambos casos, el simple hecho de escuchar la Palabra de Dios provocó el arrepentimiento y el cambio de acción.

Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta. – Hebreos 4:12-13

Y ustedes, queridos, ¿todavía sienten el quebrantamiento de Dios cuando leen la Biblia? ¿O se han adormecido a la Palabra? ¿Has endurecido tu corazón de tal manera que ya casi no te afecta? ¿O has dejado de leerla por completo? ¿Has perdido tu tiempo de devoción, y en su lugar se lo has dado a algún ídolo?

Vuélvete al Señor, ablanda tu corazón y permite que la Palabra del Señor haga su parte en el proceso de quebrantamiento que tiene que hacer. Abre tu corazón a la espada del Espíritu, y verás lo bien que la Palabra puede ser usada por Dios en su proceso de quebrantamiento.

Las personas como herramientas de Dios

Además de la Biblia, a veces Dios usa a otras personas para hablarnos. Sean conscientes de ello o no, guiados por el Espíritu Santo, las palabras de ellos pueden ser un mensaje de Dios para nosotros. De hecho, eso era lo que hacían todos los profetas. A través de sus exhortaciones, guiaban a la gente directamente hacia Dios. Tus pastores y ancianos, cuando son guiados por el Espíritu Santo, hacen lo mismo por ti hoy. Y por supuesto, el escuchar sus palabras (asegurándose de que concuerdan con la Palabra) es una parte vital del proceso de quebrantamiento de Dios.

Sin embargo, ésta no es la única forma en la que Dios utiliza a las personas como instrumentos en el proceso de santificación. Proverbios 27:17 nos dice que *“Hierro con hierro se aguza; Y así el hombre aguza el rostro de su amigo.”* Hay muchas formas en las que los amigos piadosos se afilan mutuamente; por medio del ejemplo, los consejos, las diferencias, los conflictos y mucho más; formando así el carácter y la espiritualidad, y siendo así más útiles en el servicio a Dios. Pero Dios no usa solamente a los Cristianos, cualquier persona con la que tengamos contacto puede ser una herramienta que Dios utiliza en nuestra vida. Y las personas más difíciles parecen ser una herramienta especialmente poderosa, ya que rápidamente sacan a la luz la naturaleza pecaminosa de nuestro corazón.

Cuando somos confrontados con nuestra propia naturaleza pecaminosa, esta es una oportunidad perfecta para que Dios remueva "el tamo" de la impaciencia, la falta de amor, el egoísmo, la ira y más. Piensa en lo mucho que Dios usó a los hermanos de José para quebrantamiento y humillación. O piensa en la vida de Pedro.

“Estando Pedro abajo, en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote; y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándole, dijo: Tú también estabas con Jesús el nazareno.

Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo. Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos.

Pero él negó otra vez. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos.

Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba.” – Marcos 14: 66-72

Aquí vemos a un Pedro agrandado, fuerte y orgulloso que unas horas atrás había dicho que no negaría a Jesús aún si eso le costara la vida. Pero ahora ya no es tan fuerte, mientras maldecía y juraba, repetidamente negando aún haber conocido a Jesús.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, esto lo quebrantó y entonces lloró amargamente. Pero ¿Cuál fue el instrumento que uso Dios para hacer esto? Una pequeña criada. Que instrumento tan poco común para quebrantar a alguien como Pedro, que había mostrado resistencia a golpes más fuertes que este. Pero Dios sabe exactamente que herramientas usar con cada individuo, y para cada situación; para hacer lo que Él desea hacer. Después de todo hasta puede usar un burro parlanchín, si es que llegase a ser necesario (Lee la historia de Balaam en Números 22)

Vemos que lo mismo sucedió con David y Nabal. David pudo soportar la tribulación injusta causada por el rey de Israel con toda humildad y quebrantamiento, pero cuando fue insultado por Nabal quien solamente era dueño de unas tierras, de repente el orgullo que se escondía en su interior empezó a hervir. Dios usó a Nabal, un hombre orgulloso y necio, para mostrarle a David su propio orgullo, para que entonces él se rindiera a Dios y le permitiera removerlo.

No creas que el Señor se rehusara a usar aún pecadores para hacer Su voluntad. Ellos pueden ser sus herramientas, pero no ganan nada ellos al glorificar a Dios de esta forma y tampoco toman parte voluntaria de Su plan. Que Dios los use como herramientas no les exime de las consecuencias de sus acciones, así mismo fue Nabal herido por el Señor no mucho tiempo después de su confrontación con David.

Cuando te acosa una persona orgullosa y malvada, no descartes la posibilidad de que el Señor los esté usando para mostrarte lo que hay en tu propio corazón.

Claro, las herramientas que Dios usa en nuestras vidas no siempre van a ser cosas graves o poderosas, como un evento único o una experiencia. A veces puede ser algo tan simple como el trabajo que hacemos todos los días. Tanto Moisés como David pasaron una cantidad considerable de tiempo trabajando como pastores de ovejas.

Dios usó este tiempo para prepararlos para el llamado que tenía en sus vidas. Los Salmos de David nos dan una idea de cómo su tiempo como pastor de ovejas forjó y profundizó su relación con Dios. Moisés y David fueron eventualmente llamados a liderar el pueblo de Dios, los cuales no eran menos tercos o incluso aún peores que cualquier rebaño de ovejas. Las lecciones que aprendieron sin duda les fueron útiles. El trabajo de José como siervo esclavo fue una herramienta poderosa que Dios usó para quebrantarlo y humillarlo, y creo en él un carácter y fidelidad en su trabajo que fueron los fundamentos de las grandes obras que Dios tenía reservadas para él.

Siempre he creído que la jardinería enseña grandes lecciones espirituales. Jesús usaba analogías acerca de la jardinería en sus enseñanzas a menudo, tales como podar y limpiar las vides para que den fruto. Así que, si eres jardinero, o cualquiera que sea tu trabajo, no olvides que Dios puede usar lo que sea para trabajaren ti para el quebrantamiento. Dios puede usar las temporadas fáciles como también las difíciles para enseñarnos quebrantamiento.

Las Tormentas de la Vida

Para la mayoría de nosotros, es en los momentos difíciles o en las “tormentas de la vida” donde Dios puede tener nuestra atención. Es solo cuando nos enfrentamos con dificultades que clamamos a Jesús por ayuda. Claro que Dios tiene un objetivo mayor con estas situaciones que solo obtener nuestra atención. Él las usa para trabajar en nuestras vidas para llevarnos a un lugar de quebrantamiento que este más cerca de Él.

Jesús hasta usó tormentas literales mientras estaba con los discípulos para quebrantar su incredulidad y su terquedad, y para formarlos y moldearlos hacia los hombres que Él quería que fueran. Leemos acerca de una de estas ocasiones en Marcos 4:35-41.

Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba.

Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?

Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen? – Marcos 4:35-41

Mientras la tempestad se levantaba lo que había en los corazones de los discípulos salió a flote. Tenían temor y falta de fe. Cuestionaron las palabras de Jesús, quien ya les había dicho que iban a cruzar a la otra rivera, también cuestionaron Su amor y preocupación por ellos.

De la misma forma, las tormentas en nuestra vida tienen la tendencia de traer a la luz lo que está en nuestro corazón. En otro relato cuando Jesús vino a los discípulos quienes luchaban contra el viento caminando sobre el agua, aprendimos que los discípulos “*se maravillaban. Porque aún no habían entendido [...] por cuanto estaban endurecidos sus corazones*” (Marcos 6:52)

Como el pueblo de Israel los discípulos sufrían del mismo problema que llenaba sus corazones de incredulidad: un corazón duro. Jesús intentó remover esto de los discípulos usando un mal clima en el mar de Galilea. Este era el intento de Jesús de lograr Su buena y perfecta voluntad al purificar su fe, llevándolos a reconocer que la vida de un discípulo es una de dependencia completa y total acompañada con fe en la Palabra de Dios. Por la gracia y misericordia de Dios, Él continuaría trabajando en sus vidas a través de Su Palabra y de sus circunstancias.

Ahora, puede que nosotros nunca tengamos que enfrentar una tormenta real en altamar, pero hay muchas otras circunstancias que parecen igual de inquietantes y peligrosas. Perder tu trabajo, un matrimonio roto, hijos rebeldes, accidentes, cargas financieras, enfermedad, calamidades —la lista es interminable.

Cuando nos enfrentamos a tormentas como estas, nos damos cuenta el poco poder y control que tenemos en general. En este punto nosotros podemos aferrarnos a nuestros corazones duros y condenar a Dios por no intervenir en estas situaciones o podemos dejarnos ser quebrantados y apoyarnos y

confiar completamente en que Él y Su soberanía nos va a sostener a través de todo.

Mi esperanza es que las tormentas que tengas que enfrentar en tu vida te lleven a estar quebrantado delante de Dios y entonces le busques por encima de todo. Que le permitas purificar tu corazón y tu fe de cualquier pecado que salga a flote en estos tiempos de prueba.

El Sufrimiento

Estoy seguro de que viste un tema común en muchos de los ejemplos anteriores. Probablemente la herramienta más efectiva en términos de que nos lleva ser quebrantados, aunque sea una de las más difíciles de soportar es, el sufrimiento. Naturalmente, nos resistimos a cualquier tipo de dolor y sufrimiento, pero el hijo de Dios debe recordar que este es uno de los métodos que Dios usa para prepararnos para Su servicio.

Vemos esto en las vidas de José y de David, y hubo muchos otros hombres y mujeres — durante la época de la Biblia y después — que fueron llevados al lugar del dulce quebrantamiento a través del dolor y el sufrimiento.

Aunque muchos cristianos de hoy no quieren escuchar acerca del sufrimiento, y muchas iglesias no lo enseñan o lo hacen de un modo no bíblico y pervertido, la Biblia habla mucho acerca del sufrimiento. Y cuando digo mucho, es mucho.

Cuando consideramos el tema del sufrimiento, debemos entender que no todo el sufrimiento ocurre por las mismas razones. El sufrimiento, la enfermedad, las dificultades entraron al mundo y a la vida de las personas en la caída del Edén (Génesis 3) y han sido parte de la humanidad desde entonces.

“Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22) Esperando para ser liberada cuando Jesús vuelva y restaure la vida a cómo debía haber sido.

El sufrimiento es simplemente parte de la vida en la tierra, y te animo no escuchar a nadie que te prometa una vida sin este.

Sin embargo, hay sufrimiento que nos provocamos a nosotros mismos o a los demás por nuestras propias acciones. El rey David es un ejemplo, pero desafortunadamente no un buen ejemplo. Los salmos describen muy vívidamente algunas de las cosas que sufrió mental y físicamente; cuando no se había arrepentido de su pecado con Betsabé.

Asimismo, su pecado llevó a la muerte de su hijo, a muchas relaciones rotas y a un continuo conflicto y derramamiento de sangre en su familia. Todo este sufrimiento en su propia vida, y en la de los que le rodeaban, fue causado por sus propias acciones.

Pablo aborda este problema con la iglesia de Corinto, donde los creyentes estaban sufriendo y la razón que Pablo da para ello es sorprendente:

“Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; más siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.” – 1 Corintios II:28-32

El desprecio pecaminoso de algunos creyentes por la Cena del Señor había llevado no sólo a la debilidad y la enfermedad, sino en algunos casos incluso a la muerte. Este era un asunto serio. Pablo explica la relación entre su pecado y el sufrimiento y anima a los Cristianos a examinarse cada uno, y ver si esta pueda ser la causa de su sufrimiento.

Santiago también señala esta conexión entre el sufrimiento y el pecado. *“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. (Santiago 5:14-15)*

Probablemente uno de los ejemplos más infames de sufrimiento provocado sobre uno mismo por el pecado son Ananías y su esposa Safira. Ellos eran dos creyentes de la iglesia primitiva que fueron fulminados en el acto por mentir a Pedro — y en realidad al Espíritu Santo — acerca de un dinero. (Hechos 5) Amados, si alguien intenta decirte que no habrá consecuencias para tu pecado, sea un hombre o aun satanás, no les creas ni por un minuto.

Tanto Pablo como Santiago en sus escritos nos recuerdan la esperanza que tenemos en Cristo. Si nosotros como Cristianos sufrimos por nuestro propio pecado y Dios nos está castigando, si nos arrepentimos recibiremos perdón y no seremos condenados con el mundo. Sin embargo, no todo el sufrimiento es causado por el pecado.

En los días de Jesús había un malentendido común entre los Judíos. “Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Juan 9:2-3)

No podemos juzgar apresuradamente a alguien que está sufriendo y atribuírselo a su pecado. El acercamiento correcto se nos explica en el pasaje de 1 Corintios listado arriba, que cada hombre debe examinarse a sí mismo. Porque un Cristiano puede sufrir simplemente por hacer lo correcto. Vimos esto en la vida de José, quien huyó de la esposa de Potifar cuando ella se forzó sobre él y termino acusándolo y fue llevado a prisión.

Daniel estaba orando fielmente a Dios, lo cual lo llevo a ser echado al foso de los leones, y sus tres amigos fueron arrojados al horno de fuego porque se rehusaron a arrodillarse y adorar la estatua de Nabucodonosor porque le eran fieles a Dios. Jesús mismo sufrió mucho por hablar y por hacer lo que era correcto, y nos dijo muy claramente que lo mismo le pasaría a los que le siguieran.

Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán. – Juan 15:18-20

Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; más el que persevere hasta el fin, este será salvo. — Mateo 10:17-22

Las vidas de los Apóstoles fueron testigos de estas palabras de Jesús y todos sufrieron mucho, y por lo que sabemos todos menos uno murieron como mártires. A través de los siglos, millones de Cristianos han sufrido toda clase de sufrimiento inimaginable por amor a Cristo, y esto continúa aún hoy.

Si estas sufriendo por el Señor debes saber que no solamente tendrás bendición en la vida venidera, sino que también va a bendecir tu vida al usar el sufrimiento para hacerte más como Él y formarte a Su imagen. Quizá no haya mejor manera de lograr nuestro objetivo de estar quebrantados que a través del sufrimiento a causa de hacer la voluntad de Dios.

Finalmente, también hay sufrimiento que es traído a nuestras vidas “solo” para probarnos, para poner a prueba nuestra fe, purificarnos y llevarnos a estar quebrantados, o aun para mantenernos ahí. Ya mencionamos a Job y como el sufrió, aunque no por algo que hubiera hecho, pero simplemente para que su fe fuera probada.

El Apóstol Pablo tuvo una visión celestial y vio cosas inefables. Como habría una tentación obvia de ser jactancioso después de tal experiencia, Dios permitió que Pablo sufriera de forma preventiva, por así decirlo, para mantenerle humilde.

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo

en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. – 2 Corintios 12:7-10

Esto es hermoso. Cuando Pablo comprendió que Cristo y todo su poder estarían con él en su debilidad y sufrimiento, comenzó a complacerse en ellos, porque significaría estar más cerca de Dios. Aunque Dios puede, y usará, todo tipo de sufrimiento para santificarnos y quebrantarnos, sin importar la causa, puede ser útil para nosotros entender por qué suceden las cosas malas. Aunque no estamos en condiciones de exigir a Dios que nos explique el "por qué" de ninguna circunstancia; si debemos examinarnos a nosotros mismos para ver si hay algún pecado en nuestro corazón y en nuestra vida que pueda causar este sufrimiento. Si lo hay, podemos arrepentirnos y apartarnos de él. Si sufrimos por lo que es justo, tenemos mucho ánimo y muchas promesas en las Escrituras para ayudarnos a mantenernos fuertes y conservar una perspectiva eterna.

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.

Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. – 1 Pedro 4:12-16

Los creyentes son bendecidos si sufren por el nombre de Cristo. Pero, el hecho de que un cristiano sufra no significa que sufra por Cristo.

Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. – 1 Pedro 2:20

Veamos otro pasaje sobre el sufrimiento, escrito por Pablo, que puede considerarse un experto en el tema, ya que tuvo una experiencia bastante amplia con él.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación. Pero si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación; o si somos consolados, es para vuestra consolación y salvación, la cual se opera en el sufrir las mismas aflicciones que nosotros también padecemos. Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que, así como sois compañeros en las aflicciones, también lo sois en la consolación.

Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida.

Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos librará, de tan gran muerte; cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos. – 2 Corintios I:3-II

Hay algunas cosas en este pasaje que me gustaría que tomaran nota. El sufrimiento por el que pasó Pablo fue grande. En 2 Corintios II:22-33, nos da una lista de lo que pasó, y en los versículos que acabamos de leer, vemos que estaba agobiado sin medida, más de lo que podía soportar. Llegó al punto de desesperación de la vida y al borde de la muerte.

Queridos, sea lo que sea lo que estéis sufriendo ahora mismo, recordad que, aunque sea más de lo que podéis soportar, no es demasiado para que Dios se ocupe de ello. Tu sufrimiento no está fuera de Su control, y Él puede ayudarte a superarlo.

La lección que Pablo aprendió, y que espero que tú y yo aprendamos también es:

No pongas tu confianza en ti mismo. Confiemos plenamente en Dios, quien puede liberarnos y resucitarnos de entre los muertos.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación. – 2 Corintios 1:3-4

¡Qué hermosa promesa es ésta! Cuando Dios se muestra poderoso a favor de sus hijos, su nombre es glorificado, y muchos creyentes son animados por el testimonio de su poder. Además, somos más útiles en una manera muy práctica pues, habiendo sido consolados, ahora somos capaces de consolar mejor a quienes nos rodean que están sufriendo también.

Pedro, que había experimentado el proceso de quebrantamiento de Dios en persona, nos explicaría que un creyente no sólo debe aceptar el sufrimiento, sino más bien alegrarse de él. Ya hemos leído algo parecido de Pablo, y al principio puede parecer muy extraño. De hecho, es imposible de entender para el no creyente, pero tiene mucho sentido si tenemos una perspectiva espiritual y eterna.

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas. – 1 Pedro 1:6-9

Este es un pasaje maravilloso. Fíjate en la mención de la prueba de fuego. Esto se refiere a la forma en que un metal mezclado puede ser purificado a través de las llamas para separar las impurezas y luego, cuando se considera puro, sería puesto a través de las llamas de nuevo con el fin de asegurarse de que no quedan impurezas.

Esto es lo mismo que le sucede a nuestra fe cuando está siendo probada por las pruebas, sólo que nuestra fe es mucho más preciosa que cualquier oro de este mundo. Si nos damos cuenta de cuál es el resultado de la prueba – cuánto ganamos espiritualmente y para la gloria eterna – entonces el sufrimiento que experimentamos ahora se desvanecerá en comparación. Debemos entender y tener en cuenta que el quebrantamiento y el castigo son sólo por un tiempo, aunque mientras los soportamos pueden parecer vidas enteras.

Durante estos tiempos de quebranto, la gracia de Dios abundará en nosotros, permitiéndonos perseverar y salir del otro lado más cambiados a la imagen de Jesucristo nuestro Señor. No olvides que Dios te ha prometido aún más gracia y misericordia que tribulación. Aunque el sufrimiento que Él tiene reservado para ti puede ser grande, como el que tuvo para Pablo, Él prometió provisiones para preservarte a través de ese sufrimiento.

A medida que Dios camina con nosotros a través de los tiempos de prueba, las cosas que sabemos que son verdaderas intelectualmente, como de eidō (con los ojos), se convierten en cosas que conocemos experimentalmente, como de ginōskō (percepción mental). Véase el capítulo cuatro para más detalles).

Obtendremos el tipo de conocimiento que descansa en Dios, sin importar lo que podamos atravesar en la vida, que nos permite vivir una vida libre de miedo, preocupaciones, dudas y una miríada de otras cosas que nos asolan y nos roban la alegría que Cristo promete.

Durante el proceso de quebrantamiento de Dios, a menudo surge la pregunta: "¿Por qué? ¿Por qué me hace esto Dios? ¿Por qué me permite pasar por experiencias y sufrimientos tan dolorosos?". Y la burla del enemigo está ahí mismo repicando, como lo hizo con David en uno de sus momentos de gran prueba:

Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, Mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios? [...] Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí?

¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo? [...] Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan, Diciéndome cada día: ¿Dónde está tu Dios? – Salmos 42:3-II

El amor de Dios

Tenemos que recordar cuál es la motivación de Dios para llevarnos al quebrantamiento: el amor. Y, a veces, su amor, que todo lo consume y lo abarca, es la misma herramienta que utiliza para quebrantarnos. Puede parecer que el amor de Dios es un elemento muy poco probable durante el proceso de quebrantamiento, especialmente dada la naturaleza más dolorosa de las herramientas anteriores que hemos visto, pero es un elemento muy poderoso y necesario. Permíteme explicarte.

A medida que voy conociendo (realmente conociendo) quién es Dios – Su santidad, rectitud, justicia, misericordia, paciencia, bondad, longanimidad, compasión, ternura y muchos más atributos – entonces me veo a mí mismo como lo que soy en comparación: desdichado, malvado, injusto, sin misericordia, lleno de ira, cruel, egoísta, sentencioso, duro y cualquier otra cosa mala bajo el sol.

Ya hablamos de nuestra naturaleza pecaminosa en el capítulo cinco. La comprensión de que Dios amaría a alguien como yo me lleva a un lugar de asombro, maravilla, humildad y quebranto. Como John Newton, que solía ser el capitán de un barco de esclavos, escribió famosamente después de convertirse en cristiano: "Sublime gracia, del Señor. Que a un infeliz salvó".

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. – Efesios 2:1-9

Cuán maravilloso y admirable es el amor de Dios al utilizar a un asesino llamado Moisés. Qué extensa la paciencia amorosa que soportaría a David, adúltero, asesino y más. Qué asombroso el amor de Dios para llamar a un perseguidor cristiano, Pablo, el autodenominado jefe de los pecadores, para ponerlo de cabeza, salvarlo y santificarlo y utilizarlo para el reino de Dios de manera poderosa, incluso permitiéndole ser una herramienta para escribir las preciosas Escrituras.

Qué insondable es el amor de Dios por ti y por mí:

y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osará morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. – Romanos 5:5-8

El amor de Dios por nosotros es duradero y fuerte, incluso en medio de nuestros fracasos y rebeliones.

Dios utilizó la vida de Oseas para mostrarnos cuán profundo es su amor por los suyos. Oseas se casó con su esposa, muy consciente de su naturaleza adúltera. Su amor era firme y profundo, de modo que no sólo la aceptó de nuevo después de que ella hubiera estado con otros hombres, sino que incluso la compró para sacarla de la esclavitud a la que se había vendido por su infidelidad y pecado hacia él.

Sólo pensar en esa clase de amor debería romper nuestros corazones. Esto es lo que le hacemos a Dios, y sin embargo Él nos ama y nos compra con su propia sangre.

¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? – Romanos 2:4

Dios es tan bueno, tan bueno con nosotros, y tan paciente. Oro para que tus ojos se abran a esta preciosa verdad y te lleve a un dulce quebrantamiento y rendición.

Al darme cuenta de Su gran amor y de mi profunda depravación, ¿cómo no voy a estar quebrado y humillado ante Aquel que sufrió y murió por mí! Y con profunda humildad y contrición entregarme sin condiciones ni dudas a Él para que haga conmigo lo que le plazca. Hacer como el apóstol Pablo rogó a los cristianos de Roma que hicieran en respuesta a todo lo que Dios había hecho por ellos:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. – Romanos 12:1-2

Conclusión

¿Estás sufriendo ahora mismo? Si es así, hazte esta pregunta: ¿estoy sufriendo por mi propio pecado, o por la gloria del Señor? Si estás sufriendo por tu propio pecado, alaba al Señor porque te ama lo suficiente como para castigarte, arrepíentete y vuelve a Él.

Si estás sufriendo por la gloria del Señor, ya sea porque Él te está convirtiendo en la persona que quiere que seas, o porque estás sufriendo por ser obediente a Él cuando todo el mundo dice que no. ¡Alabado sea el Señor! Eres considerado digno de sufrir por Su nombre. De cualquier manera, ora por paciencia para soportar el sufrimiento hasta el momento en que Dios lo considere suficiente.

El sufrimiento es doloroso, y a veces puede parecer que simplemente no podemos seguir adelante o que es demasiado.

El asunto es que Dios estará contigo a través de ello, y te suministrará todo lo que necesites mientras permanezcas quebrado ante Él.

¿Estás atravesando una tormenta? ¿Te resulta difícil recuperar el aliento porque las olas de esta vida te lanzan de un lado a otro? ¿Sientes como si fueras a hundirte en cualquier momento, y todo lo que puedes hacer es no soltarte? Descansa y espera en el Señor, y confía en Él para que te ayude a superar la situación.

Él es fiel, y recompensará a los que tienen fe en Él. Y cuando vuelvas a tener cielos despejados, mirarás hacia atrás y verás todo el bien que Dios usó para esa tormenta, y todas las bendiciones que vinieron como resultado de ella.

¿Estás viviendo en la paz y el amor del Señor en este momento, en Su Palabra diariamente y más cerca de Él que nunca?

Déjate quebrantar ahora por el amor del Señor y por su bondad.

Deja que la incalculable medida de Su gracia y misericordia te haga humilde, a medida que tu completa insuficiencia se vuelve más y más clara.

Deja que tu amor por Él supere cualquier otro amor en tu vida, y renuncia a cualquier cosa que Él te pida, y a cualquier cosa que sepas que no le agrada. Es mucho mejor ser quebrado por el amor de Dios, en obediencia y humildad, que ser quebrado por el sufrimiento o las tormentas. Dios prefiere quebrarte de esta manera – suavemente y con ternura – que de alguna otra forma. Aférrate al Señor, y ve tras Él cada día.

No te vuelvas complaciente u orgulloso al saber que estás en Su voluntad, sino que permanece en el temor de que Él te ama, y agradece eternamente Su gracia. Obedécelo por amor, y nunca dejes ese lugar de humildad quebrantada. Cualquiera que sea el método o el instrumento que Dios esté usando en tu vida para llevarte a un lugar de quebrantamiento, asegúrate de responder a él de la manera correcta. ¿Cuál es la manera correcta, te preguntarás? Sigue leyendo en el próximo capítulo, donde exploraremos este mismo tema.

DREW MACINTYRE

| 8 |

La Respuesta Correcta al Proceso de Quebrantamiento

A partir de las vidas que hemos examinado en este libro: José, Moisés, David, Pablo y Pedro, y del proceso de quebrantamiento por el que pasaron, comprendemos lo fácil que habría sido para ellos desanimarse, cansarse y querer rendirse.

Podrían haber intentado alejarse de Dios, o endurecer sus corazones con ira y amargura. Aunque pudieron haber tenido momentos en los que se sintieron así, y estuvieron tentados de ceder a estas cosas, por la gracia de Dios no lo hicieron. Gracias a su fidelidad, pudieron superar el proceso y ser utilizados por Dios para sus gloriosos propósitos.

También hemos visto en este libro a aquellos que no respondieron bien al quebrantamiento y castigo del Señor: los hijos de Israel, el rey Saúl y el rey Uzías. En algunos, vimos que la ira y el resentimiento crecieron, y la incredulidad se instaló para endurecer sus corazones.

En otros, pudimos observar cómo el orgullo reclamaba su terreno en sus corazones y daba paso a toda clase de pecados. Luego, cuando el Señor intentó quebrantarlos aún más, se negaron y endurecieron sus corazones.

Aquí vemos dos grupos de personas. Ambos pasaron por el mismo proceso, pero el resultado fue muy diferente, y las consecuencias bastante graves. La diferencia estuvo en cómo respondieron a las formas en que Dios estaba trabajando en sus vidas hacia el quebrantamiento.

Cuando Jesús tuvo otra confrontación seria con los líderes religiosos de su tiempo que se negaban a aceptarlo a Él y a sus enseñanzas, dejó muy claro este punto, refiriéndose a Él mismo como la piedra angular: *“Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará.”* (Mateo 21:44)

Tu respuesta a Jesús determina si serás quebrantado ante Él o si terminarás recibiendo el juicio y serás molido en polvo. Elige tu respuesta hoy con mucho cuidado.

Para ser honesto, con todo lo que hemos aprendido en los capítulos anteriores sobre nuestro propio estado depravado y la grandeza y el amor santo de Dios por nosotros, parece una tontería considerar siquiera el rechazo o la resistencia a la obra de Dios en nuestras vidas. Tan tonto como imaginar un trozo de arcilla quejándose con el alfarero porque no le gusta la técnica que esta usando o la forma a la que la está moldeando.

Dios utiliza esta imagen del alfarero y el barro en Jeremías 18, y Pablo la utiliza también en Romanos 9, para mostrar que no estamos en condiciones de replicar a Dios y cuestionar su soberanía. Por el contrario, debemos orar en señal de rendición: *“Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros.”* – Isaías 64:8

Rendición

Queridos, sé que no es fácil pasar por el proceso de quebrantamiento. Yo mismo he pasado por mucho quebranto y disciplina en mi propia vida, y he tenido el privilegio de poder ministrar a muchos que también han pasado por ello. Créanme, Dios sabe que no es fácil.

Él lo sabe muy bien, porque conoce cada detalle de tu corazón. Él conoce el llanto que viene por la noche, pero ya ve la alegría que viene por la mañana (Salmos 30:5).

Si hay algo que debes hacer en respuesta al quebranto de Dios en tu vida, es mirar a Jesús.

Siempre, siempre, mantén tus ojos en Jesús y en su Palabra. En Mateo 7, Jesús cuenta la parábola de dos hombres que construyen una casa, uno sobre la roca y el otro sobre la arena. Cuando llegó la tormenta, la casa que estaba construida sobre la arena se derrumbó, pero la que estaba construida sobre la roca se mantuvo firme. Jesús es nuestra Roca y su Palabra perdura;

si nos apoyamos en Él, podremos prevalecer. Si miramos a Jesús, seremos quebrantados, pero si nos alejamos de Él, seremos reducidos a polvo.

Esta es la respuesta correcta al quebrantamiento: permitir que Dios haga su voluntad en nosotros y entregarnos a su proceso. Si has leído con atención hasta ahora, esta afirmación no debería sorprenderte.

Echemos un vistazo a un pasaje maravillosamente alentador que Pablo escribió a los Hebreos, que se enfrentaban a pruebas y persecuciones por todas partes que Dios utilizó para purificar su fe.

Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado.

Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, Ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?

Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. – Hebreos 12: 1b-11

Hay muchas cosas en este maravilloso pasaje, pero permítanme señalar sólo algunas cosas. Como ya se ha mencionado, se nos dice que miremos a Jesús, tanto como ejemplo como para obtener la perspectiva correcta de nuestras circunstancias.

Jesús soportó mucho mientras iba a la cruz, esperando el resultado final, que era la gloria de Dios y nuestra salvación. Él no tenía una vista corta, tratando de evitar el dolor del momento, sino que consideró el panorama general de todo ello. Y en esto Él es nuestro gran ejemplo de cómo no debemos tratar de evitar el doloroso proceso de quebrantamiento, sino considerar el "*fruto apacible de justicia*" que se produce en nuestras vidas a medida que somos castigados y entrenados por Dios.

Asaf, el líder de adoración bajo el rey David, también aprendió la importante lección de mantener sus ojos en el Señor, así como la perspectiva correcta que viene con eso. En el Salmo 73, él comparte cómo pasó por un momento de dificultad y casi se "deslizó", como él mismo dijo. Miró a la gente malvada que le rodeaba y empezó a envidiarlos.

Le parecía que aquellos eran fuertes, felices y prosperaban, a pesar de todos los pecados que cometían y sin ninguna repercusión por sus malas acciones. Le daba la impresión de que esos blasfemos no tenían nada de qué preocuparse, ni siquiera de la muerte.

Pensó: "Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, Y lavado mis manos en inocencia; Pues he sido azotado todo el día, Y castigado todas las mañanas. [...] Cuando pensé para saber esto, Fue duro trabajo para mí." – Salmo 73:13-16

Lo que sea que Asaf estaba pasando en ese momento, le hizo apartar sus ojos del Señor y ponerlos en él mismo y en los demás. Esto lo llevó a llegar a algunas conclusiones erróneas sobre los hombres malvados y sobre sí mismo, ya que estaba tratando de vivir rectamente.

Sintió que había desperdiciado su vida sirviendo al Señor, lo que lo llevó a casi alejarse de Él. Entonces, por Su gracia, Dios lo llevó a Su presencia y pudo ver las cosas bien de nuevo:

Hasta que, entrando en el santuario de Dios, Comprendí el fin de ellos. Ciertamente los has puesto en deslizaderos; En asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! [...] Tan torpe era yo, que no entendía; Era como una bestia delante de ti.

Con todo, yo siempre estuve contigo; Me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, Y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra.

Mi carne y mi corazón desfallecen; Mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre. Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; Tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta. Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; He puesto en Jehová el Señor mi esperanza, Para contar todas tus obras. – Salmos 73:17-28

Cuando sus ojos volvieron a mirar al Señor, la perspectiva y la visión de Asaf fueron restauradas y pudo volver a ver las cosas como eran. Mirar a Dios le ayudó a tener perspectiva, ver más allá de las circunstancias temporales hasta el final de las cosas. Aprendió a no confiar en lo que sus ojos le decían, sino en lo que el Señor le había prometido.

No permitió que el sufrimiento en su vida y la aparente falta de dolor en la vida de los demás, le impidiera adorar al Señor. Volvió a su lugar de quebranto, y fue humilde a los ojos del Señor para poder seguir glorificando su nombre a través de la alabanza.

Finalmente encontró la respuesta adecuada al proceso de quebrantamiento de Dios: la obediencia amorosa. A lo largo de los años de ministerio, he podido relacionarme con el dilema de Asaf, y al mismo tiempo, he tomado gran consuelo y consejo de su experiencia.

Mirando a Jesús, también entendemos que ser castigados por Dios no es algo para desanimarse, sino más bien, algo que deberíamos recibir abiertamente nuestras vidas. Hebreos 12 nos explica que el castigo de Dios muestra que somos realmente sus hijos y que Él se preocupa por trabajar en nuestras vidas para nuestro bien. Sé que el concepto de la disciplina o el castigo del Señor es casi inexistente en gran parte de la "Iglesia moderna" hoy. Sin embargo, está claramente descrito tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y Dios no cambia. Si te cuesta aceptar este concepto, vuelve al capítulo cuatro y revisa las verdades tan importantes que hemos establecido allí.

Cuando consideramos que el Señor disciplina a sus hijos, de los cuales espero que tu seas uno, aprendemos que Dios siempre tiene en mente su

gloria y nuestro bien. Los siguientes versículos también lo atestiguan: *“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.”* (Jeremías 29:11)

Esto fue escrito a los judíos exiliados que habían sido llevados a Babilonia. Pensaban que Dios los había abandonado y los estaba castigando, cuando en realidad su exilio de la Tierra de Israel era su salvación. Pocos años después, Babilonia atacó Jerusalén y la destruyó por completo, asesinando a cientos de miles de judíos; pero los que estaban en el exilio sobrevivieron.

Y cuando el pueblo de Judá regresó a su país años después; finalmente estaban dispuestos a obedecer al Señor y a su voluntad. Sus años de esclavitud lejos de casa los habían quebrantado, y eran humildes ante el Señor para seguir su Palabra.

Dios tuvo que castigarlos a través del exilio y la destrucción de Jerusalén, pero al final fue para su bien, porque a través de estas cosas, finalmente los liberó de su pecado de idolatría. Finalmente, después de siglos de rebelión, el pueblo de Israel estaba listo para responder correctamente.

Algunas personas que no entienden el concepto del castigo de Dios, tal como se describe en el pasaje anterior de Hebreos, podrían considerar que es bueno cuando "te va bien en la vida" y no hay pruebas o quebrantos en sus vidas.

Pueden tener una idea terriblemente retorcida de la gracia de Dios y de la libertad que Él da. Pueden pensar que se están "saliendo con la suya" al pecar, o que tienen un trato especial con Dios que hace que Él guiñe el ojo y lo deje pasar. Pero en realidad, este es un lugar muy aterrador para estar, ya que la ausencia de castigo es un signo de no ser un hijo de Dios. Si vivimos en pecado habitual y Dios no nos corrige por ello, entonces deberíamos temer por nuestras almas. Por lo tanto, queridos, alegraos por el castigo del Señor, porque con él viene el conocimiento de que somos salvos, que nuestro lugar en el cielo es seguro, y que el Señor nos ama como hijos e hijas y está dispuesto a trabajar en nosotros.

Amargura

Como última nota sobre el pasaje de Hebreos, quiero que vean la advertencia acerca de la amargura un poco más adelante: *“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados”* (Hebreos 12:15).

Debemos tener mucho cuidado de no permitir que la amargura hacia Dios o las personas se introduzca en nuestros corazones.

La ira hacia Dios es una respuesta pecaminosa cuando nos quebranta, que debe evitarse a toda costa.

También debemos tener cuidado con la tentación de enfadarnos con las herramientas que Él está utilizando. Cualquiera que sea la herramienta que el Señor utilice para moldearnos, no culpemos a la herramienta, enojándonos o amargándonos con ella. Más bien, veamos la mano invisible de Dios detrás de la situación, y permitamos que Él haga el trabajo que quiere hacer.

Esto es especialmente importante cuando Dios utiliza a las personas. A menudo, podemos aceptar la voluntad de Dios un poco más fácilmente cuando se nos muestra a través de algún tipo de evento o circunstancia, pero cuando se utilizan seres humanos defectuosos y pecadores para humillarnos, puede despertar mucha más resistencia en nosotros.

Empezamos a enfadarnos con estas personas, a criticarlas y a señalar sus defectos y errores a cambio. Nos decimos a nosotros mismos que hacen lo que hacen por su propio pecado y orgullo, y no vemos la mano de Dios en ello. Ahora, sólo porque Dios está usando a alguien no significa que ellos son impecables o no tienen su propio pecado con que lidiar. Pero este no es el momento de señalar los pecados de los demás o lo que Dios debería hacer en su vida, sino de que te examines a ti mismo y "saques primero la viga de tu ojo" (ver Mateo 7:1-5).

Esto es exactamente lo que les ocurrió a muchos de los profetas que Dios envió a Israel: fueron odiados por el mensaje que traían. En 1 Reyes 22, leemos la historia del profeta Micaías, que ministró durante el tiempo del rey Acab.

Acab sabía que Micaías era fiel a la hora de transmitir la palabra de Dios, por muy incómoda que fuera, al contrario que los falsos profetas de la época, que se limitaban a decirle al rey lo que quería oír. Pero, porque los mensajes de Micaías hablaban de arrepentimiento y juicio, Acab lo odiaba. Sin embargo, llegó el día en que el rey Acab quiso escuchar a un profeta "de verdad" antes de ir a la guerra junto al rey Josafat, así que convocaron a Micaías.

Vino, pues, al rey, y el rey le dijo: Micaías, ¿iremos a pelear contra Ramot de Galaad, o la dejaremos? Él le respondió: Sube, y serás prosperado, y Jehová la entregará en mano del rey. Y el rey le dijo: ¿Hasta cuántas veces he de exigirte que no me digas sino la verdad en el nombre de Jehová?

Entonces él dijo: Yo vi a todo Israel esparcido por los montes, como ovejas que no tienen pastor; y Jehová dijo: Estos no tienen señor; vuélvase cada uno a su casa en paz. Y el rey de Israel dijo a Josafat: ¿No te lo había dicho? Ninguna cosa buena profetiza él acerca de mí, sino solamente el mal. – 1 Reyes 22:15-18

Micaías era la herramienta que Dios quería utilizar en la vida de Acab, pero éste rechazó no sólo al Señor, sino también a Micaías. Se enfadó con él, lo odiaba y lo mandó a prisión antes de ir a la guerra (en la que terminó siendo asesinado). Sin embargo, también hay buenos ejemplos de cómo reaccionar ante una herramienta. Como el rey Josías, como podemos leer en 2 Crónicas 34. Después de redescubrir el libro de la ley del Señor luego de que estuviera perdido durante muchos años, mandó llamar a la sacerdotisa Hulda. Hulda le dijo que Israel sería juzgado por sus pecados, y Josías fue reprendido, cosa que a nadie le gusta. Podría haber rechazado la idea de que él era el culpable de los pecados de sus padres y haberse defendido ante Hulda.

Peor aún, podría haberle echado la culpa por estas palabras, y castigarle por traerle la Palabra del Señor como hizo Acab. En cambio, Josías aceptó el

castigo del Señor, se arrepintió e hizo serios cambios en Israel en lo que respecta a su vida espiritual.

Fue uno de los últimos avivamientos de Judá antes de que fueran completamente destruidos, y fue un tiempo bendecido en el que pudieron vivir ante el Señor en obediencia y dedicación. Josías mostró humildad hacia Hulda siendo ella la herramienta y se quebró ante Dios el Alfarero, de modo que pudo traer innumerables bendiciones tanto para él como para su pueblo.

El rey David también fue un poderoso ejemplo en cuanto a cómo trató al rey Saúl. Dios usó a Saúl como una herramienta para quebrar y humillar a David; y Saúl fue una herramienta bastante dolorosa. Saúl le quitó a David su esposa Mical, buscó su vida en numerosas ocasiones y siempre sospechó del bien que hacía David.

Desde una perspectiva humana, David habría tenido todo el derecho a odiar a Saúl, o por lo menos verlo y tratarlo como un enemigo. Sin embargo, David nunca se permitió actuar con ira hacia Saúl o buscar venganza, porque sabía que Saúl era el rey ungido por el Señor, y lo honró.

A David ya se le había prometido el reino, pero aun así respetó la soberanía y el tiempo del Señor, y bendijo a Saúl y a sus hijos siempre que pudo. Seamos como David y respondamos con humildad ante la herramienta que Dios utiliza en nuestras vidas.

Si fallamos en responder con humildad al proceso de quebrantamiento y si no recibimos y extendemos a otros la gracia de Dios, corremos el peligro de amargarnos el corazón.

Esta amargura es como una raíz que puede crecer profundamente antes de verse en el exterior.

Si no se elimina, seguirá creciendo y eventualmente causará problemas, contaminándonos y también a los que nos rodean.

En el capítulo anterior, ya hemos tocado el tema del autoexamen. Te animé a considerar en oración si pudiese haber algún pecado en tu vida que sea la razón de la prueba que estás enfrentando.

En nuestro trato con las personas que Dios utiliza como herramientas en nuestras vidas, también tenemos que asegurarnos de mirar nuestros propios problemas, y no los de ellos.

Examínate para ver si hay amargura y pídele a Dios que la quite. ¿Cómo podemos estar amargados cuando hemos sido tan bendecidos por el Señor? Él nos ha salvado de nuestra condenación eterna merecida, y estaremos con Él en el Cielo. ¿Qué prueba terrenal podría compararse con una bendición tan misericordiosa y bondadosa? ¿Qué derecho tenemos a permitir que la amargura reine en nuestras vidas? Ora para que Dios te muestre esa amargura y la elimine.

Además, aquí hay otra pregunta importante que se vuelve muy relevante cuando estamos en el proceso de ser quebrantados.

¿Cuánto estás dispuesto a dar para seguir a Jesús?

Esta pregunta puede ser fácil de responder para algunos cuando la vida va bien, pero se vuelve real y apremiante de nuevas maneras cuando enfrentamos las pruebas. Antes de convertirme en cristiano, pensaba que si tenía que perder el uso de alguna de mis funciones del cuerpo, no quería que fuera la vista. Apreciaba mi vista, como todos deberíamos hacerlo. Si perdiera el uso de las manos, los pies, el oído, cualquier cosa menos la vista, la vida sería factible.

Entonces, al principio de mi pastorado, recuerdo que el Señor me hizo una pregunta. Era una pregunta bastante siniestra, y una que realmente me hizo pensar en mi vida y en lo que estaba viviendo. "¿Qué precio estás dispuesto a pagar para que YO, el Señor, sea glorificado en tu vida?". Esta era una

pregunta difícil. ¿Qué estaba dispuesto a perder para que ÉL fuera glorificado en mi vida? ¿Qué pasaría si ÉL decidiera quitarme la vista, que tanto apreciaba?

Lo que para mí era una pregunta importante de responder entonces, se volvió aún más relevante más adelante en la vida, cuando realmente casi perdí la vista. Como ya he mencionado, tuve un grave problema en los ojos, que casi me causó ceguera total.

Aunque mi vista se salvó gracias a varias cirugías, hubo efectos irreversibles con los que todavía vivo. ¿Me enfadaría con Dios por haberme quitado algo que me era tan querido, por encima de todas las demás funciones de mi cuerpo?

¿Dibujaría la línea y diría "esto es lo que he hecho por ti, he renunciado a mucho, pero esto es suficiente"? No podía enfadarme con Dios. Así que, en lugar de eso, le ofrecí mi vista, junto con el resto de mi vida, una vez más.

Cuando Dios toca algo que nos resulta muypreciado, puede hacer que nos demos cuenta de ello y que nos examinemos a nosotros mismos. Cuando Dios me lo pidió entonces, me hizo realizar un informe honesto y profundo de mi corazón y mis motivos. ¿Qué tan seria era mi relación con Jesús? ¿De qué se trataba realmente mi vida?

Al igual que Pedro, no tuve ningún problema en proclamar: "Señor, moriré contigo", pero ¿era eso lo que quería el Señor? No lo había querido con Pedro en aquel momento, y estoy seguro de que tampoco lo quería conmigo. Más bien, lo que Él quería era que yo muriera a mí mismo y a todos mis deseos terrenales, mis necesidades y mis ambiciones. Quería que hiciera lo que Jesús había ordenado a sus discípulos en el primer siglo y todos los días desde entonces:

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? – Lucas 9:23-

25

Como todos, tarde o temprano, experimentaremos circunstancias que Dios quiere utilizar para quebrantarnos, te animo a que no desperdicies ese tiempo simplemente tratando de pasar o soportar. Más bien, aprovéchalo examinando tu corazón y haciéndote estas importantes preguntas:

- ¿Me someteré a Dios para ser quebrantado?
- ¿Permitiré que Dios elija el momento, el lugar, el método y los medios por los que seré quebrantado?
- ¿Confiaré implícitamente en Él, en su juicio y en su amor?
- ¿Cuánto estoy dispuesto a dar o soportar por Cristo?
- ¿Quiero que Cristo sea glorificado sin importar el costo para mí?

Oración

Considera estas preguntas en oración y pídele al Señor que te revele si hay algo en tu corazón que se interpone en su camino en tu vida. Y probablemente ya habrás adivinado que la oración es también una de las respuestas más importantes y apropiadas al proceso de quebrantamiento de Dios. La oración nos ayudará a centrarnos en Jesús. Es en la oración donde nos comunicamos con Dios, derramamos nuestro corazón ante Él y pedimos que nos escuche. Hay mucho que aprender para nosotros sobre cómo orar y qué no orar.

Quiero que recuerdes la escena de la Última Cena, cuando Jesús le habló a Pedro sobre su negación venidera. Jesús le aseguró a Pedro que había orado por él y es interesante ver que la oración de Jesús fue simplemente "*que tu fe no falte*". (Lucas 22:32).

Muchas de las cosas que probablemente oraríamos por alguien que está a punto de ser totalmente quebrantado no son mencionadas por Jesús en absoluto. Jesús no oró para que el valor de Pedro no fallara, o para que Satanás se mantuviera alejado de Pedro. Jesús no oró para que Pedro fuera liberado de este tiempo de prueba, o que Pedro la tuviera fácil sin dolor o sufrimiento. Jesús sabía todo lo que era necesario para que Pedro fuera útil para Dios, así que no oró contra estas cosas. Oró para que la fe de Pedro

resistiera la prueba. Así que no debemos orar para que nuestras pruebas pasen rápidamente, sino para que nuestra fe sea sostenida a través de ellas.

Cuando Jesús mismo se enfrentó a la mayor prueba de todos los tiempos en el Huerto de Getsemaní, oró: *"Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú."* (Mateo 26:39).

Así es como debemos orar, entregando completamente nuestra voluntad a Dios, sin importar el costo para nosotros. Y a sus discípulos, Jesús les dijo *"Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil"*. (Mateo 26:41).

Las tentaciones son reales, y nuestra debilidad también es real.

Necesitamos permanecer en constante oración, especialmente en tiempos de prueba, para poder resistir.

Cuando oramos, necesitamos orar de acuerdo con la Palabra y la voluntad de Dios. Piensa en los peligros que existen cuando oramos en contra de la voluntad de Dios y Él nos da lo que pedimos. ¿Dónde nos encontraríamos tú y yo si el Padre hubiera concedido la oración de Jesús de dejar pasar la copa? No tendríamos esperanza de salvación.

¿Y si Jesús hubiera respondido a la oración de Pedro que hizo en su barca cuando Jesús hizo el milagro de los peces? *"Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador"* (Lucas 5:8). ¿O qué pasaría si Jesús hubiera respondido a la oración de Pablo de quitarle su enfermedad, cuando ésta fue dada para mantener a Pablo humilde?

Debemos examinarnos a nosotros mismos, y las intenciones que hay detrás de nuestras oraciones,

para asegurarnos de que están en la voluntad de Dios.

También debemos asegurarnos de recordar, que, igual que Jesús, que no es nuestra voluntad la que debe hacerse, sino la del Padre.

Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. – 1 Juan 5:14-15

Por último, recuerda que el hecho más alentador es que Jesús no oró sólo por Pedro, o por los doce discípulos. Él ha orado por todos Sus hijos a través de los tiempos y aún hoy. Leemos esto en Hebreos 7:25: *"por lo cual puede también salvar (Jesús) perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos."*

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; más éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. – Juan 17:9-11

No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. – Juan 17:15-19

Si Jesús está orando por nosotros, ¿De que deberíamos temer al mundo o a la vida?

Si él intercede por nosotros, entonces sabemos que su voluntad va a prevalecer. Con Él de nuestro lado, ¿Quién puede oponerse a nosotros? Si Jesús ora para que nuestra fe no desfallezca y para que el Padre nos guarde, ¿Qué prueba hay que pudiera vencer nuestra fe, mientras sigamos permaneciendo en Él?

Mientras pasamos por el proceso de quebrantamiento, y mientras pasamos por el castigo de Dios, nunca olvidemos que Jesús está justo ahí, junto al Padre, intercediendo por nosotros. Él nunca nos deja, ni nos abandona, y podemos descansar en esa promesa, incluso en los peores sufrimientos.

Como hemos explorado en este capítulo, nuestra respuesta a la obra de Dios hacia el quebrantamiento en nuestras vidas es crucial para el resultado y relevante a la luz de la eternidad. Hemos aprendido que debemos responder con una humilde rendición, y guardar nuestros corazones de la ira y la amargura.

Si mantenemos nuestros ojos en Jesús, no sólo tenemos un gran ejemplo de soportar el sufrimiento por un fin mayor, sino que vemos a Aquel que intercede por nosotros y nos mantiene a través de la prueba. Manteniendo la perspectiva correcta, vemos cuánto nos ama Dios y cuán precioso es el quebrantamiento, ya que produce mucho fruto en nuestras vidas y trae gloria a Dios. Acercándonos a Dios en oración, examinamos nuestros propios corazones y buscamos la voluntad de Dios para nuestras vidas, sea cual sea.

Quiero que te tomes un tiempo y te hagas estas preguntas, siendo honesto contigo mismo y con Dios, con respecto a las pruebas y tu respuesta a ellas:

- ¿Cómo has respondido a las pruebas más recientes en tu vida? ¿Has tratado de resistir lo que Dios quería hacer, o lo has recibido con humildad?
- ¿Hay alguien en tu vida con quien estés enfadado o amargado? ¿Podría ser que esa persona haya sido utilizada por Dios para quebrantarte?
- ¿Cómo es tu vida de oración durante los tiempos de prueba? ¿Lo que pides está alineado con lo que pide Jesús, o está alineado con tus propios deseos?
- ¿Es tu deseo traer la gloria a Dios sin importar el costo? ¿Cuánto estás dispuesto a pasar por Jesús?

Es mi oración que todos crezcamos y maduremos en la forma en que respondemos a la obra de gracia de Dios hacia nuestro quebranto, y que

DREW MACINTYRE

aprendamos a rendirnos confiadamente a la voluntad de Dios y a buscar su gloria por encima de todo.

LA BELLEZA DEL QUEBRANTAMIENTO

| 9 |

Quebrantamiento Continuo

Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. -1 Corintios 10:12

Tal vez se logró el quebrantamiento al fin. Tal vez has llegado al lugar donde, en el conocimiento experimental del Señor, admites que no puedes hacer nada sin Él. Y más que eso, no quieres hacer nada sin Él. Tal vez finalmente te has dado cuenta de la profundidad de tu orgullo, y se lo has entregado al Señor para que te lo quite. Tal vez has sacrificado a tu viejo hombre en el altar del Señor, y lo has dejado allí para que muera.

En tu humildad, has entregado tus planes y deseos a Él, para seguir lo que Él diga e ir a donde Él guíe. Esta es una noticia maravillosa. El Señor ha obrado en ti lo que pocos le permiten obrar en ellos. La pregunta ahora es: ¿qué sigue? La respuesta puede no ser la que te gustaría escuchar.

Verás, el quebrantamiento no es algo que solo sucede una sola vez. Tal vez hayas notado en los ejemplos bíblicos que he mencioné, que hombres como David, Pedro y Pablo continuaron experimentando la humillación y el quebrantamiento incluso hasta muy tarde en sus vidas en servicio de Dios, mucho después de lo que podríamos considerar ese primer rompimiento al quebrantamiento.

Nuestra carne tiene esta irritante naturaleza de tratar de volver a tomar el control, incluso después de haberla crucificado. El orgullo, en particular, no se rinde fácilmente. Si no tenemos cuidado, el orgullo siempre se infiltrará y se reconstruirá. Si se deja sin control, se reformará de nuevo a su antigua gloria a pesar de todo el trabajo que Dios ha hecho en nuestras vidas anteriormente.

Por esta razón, Jesús ha llamado a los que le siguen a negarse a sí mismos y tomar su cruz cada día (Lucas 9:23). Para permanecer quebrantados ante Dios, y así ser útiles a Dios, tenemos que enfrentar esta lucha cada día,

eligiendo la humildad y la obediencia a Cristo, una y otra vez. Dios puede usar cualquiera de las herramientas que usó para quebrarnos en primera instancia nuevamente en cualquier momento, sabiendo Él que es necesario hacerlo para mantenernos en este hermoso lugar de quebrantamiento. Y debemos agradecerle y alabarle por el cuidado amoroso que pone en ese proceso. Entonces, ¿qué sigue después del quebrantamiento? El quebrantamiento continuo.

Cuando el Señor está obrando en gran medida en la vida de alguien, podríamos pensar que es extraño que esa persona necesite cuidarse del orgullo. Después de todo, es obviamente Dios quien está trabajando y no la persona. Pero no te engañes, hay una gran tentación al ser "exitosos espiritualmente" y ser usados por Dios.

Es algo glorioso ser usado por Dios en cualquier capacidad. En mis años en el ministerio, he limpiado los baños de la iglesia, he trabajado fuera en la jardinería, he enseñado en la escuela dominical a niños o adultos, y he dirigido el grupo de jóvenes, las reuniones de oración y los servicios de adoración. He ocupado una gran cantidad de roles, y cada uno de ellos tenía sus propias bendiciones. No hay ningún tipo de ministerio que sea más importante para el Señor que cualquier otro, aunque a menudo tendemos a pensar así, ¿no es cierto?

Miramos a los maestros y a los líderes de alabanza, y pensamos que debe haber más valor en lo que hacen ellos, que en los que hacen la limpieza de la iglesia después del servicio.

Mientras que Dios valora la obediencia y la fidelidad y no las posiciones, los hombres tienen la tendencia a admirar y alabar a los que están en el centro de atención.

Y cuando esto sucede, el orgullo acecha a la vuelta de la esquina, tratando de plantar pensamientos en nuestra mente, tales como que debemos ser alguien especial para que Dios nos elija para estar en ese ministerio.

Recuerdo que una vez un líder de alabanza enseñó a un grupo joven de estudiantes del instituto bíblico, amonestándolos: "Recuerden que cuando la gente levanta sus manos en alabanza, lo hace para adorar a Dios, no a ustedes".

Vemos los peligros del orgullo desenfrenado en todas partes, y gente siendo elevada o elevándose en la iglesia alrededor del mundo. No podemos pensar que estamos exentos de eso sólo porque una vez estuvimos en un lugar de quebrantamiento. Así que a veces no hay mejor lugar para alguien que lucha contra el orgullo que un servicio en el que recibe pocos elogios.

Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. – 1 Corintios 10:12

Recuerdo que, en nuestros primeros años de ministerio, mi esposa Sue y yo ofrecíamos un ministerio en casa para adultos mayores todos los lunes. Una noche, después de haber creído que había dado un gran mensaje a la gente, una ancianita se me acercó y me felicitó por el mensaje. Me dijo que el mensaje la había bendecido mucho porque le recordaba a un predicador popular de la época. La cosa es que él era un falso maestro. ¡hablemos de ser humillados!

El Ejemplo de Pablo Sobre el Quebrantamiento Continuo

Veamos ahora al apóstol Pablo, que sirve como ejemplo de la obra continua de Dios para mantenernos en un lugar de quebranto para que nuestras vidas sigan trayendo honor y gloria a Él. Pablo fue sin duda uno de los hombres más grandes de la iglesia primitiva, una persona clave para llevar el evangelio a las naciones, y autor de la mayor parte del Nuevo Testamento.

Sin embargo, a pesar de las poderosas formas en que Dios lo utilizó o, mejor dicho, debido a ello, necesitaba un continuo quebrantamiento para mantenerse humilde. En 2 Corintios 12, Pablo escribe sobre su experiencia con una revelación divina que recibió y lo que Dios hizo después, para evitar el orgullo en él.

Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.

De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades. Sin embargo, si quisiera gloriarme, no sería insensato, porque diría la verdad; pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí.

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí.

Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. – 2 Corintios 12:1-10

Pablo afirma con razón que no sólo no le es provechoso presumir, sino que se pondría en ridículo si tratara de presumir de sí mismo por algo que Dios ha hecho. Reconoce que el deseo de presumir está en él, pero opta por la humildad.

Y Dios, en su bondadosa sabiduría, conociendo la tentación que puede venir al recibir una gloriosa revelación, le dio a Pablo el "aguijón en la carne", para asegurar que Pablo continuara confiando humildemente en la gracia de Dios.

No sabemos con certeza qué era exactamente este aguijón, pero probablemente se trató de una enfermedad física. En cualquier caso, podemos confiar en que fue la herramienta adecuada en el momento adecuado para Pablo.

Sólo como una pequeña nota adicional, me gustaría que notaran la reverencia con la que Pablo habla de su experiencia y cómo sabía que no era correcto para él compartir todo lo que había visto y oído. Qué contraste tan marcado con algunas de las personas que recientemente han buscado publicidad con libros, películas y eventos de conferencias, en los que cuentan todo lo que han visto y oído en sus "viajes al cielo", algunos incluso lo hacen de tal manera que merecen ser llamados blasfemos. Los animo a que se mantengan alejados de ese sensacionalismo y practiquen el discernimiento cuando se encuentren con esas historias.

No es que Pablo se haya alejado por completo cuando Dios decidió quebrantarlo de nuevo. De hecho, cuando empieza a escribir sobre la revelación, ni siquiera dice que fue él quien la recibió al principio, lo cual es un signo de humildad.

El aguijón en la carne parece casi un paso preventivo de Dios, antes de que Pablo comenzara a exaltarse o a ser exaltado por otros. En 1 Corintios 1, Pablo tuvo que lidiar con el sectarismo en la iglesia, porque la gente discutía sobre qué apóstol o maestro seguía, elevando a uno u otro de manera inapropiada. Ver a Pablo en la debilidad y el sufrimiento también les ayudó a no idolatrarlo.

En teoría, todos sabemos que no hay lugar para el orgullo o la jactancia en la vida de un siervo de Cristo. Jesús lo explicó claramente a sus discípulos en Lucas 17:10: *"Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos."* Y más tarde Pablo también escribiría *"Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!"*. (1 Corintios 9:16).

El orgullo no siempre va por la vía racional en nuestros corazones.

Si Pablo necesitaba ser quebrantado continuamente, ¿cuánto más lo necesitamos nosotros, queridos hermanos? Y para ello hay que entender el

papel que juega el sufrimiento en la vida de la persona que ya ha experimentado el quebrantamiento y ha sido utilizada por Dios.

Dios utiliza el quebrantamiento para mantener a la persona en un lugar de utilidad. Esto puede parecer extraño e inusual hasta que entendemos completamente la inclinación del hombre (incluso de un hombre o mujer de Dios).

La tendencia del hombre es gloriarse de sí mismo, a atribuirse algún mérito por lo que Dios ha hecho o está haciendo en su vida. Hacer esto es orgullo, nos lleva a nuestra propia perdición, y nos hace inútiles para el reino de Dios. Incluso si una vez fuimos quebrantados, esa inclinación siempre estará ahí, y debemos luchar contra ella.

Esto lo hemos visto en el capítulo tres al ver la vida del rey Uzías, quien tuvo un comienzo fabuloso como un rey que buscaba a Dios y fue llevado a un gran éxito por las bendiciones del Señor. Sin embargo, cuando era fuerte y estaba establecido, se volvió orgulloso y pecó contra Dios.

Más aún, cuando un sacerdote lo corrigió en su pecado, Uzías se enfureció con esta herramienta que Dios estaba utilizando. Su final fue triste, ya que pasó el resto de sus días aislado como leproso. Que esto sea un recordatorio aleccionador de que no basta con empezar bien. No basta con ser humillado por Dios una vez, sino que debemos continuar en humildad para poder terminar bien, cueste lo que cueste.

En más de una ocasión se describe nuestra vida como cristianos como una carrera que debemos correr, y se nos amonesta a seguir corriendo para terminar bien. Hebreos 12:1 nos anima a *"correr con desnudo la carrera que tenemos por delante"*. Cuando Pablo se enfrentó a todo tipo de dificultades en su camino hacia Jerusalén, sabiendo que le esperaba el encarcelamiento, aun así dijo *"Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios."* (Hechos 20:24).

Pablo había llegado a ese lugar en el que no importaban las dificultades ni su propia vida, siempre y cuando fuera capaz de ser fiel a Jesús y terminar bien. La perspectiva eterna de las cosas de la que hemos hablado era también lo que mantenía a Pablo en pie:

"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida." (2 Timoteo 4:7-8).

El orgullo y sus compañeros pecaminosos tratan de interponerse en el camino del creyente para evitar que termine bien.

Recuerde al Rey David, quien necesitó mucho trabajo para quebrantarse en su vida, incluso después de haber alcanzado este lugar en ocasiones anteriores. Mientras que el tiempo principal de quebrantamiento en la vida de David provino de su estadía en el desierto, el orgullo siguió tratando de construirse de nuevo en él. Le decía que no necesitaba ir a luchar con su ejército, y que se merecía cualquier mujer que quisiera. Le dijo que necesitaba saber cuán grande era su ejército, y que podía confiar en esa información, no en las promesas del Señor.

Necesitó tanto la muerte de su hijo como la de setenta mil personas de su pueblo para mantenerse quebrado y humilde ante el Señor. Fueron lecciones difíciles de aprender, pero vemos el fruto de ello en el reino eterno que Dios construyó a partir de su descendencia, y el recuerdo que la Biblia hace de él como un hombre según el corazón de Dios.

No cometas el error de pensar que sólo porque David era un rey tuvo luchas con el orgullo, o que nosotros nunca pasaremos por lo mismo. Como una enfermedad mortal, el orgullo nos infecta a todos, y todos necesitamos permanecer quebrantados ante el Señor o él tendrá que ponernos de nuevo en el proceso de quebrantamiento para hacernos aptos para el uso apropiado una vez más.

Es mi deseo que todos nosotros sigamos siendo humildes ante el Señor. Nunca olvidemos que somos hechos de polvo y que volveremos al polvo. Si nos mantenemos humildes, el Señor nos levantará y nos utilizará para su gloria, que es nuestro mayor propósito.

Si nos permitimos volver a ser orgullosos, entonces Él tendrá que quebrarnos una vez más, y por su amor bondadoso seguirá quebrándonos tanto y tan a menudo como sea necesario.

Aunque el proceso no sea agradable y a veces puede ser agonizante las consecuencias de una vida orgullosa y llena de pecado son mucho peores. Si queremos seguir siendo útiles para el Señor, necesitamos permanecer en este hermoso lugar de quebrantamiento. Por favor, tómame un tiempo para hacerte estas importantes preguntas:

- ¿Estás permitiendo que el orgullo tenga lugar en tu corazón una vez más?
- ¿Estás empezando a ceder el terreno por el que el Espíritu Santo luchó tan ferozmente en años pasados?
- ¿Corres el riesgo de dejar de estar quebrantado?

Aférrate al Señor y aférrate a su humildad de nuevo. Quebrántate ante el Señor para evitar la destrucción y serle útil una vez más.

DREW MACINTYRE

| 10 |

La Cruz, el Espíritu Santo y la Gracia de Dios

Hemos explorado la belleza del quebrantamiento ante el Señor y la gran bendición que supone morir al yo para ser útil al Señor. Si nunca te habían enseñado estas cosas, o si Dios acaba de señalar algunos asuntos importantes en tu vida, puede que te sientas abrumado por todo esto. Por esta razón, el último capítulo de este libro te dará ánimo. No estás solo en este proceso, y Dios ha provisto el poder que necesitas para hacer el trabajo que Él quiere hacer en tu vida.

Hay tres elementos principales que deben ser entendidos y tomados por cualquiera que se atreva a seguir a Jesús. Son: la cruz de Cristo, el poder del Espíritu Santo y la gracia de Dios. Sin ellos, no hay esperanza de llegar a ser el hombre o la mujer que Dios bendecirá mediante su uso. Pero si nos aferramos a ellos, tenemos todo lo que necesitamos para llevar una vida que agrade a Dios.

La Cruz de Cristo

La Cruz en nuestros días ha perdido mucho de su significado para el creyente típico. Se ha convertido en un mero símbolo, una pieza de joyería, algo impreso en una camiseta o un tatuaje en el cuerpo. La Cruz significaba mucho más en los días de Jesús.

Se ha dicho de la época de Jesús que si veías a alguien llevando una cruz sabías dos cosas con certeza. Primero, que no iba a volver. Segundo, que iba a padecer la muerte más horrible conocida por la humanidad en esa época. La cruz de Cristo representa en realidad la máxima negación del yo: morir al yo (mientras que el deseo más fuerte del hombre es la autoconservación). La cruz representa la ira de Dios, derivada de su odio al pecado, derramada sobre su amado Hijo para que podamos ser perdonados. Representa el amor insondable de Dios. Es tanto esta cruz como su significado lo que Cristo exige que sea asumido por todo aquel que decida ser su discípulo.

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará.

Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles. – Lucas 9:23-26

En caso de pensar que esta exigencia de Cristo de morir a sí mismo es sólo para unos pocos elegidos, podemos leer lo siguiente en su discurso a una multitud de "potenciales seguidores":

Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.

Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. – Lucas 14:25-33

Aquí Jesús exige tres cosas definitivas para cada uno de los que quieren seguirle. En primer lugar, que lo amen de manera suprema. Este es el mayor mandamiento de todos. Segundo, morir a sí mismos y tomar la cruz. Ponernos a nosotros mismos en la cruz es la única manera en la que podemos realmente amar a Cristo supremamente, porque nuestra inclinación natural es amarnos por encima de todo. Tercero, abandonar todo por la causa de Cristo. La cruz necesita ser aplicada de nuevo, porque mi naturaleza es aferrarme a todo lo que pueda tener en mis manos, y esto hará que mi vida sea infructuosa para Cristo.

Estos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa. – Marcos 4:18-19

Esta es parte de la explicación que Jesús da para su parábola del sembrador. ¿Entiendes lo que significa? Puede parecer fácil creer que podemos morir a

nosotros mismos, amar a Dios y ponerlo a Él en primer lugar, pero la realidad es mucho más difícil de lo que podríamos imaginar.

De hecho, es tan difícil que es totalmente imposible hacerlo sin el poder de Dios a través de nosotros. Y aun así, nuestro instinto natural es volver a ponernos a nosotros mismos por encima de Dios. ¿Con qué frecuencia hacemos que las prioridades de Dios sean secundarias en nuestras vidas? ¿Cuán rápido cancelamos nuestros planes con Él cuando surge algo "más importante"?

¿Es Dios el primero en nuestra lista de prioridades, o hay algo que domina por encima de Él en nuestras vidas?

No te equivoques, incluso algo bueno puede convertirse en un pecado para nosotros cuando tiene prioridad sobre Dios en nuestra vida. ¿Qué puede hacerte faltar a la iglesia? ¿Qué puede impedirte leer tu Biblia u orar porque "no tienes suficiente tiempo"? Esa cosa es tu ídolo, y debe ser entregada a Dios para que Él pueda ocupar el lugar que le corresponde en tu vida.

Por supuesto, la idolatría es poner cualquier cosa antes que Dios en tu vida, y viene de un lugar de orgullo. Cuando ponemos algo antes que Dios, no sólo estamos diciendo "esta cosa es más importante que Tú", sino que también estamos diciendo "tengo derecho a establecer mis propias prioridades, como el señor de mi propia vida". Qué necios y rebeldes somos, al pensar que después de haber entregado nuestra vida a Cristo podemos volver a tomarla.

¿Acaso Jesús se echó atrás después de sentir el peso de la cruz sobre sus hombros? ¿Cómo podemos intentar recuperar la vida que Él compró con su sangre y que le entregamos por nuestra propia voluntad?

Por esta razón, el Señor amonesta a Sus oyentes a "calcular los gastos". Seguir a Jesús, seguirlo realmente según su definición y no la mía, costará. Me costará todo, pero cuando se compara con ganar a Cristo, mi todo no es nada. Lo que debes entender es que elegir no seguir a Cristo en la forma en la que Él lo demanda, o elegir no seguirlo en absoluto, te costará mucho más.

El apóstol Pablo dijo lo siguiente respecto al lugar que debe ocupar la cruz en nuestras vidas:

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. – Gálatas 2:20

Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. – Gálatas 5:24

Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. – Gálatas 6:14.

Con respecto a este último verso que acabas de leer, aquí tienes algo en lo que pensar: ¿te fascina el mundo y todo su glamour, brillo y adornos, o puedes prescindir de él? ¿Tomarás tu cruz? ¿Te negarás a ti mismo?

¿Lo pondrás a Él realmente en primer lugar en tu vida? ¿Dejarás que tu voluntad y tus deseos sean quebrantados completamente delante del Señor, viviendo sólo para Él y llevando tu carga por Él?

El Poder del Espíritu Santo

Cualquier intento de aplicar la Cruz a tu vida sin el poder del Espíritu Santo terminará en fracaso, frustración y religiosidad. Porque si morir al yo no se hace a través del poder del Espíritu Santo, resultará en un intento vano de crucificar la carne por el poder de la carne, y la carne nunca se dará muerte a sí misma.

Fue el Espíritu Santo el que vino sobre Jesús en Su bautizo y trabajó con Él para hacer todo lo que hizo durante sus tres años de ministerio. Fue el Espíritu Santo el que vino sobre los discípulos en el Libro de los Hechos y les dio poder para hacer todo lo que está escrito. Tanto los milagros como la vida que vivieron, fue muy diferente a la vida que vemos que vivieron en los Evangelios.

Es el mismo Espíritu Santo que Jesús ha prometido a cada hijo de Dios que se entregue completamente al Señor, para que Su voluntad se cumpla a través de ellos:

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. – Hechos 1:8

Esta promesa nos incluye a ti y a mí. También leemos del ministerio del Espíritu Santo en el creyente en Juan 14:26: *“Más el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.”*

Cuando hablamos de trabajar el significado y el poder de la Cruz en nuestras vidas, debemos saber:

Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. — Romanos 8:12-17

Estos versículos contienen la clave para dar muerte al yo. Es sólo a través del Espíritu Santo y su poder, que el significado y el poder de la cruz pueden ser aplicados correctamente a nuestras vidas para que podamos llevar una vida agradable a Dios. Es importante que entendamos la posición y el lugar del Espíritu Santo en nuestras vidas. Él no está ahí para que lo "usemos" a nuestro gusto, como tampoco lo está Jesús.

El Espíritu Santo es Dios y necesitamos verle de ese modo.

Así como estamos llamados a entregar nuestras vidas a Jesús incondicionalmente, también debemos entregarnos completamente al Espíritu Santo y a su guía.

Me encanta la historia que Alan Redpath contó en una conferencia de pastores hace muchos años sobre él y sus dos hijas. Alan estaba en su estudio una noche preparando su mensaje dominical cuando su hija mayor de ocho años entró en la habitación y se subió a su regazo.

Poco después, su hermana menor de cuatro años entró en la habitación y se acercó a su padre y a su hermana. Como suelen hacer los hermanos mayores, la hermana mayor miró a su hermana menor mientras rodeaba el cuello de papá con sus brazos y decía: "Yo tengo a papá solo para mí y tú no puedes tener nada".

Al oír esto, la hermana menor se mordió el labio y se le formaron lágrimas en los ojos. Alan se agachó y levantó a su hija menor y la envolvió con su brazo mientras ella se sentaba sobre sus rodillas. La hermana menor miró a su hermana mayor y dijo: "puede que tu tengas todo de papá, pero papá me tiene por completo a mí."

Esto realmente ilustra bien mi punto: no es cuánto del Espíritu Santo tienes, es cuánto el Espíritu Santo tiene de ti. Si has sido salvado, entonces el Espíritu Santo mora en ti, pero el nivel en el que Él puede obrar dentro de ti depende totalmente de cuánto le permitas hacerlo en tu vida.

Cuanto más oremos a Dios por el Espíritu Santo, y le pidamos que habite dentro de nosotros, nos guíe y trabaje a través de nosotros, más podrá cambiarnos y así lo hará. Cuanto más nos alejemos del pecado, eligiendo en su lugar la pureza y la obediencia, más espacio le daremos a Él en nuestras vidas. La meta es la entrega completa y total, convirtiéndonos en herramientas perfectas para ser usadas por el Espíritu Santo exactamente como Él desea.

¿Has entregado todo tu ser a Él? ¿Para que Él haga todo lo que desea en ti y a través de tu vida? Deja de resistirte, entrégate ahora completamente a Él, y vuelve a entregarte todos los días.

La Gracia de Dios

La gracia es el favor inmerecido de Dios, la cual sirve para muchos propósitos en la vida del seguidor de Jesucristo.

Somos salvos por la gracia de Dios: *Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:8-9).*

Dependemos de la gracia de Dios: *Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes, hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios. (Hechos 13:43).*

La gracia de Dios actúa en el ministerio: *De allí navegaron a Antioquía, desde donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido. (Hechos 14:26).*

La gracia de Dios nos impulsa a ponernos de pie y regocijarnos, alabando a Dios con gozo y paz independientemente de nuestras circunstancias: *por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. (Romanos 5:2).*

La gracia de Dios proporciona y permite la humildad: *Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. (Romanos 12:3).*

La gracia de Dios nos capacita para hablar con valentía y ser siervos: *os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo. (Romanos 15:15-16).*

La gracia de Dios nos equipa y fortalece para trabajar y edificar a otros para Cristo: *Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios. Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. (I Corintios 3:9-10)*

La gracia de Dios nos ayuda a darnos cuenta de que todo lo bueno que hay en nuestra vida es sólo por la gracia de Dios. *Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. (I Corintios 15:10)*

La gracia de Dios nos capacita para ser ministros y proclamadores del Evangelio: *que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui*

hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder. (Efesios 3:6-7).

La gracia de Dios nos ayuda a dar fruto: Que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad. (Colosenses 1:6).

La gracia de Dios nos ayuda ser salvos y a vivir la vida en armonía. Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (Tito 2:11-13).

La gracia de Dios nos ayuda a dar testimonio y a mantenernos firmes en la fe: Por conducto de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, amonestándoos, y testificando que esta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis. (1 Peter 5:12).

La gracia de Dios ayuda durante nuestro sufrimiento. A medida que Dios trabaja en nuestra vida, a través de la disciplina y el castigo, hay momentos de sufrimiento y es la gracia de Dios la que nos permitirá pasar por ellos y mantener la perspectiva adecuada: Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. (2 Corintios 12:9).

Ora por más gracia del Señor cada día. Él quiere darte la gracia de vivir en justicia ante Él cada día de tu vida. Quiere darte la gracia para poder perdonar a tus enemigos. Él quiere darte la gracia para apartarte del pecado. Él quiere darte la gracia que necesitas para cada momento de tu vida, y todo lo que necesitas hacer es pedirla.

Cada día, cuando te levantes, ora pidiendo la gracia suficiente para ese día. Ora para que el Señor sea tu fuerza, y te guíe a través de las pruebas y tribulaciones del día. Cada momento que pasamos sin la gracia del Señor es un momento desperdiciado, en el que estamos viviendo en nuestra propia carne en lugar de estar en la voluntad de Dios.

Y, por supuesto, ora por la gracia de Dios para ser quebrantado ante Él, y para permanecer quebrantado delante de Él. No podemos quebrantarnos a nosotros mismos, como ya hemos comentado. Dios debe hacerlo, y es Su

gracia dentro de nosotros la que obra una parte en ello, proporcionándonos la fuerza para ser quebrantados ante Él.

Es igualmente importante que nos proporcione la gracia diaria para mantenernos quebrantados. Sin esa gracia, nunca podríamos hacerlo, y volveríamos rápidamente a nuestro estado habitual lleno de orgullo. Con un suministro diario de Su gracia, no sólo es posible que permanezcamos quebrantados, sino que está garantizado por el Señor mismo.

Este es el fin del asunto: toma tu cruz, permite que el Espíritu Santo te guíe, y descansa en la gracia del Señor. Si haces estas cosas diariamente, entonces continuarás en el quebrantamiento y la humildad por el resto de tu vida, y Dios te usará poderosamente.

| Cierre |

Es mi profunda esperanza y oración por ti, amado, al haber llegado hasta aquí en el libro, que te des cuenta de tu necesidad de rendirte completamente, sin reservas e incondicionalmente al Señor Jesucristo.

Pídele que haga lo que sea necesario en tu vida. Espero que ya no te conformes a este mundo, sino que seas transformado por la renovación de tu mente. Para que tu vida demuestre, mediante tu forma de vivir ahora en Cristo; lo que es bueno y aceptable, según la voluntad del Señor.

No hay nada que temer al decidir vivir una vida de entrega a Cristo

La vida que Él ha planeado para nosotros es infinitamente más valiosa que la vida que podríamos intentar ganar nosotros mismos. Pero hay mucho que temer al no entregar nuestras vidas a Él, ya que el que busca salvar su vida la perderá, pero el que busca perder su vida por Jesús y su Palabra la encontrará.

Dirígete al Señor ahora mismo en oración y ofrécete a Él como un sacrificio vivo. No pongas condiciones ni excepciones a tu entrega a Él.

Simplemente di: "Señor Jesús, aquí está mi vida, toda mi vida, y todo lo que tiene que ver con ella: mi pasado, mi presente y mi futuro. Tómallo y haz con él lo que quieras. Lléname con tu Espíritu, cámbiame, quebrántame y moldéame para que seas glorificado en esta vida que ahora ya no es mía, sino tuya".

Amén.

| Acerca del autor |

En 1982, el pastor Drew Macintyre, se convirtió en el pastor principal de la Capilla del Calvario de Alpine. En 1986, junto con el pastoreo de CCOA, comenzó un ministerio conocido como IBSLA (Inductive Bible Studies to Latin America) cuyo enfoque era formar pastores en América Latina en el Método de Estudio Inductivo de la Biblia. A medida que el Señor amplió el alcance y la visión de este ministerio, tomó un nuevo nombre para describir mejor el alcance y la visión. Así, nació The Word to the World (TWTW).

Como fundador y director de TWTW, el pastor Drew ha estado viajando por todo el mundo para capacitar a miles de pastores sobre cómo estudiar sus Biblias a través del Estudio Inductivo de la Biblia (EIB). Este método de estudio bíblico permite a los pastores locales aprender a estudiar la Biblia por sí mismos para que puedan cumplir la gran comisión y alimentar a su rebaño, como se ve en 1 Pedro 5:1-4.

TWTW también ha participado activamente en la construcción de centros de formación pastoral en Cuba, Uganda y Myanmar. TWTW también dirige viajes de misiones médicas varias veces al año a Camboya y Uganda y otras partes del mundo.

El pastor Drew también dirige un programa de discipulado de dos años, durante el cual los estudiantes también aprenden el método de estudio bíblico y leen muchos autores cristianos clásicos. Se les desafía a aprender a negarse a sí mismos, a seguir realmente a Jesús y a salir a discipular a otros.

Información de contacto:

www.thewordtotheworld.org

correo electrónico: ccalpinemac@gmail.com

The Word to the World (TWTW) es una organización sin fines de lucro 501(c)3 con sede en Alpine, California.

DREW MACINTYRE